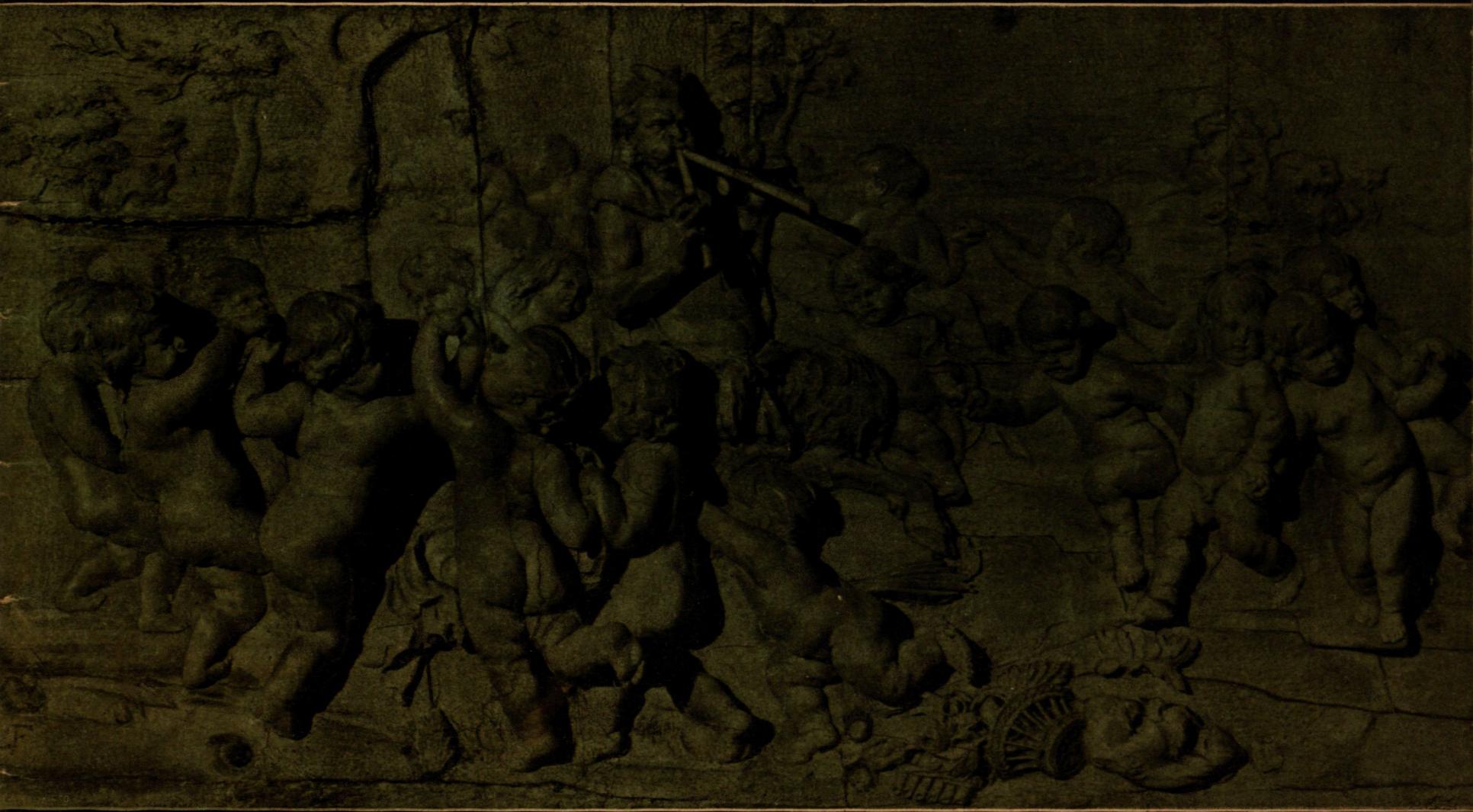


L. A.
ESTERÀ

La Espera



DANZA DE NIÑOS

Alto relieve en marfil, original del escultor flamenco Lucas Faid'Herbe, que se conserva en el Museo del Prado



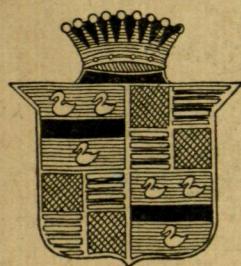




Interior del establecimiento

que por su buen gusto en artículos de platería y objetos de arte, ha conquistado el primer puesto entre los de su clase.

Regium



Cadillac

La Fábrica más importante del mundo
en Coches de categoría

Ostensibles desde ahora los bonitos
modelos 1918, en

Coches cerrados :-: Coches de turismo

Chassis desnudos ó carrozados por las más reputadas casas españolas

LA LIMOUSINE CADILLAC une á la reconocida excelencia del motor y chassis **Cadillac** los siguientes perfeccionamientos: Líneas irreprochables. Máximo de solidez y ligereza, debido á su construcción de aluminio. Vestidura de gran lujo en terciopelo. **Calefacción interior**, mediante un aparato tan sencillo como práctico. **Sistema novísimo de telefonía eléctrica**, que permite comunicar con el conductor desde cualquier lugar del interior del coche, sin necesidad de acercarse á aparato alguno. Alumbrado eléctrico interior. Ruedas metálicas **Rudge-Whitworth**, de tipo construído especialmente para **Cadillac**.

Todos los tipos **Cadillac** traen, además, una articulación en los faros, que permite dirigir desde el asiento del conductor la luz de los mismos; bomba á motor para hinchar neumáticos; reloj de ocho días de cuerda, de la célebre marca **Waltham**, etc.. etc. Se garantiza y se efectuarán las pruebas necesarias para demostrar que, á falta de gasolina, el motor **Cadillac** funciona bien con alcohol.

El automóvil **CADILLAC**, gracias á su famoso motor 8 cilindros de incomparable elasticidad y suavidad, al refinamiento y esmero de su construcción y á sus impecables líneas, reúne en grado máximo las cualidades de lujo, confort y solidez. Invitamos á la comparación de este coche con cualquiera de las mejores marcas conocidas en España, sin distinción de procedencia.

Biblioteca de Comunicación
i Hemeroteca General

Representación general para España: PALACE-HOTEL, núm. 331

Eugenio Mendiola

Sucesor de Ostolaza

Flores Artificiales

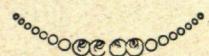


Carrera de San Jerónimo, 38
Teléfono 3.409 Madrid

Agencia de Comunicación
General

CAFÉ DE S. PAULO

(BRASIL)

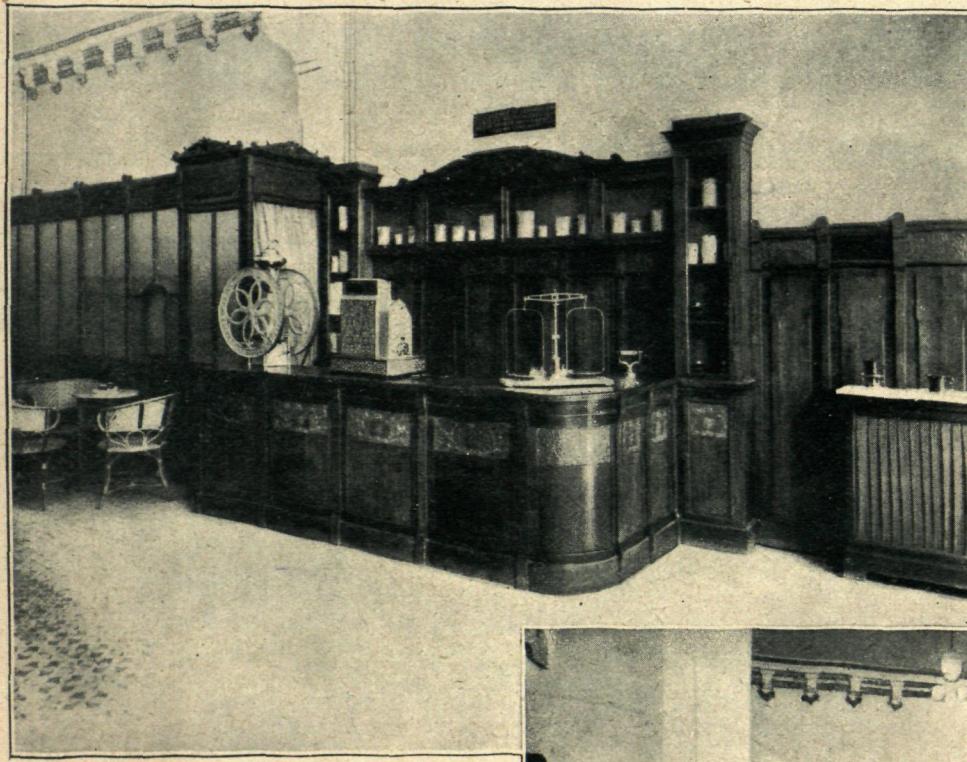


Degustación y venta:

Avenida del Conde de Peñalver, 22

(Gran Vía)

MADRID



Despacho de venta al detalle

En la Gran Vía, llamada á ser la primera arteria de Madrid, se ha montado en el número 22, y bajo el patrocinio del Gobierno del Estado de S. Paulo, un elegantísimo establecimiento para propaganda, degustación y venta de café de dicho país, que es uno de los Estados federales del Brasil. La producción de café en el Estado de S. Paulo supera á la de todos los países, y alcanza más de la mitad de la producción mundial. Sus distintas clases son renombradas, y en todas partes tienen enorme aceptación, como ya está ocurriendo en España. Con el café de S. Paulo se prepara una infusión deliciosa, que aventaja á la obtenida por otros cafés famosos. La excelencia del café se demuestra en el propio establecimiento, donde el público puede probar la infusión antes de comprar café en grano ó molido. Además, allí se enseña prácticamente á preparar bien una taza de café por el procedimiento brasileño, que es el mejor

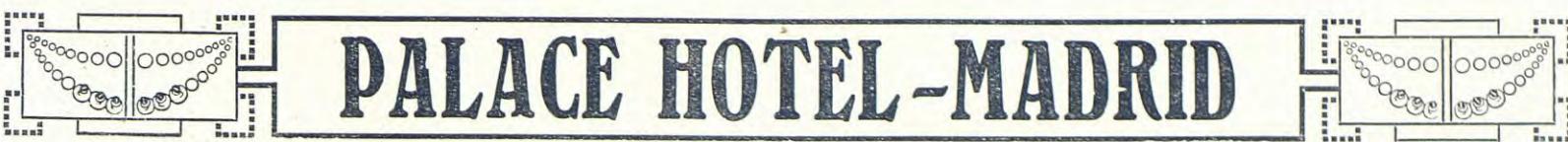
y más económico. Cualquiera puede, comprando café de S. Paulo y siguiendo las instrucciones que allí dan, tomar en su casa un café tan exquisito como el que allí se sirve. El Laboratorio Municipal de Madrid ha hecho un análisis de este café (análisis núm. 5.289), por el que se concluye que es café bien tostado, al natural (sin barnizado), cuya infusión es muy aromática y de sabor agradable.

El establecimiento, del que publicamos fotografías, está instalado con suma elegancia y buen gusto. La instalación estuvo á cargo de la importante casa Algueró é hijo. Está dividido en dos secciones: un despacho de café tostado en grano ó molido, y un bonito salón-bar para degustación. Posee la casa también almacén y dispone de tostadero con todos los adelantos modernos. Todos los aficionados al buen café, y el público en general, deben visitar este establecimiento, donde encontrarán café puro, sin mezcla de ninguna clase, por precios al alcance de todas las bolsas.



Interior del salón de degustación

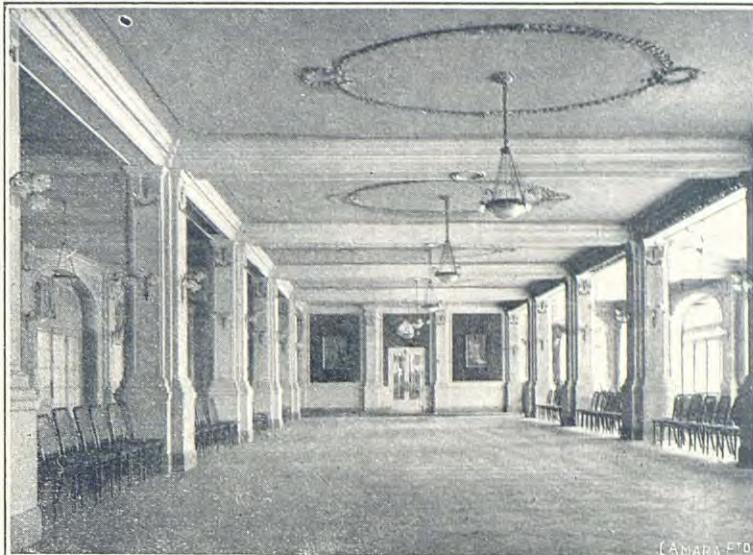
Biblioteca de Comunicación
i Hemeroteca General



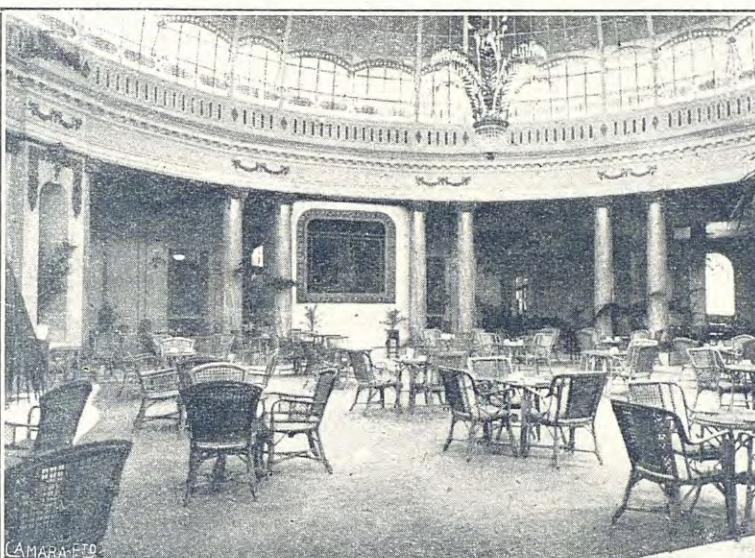
PALACE HOTEL - MADRID



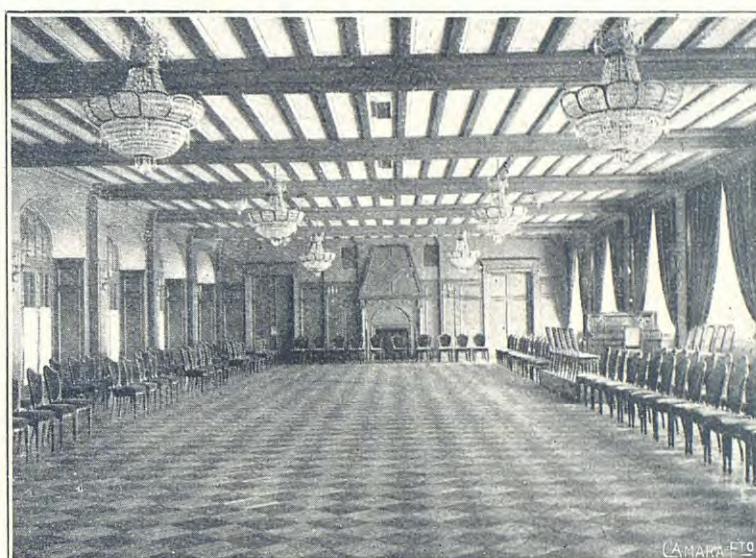
Restaurant francés, capaz para 500 cubiertos



Salón para bodas y fiestas particulares



Hall-jardín de invierno, donde se celebran los téis aristocráticos



Gran salón de baile, capaz para 500 parejas

Todo Madrid aristocrático pasará estas fiestas en este gran Palacio

NOCHEBUENA

Cena seguida de baile, desde las once de la noche.—10 pesetas

GRAN COMIDA DE NAVIDAD

Seguida de baile.—8 pesetas

31 DE DICIEMBRE

Cena, 10 pesetas.—Las clásicas uvas

¡¡GRAN SORPRESA!!

LA MUSA ESPAÑOLA

defiriendo á las indicaciones de su buen amigo el Señor Polichinela (que vive en la casa), despedirá al Año 1917 desde el lindo escenario que aquel tunante farandulero tiene instalado en el hall del hotel, y que ha puesto á disposición de la MUSA, representada esta vez por la bellísima actriz del «Palace-Guignol» Sra. Consuelo León.

SINESIO DELGADO

el más ilustre de nuestros poetas, el príncipe de la rima castellana, ha escrito los versos que recitará en la noche del 31 de Diciembre próximo LA MUSA ESPAÑOLA.

Es una admirable composición que los organizadores de este simpático festival deben á la generosa y exquisita deferencia del gran SINESIO DELGADO. Se publicará íntegra en el precioso carnet que ha de repartirse gratis á cuantos concurran al hall del Palace Hotel, como recuerdo de una «noche vieja» feliz.

Después que, despidá al Año que se va, LA MUSA ESPAÑOLA saldrá á la galería circular del hall á recibir al Año que viene, acompañada del Señor Polichinela, el cual ha comprometido á varios muñecos de su compañía para que el cortejo del recibimiento resulte más lucido, pintoresco y regocijado.

«Al dar las doce en el reloj vecino», es decir, en el crítico momento de las uvas, cuando haga

su aparición ante nosotros el 1918, la bulliciosa farándula saludará al recién llegado con una preciosa canción, á modo de himno á la alegría, escrita para tan solemne momento por dos artistas que no han podido comer cosa caliente durante el año 1917 ni tres días seguidos, y quieren conquistarse así las simpatías de 1918, por ver si éste les normaliza «el problema de las subsistencias».

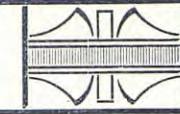
Y, finalmente, se servirá la espléndida cena, preparada por un cocinero que se ha vuelto loco inventando salsas diabólicas y manjares estupendos, exclusivamente para la noche del 31 de Diciembre de 1917, un anito «de gracia» que pasará á la Historia con el sobrenombre de «renovador».

¿Está esto claro?...



SOBRE EL ARTE DE LA MÚSICA

UN SÍNTOMA CONSOLADOR



Se advierte en el público español una corriente favorable al divino arte de la música. De poco tiempo acá, mientras los edificios destinados á los espectáculos ofrecen la desolación del vacío, y el bostezo de los escasos espectadores habla con muda elocuencia del poco interés de las producciones dramáticas, en los teatros se organizan conciertos musicales por agrupaciones artísticas prestigiosas, y las salas particulares, que persiguen la misma finalidad, van cudiendo por las poblaciones y estableciéndose con tal frecuencia, que asegura la preferente atención conquistada por esta clase de espectáculos, y ofrece el consuelo de un síntoma favorable á la cultura de la multitud.

Recientemente se ha inaugurado, por la Sociedad Anónima Española The Aeolian y Compañía, un nuevo y notable establecimiento que, sobre todo el lujo de su instalación y todo el buen gusto que se advierte hasta en los detalles más mínimos, se ha señalado por el éxito brillantísimo y entusiasta de una serie de tres conciertos que han maravillado á los *dilettanti*.

Cuando el eco de los calurosísimos aplausos subrayaban el final de las exquisitas audiciones, cuyos programas constituyan un homenaje de respeto y admiración á las obras de los más grandes maestros del mundo, el selectísimo público congregado en el amplio salón tenía por todo comentario un vivo elogio para ese mago instrumento denominado «Pianola», que no encuentra rival posible entre todos sus similares.

La palabra «Pianola», aunque de propiedad exclusiva de The Aeolian y Compañía, ha sido adoptada por el público como nombre genérico para designar todos los instrumentos que permiten á cualquier profano interpretar las obras musicales, desde las de universal reputación á aquellas otras que, por su modestia, mueren en el olvido de los inteligentes aficionados á la música.

Pero este error de una gran parte de la gente no hace más que afirmar y robustecer el crédito, por momentos más grande, de la «Pianola» legítima.

Precisamente la característica de este aparato es su perfección, que garantiza el buen resultado de la obra; su sencillez, que permite ser dominado al poco tiempo por los más ignorantes en asuntos musicales; la docilidad de su mecanismo, fácil siempre á la persona que lo maneja, y susceptible de las interpretaciones más contrarias.

Ante la «Pianola» desaparece la idea del automatismo que se nota en todos los demás aparatos de esta índole, y que es opuesto á la sincera expresión del ejecutante. Toda la rigidez, toda la dureza, toda la precisión fatal de la máquina se convierte en sentimiento, en dulzura, en imprevedible, en fuego, en vibración del alma de quien ejecuta. Desde el impulso rudo á la más exagerada delicadeza de los matices, comprende la «Pianola» la gama entera del sonido.

Por eso se explica que en los grandes conciertos franceses e ingleses haya sido aceptado este instrumento para tocar con las orquestas sinfónicas de más renombre y haya merecido el honor de actuar bajo el prestigio de las batutas de más crédito y de arrancar de labios tan autorizados como los del maestro Chevillard, en ocasión de dirigir la orquesta L'Amoreux, de París, efusivos y cálidos elogios.

Este mismo efecto de admiración y maravilla ha producido siempre la «Pianola» en los compositores famosos. Saint-Saens, Carreño, Sarasate, Grieg y cuantos han tenido la fortuna de alcanzar esta notabilísima invención, han lodado sin reserva sus condiciones y la han consagrado como única y perfecta.

E n documentos de un valor incontrovertible y positivo, han demostrado su aprobación frente al progreso que la «Pianola» significa, por cuanto contribuye á extender el radio de la afición á la música, privando al aficionado del difícil aprendizaje exigido por cualquiera clase de instrumentos.

El famoso Pade-



Concierto celebrado con motivo de la inauguración de los nuevos locales de The Aeolian C.º y Sala AEOLIAN, en la Avenida del Conde de Peñalver, 24

rewsky reconoció los méritos de tan notable instrumento en la siguiente carta, que no resistimos á la tentación de publicar:

«Muy señores míos: Hace ya varios años que mi atención fué llamada sobre la PIANOLA, y, si no me equivoco, fué el primero en aprobar esta importante invención. Desde entonces he venido observando su desarrollo con gran interés.

Desde el principio, las posibilidades de ejecución técnica quedan al alcance de todos, haciendo así de la música un arte al alcance de todo el mundo, tan accesible al público en general como la literatura, la escultura y la pintura.

No puedo concebir razón alguna por la cual la PIANOLA no se encuentre en cada lugar. Como piano, cuando se usa el teclado no deja nada que descartar, mientras que es, sin duda, el medio más perfecto para adquirir una educación musical extensa, necesaria para el desarrollo del conocimiento de la buena música, que la cultura moderna requiere.

Las primeras PIANOLAS, una de las cuales yo poseo, contienen estas posibilidades en principio, habiendo quedado al cuidado de ustedes el alcanzar con años de desarrollo y trabajo el ideal completo. Así, pues, ustedes merecen el éxito que han obtenido con sus PIANOLAS. Con agrado veo este éxito crecer, tanto en Europa como en América, causándome gran satisfacción ver

corroborada la opinión que expresé hace algún tiempo acerca del porvenir de la PIANOLA.

Un gran número de aparatos mecánicos han sido construidos en los últimos años, de los cuales yo he visto varios; pero debo mantener mi opinión original: LA PIANOLA ES LA MEJOR, INCOMPARABLE, SUPREMA.

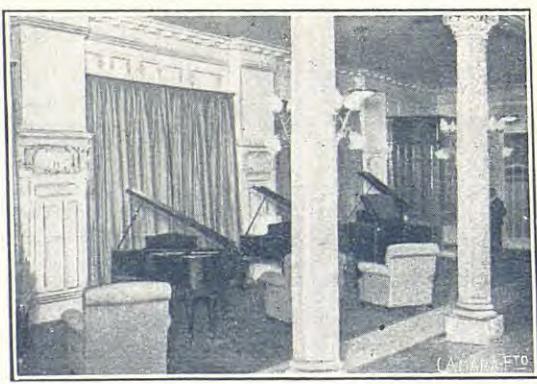
«Su atento, (Firmado) PADEREWSKY»

Debemos también hablar de un instrumento, última maravilla inventado por The Aeolian C.º: el Dúo-Art-«Pianola»-Piano, que reproduce fielmente la interpretación de los grandes artistas. El inolvidable maestro Granados, en su último viaje á América, que tuvo un epílogo tan dolorosamente trágico, tocó varias obras para el «Pianola»-Piano Dúo-Art, y cuando escuchaba reproducida su propia ejecución, repetía, impresionado y lleno de emoción verdadera: «Es mi retrato exacto.»

Después de testimonios tan importantes y después del éxito creciente de la «Pianola» y del «Pianola»-Piano Dúo-Art, que ha obligado á la casa Aeolian á crear en España una Sociedad anónima para atender á la gran demanda cada vez más creciente, nos limitamos á desechar que las reuniones artísticas sean todo lo constantes que estos sublimes instrumentos merecen y todo lo frecuentes que desean los amantes de la música, exacta y fielmente reproducida, que son todos los que reconocen el alto prestigio de la «Pianola», denominación que es propiedad de The Aeolian y Compañía, Avenida del Conde de Peñalver, 24, y que no se debe confundir con los demás instrumentos que nada tienen de común con ellos.



El insigne maestro Granados en el Aeolian-Hall de The Aeolian C.º, de New York, corrigiendo sus composiciones en los rolos matrices, después de haberlas tocado para ser reproducidas en el «Pianola»-Piano Dúo-Art



Uno de los salones de The Aeolian C.º, de Madrid

La Espera

Año V Número extraordinario

Precio: Una peseta

ILUSTRACION MUNDIAL



RETRATO DEL CONDE DE BRISTOL, por Van Dyck



EL MUSEO DEL PRADO

LOS CUADROS

ORGULLO de España es nuestro Museo Nacional del Prado que puede retar, victorioso, indudable en la mayor riqueza de obras maestras, al Louvre de París, La National Gallery de Londres, el Kaiser-Museum de Berlín y L'Ermitage de Petrogrado.

Tantas y tan notables pinturas hállanse en él conservadas, desde las sendas colecciones espléndidas de Goya —el primero de los pintores del mundo— y de Velázquez hasta la sala de Primitivos, que el inquieto afán de cambios, trastreque y mudanzas padecido por la Dirección del Museo va desmembrando poco a poco y repartiendo por salitas, mejoras de luz, pero que quitan la necesaria unidad al conjunto.

Desde que José I por Real decreto de 20 de Diciembre de 1809 intentó la fundación del Museo Nacional en el Palacio de Buenavista —idea sugerida indudablemente por el ministro Mariano Luis de Urquijo que, nueve años antes, le sugirió sin resultado al grotesco Carlos IV— hasta que en 1916 se aumenta el tesoro artístico con el legado Pablo Bosch, ha ido creciendo la importancia de nuestra Pinacoteca al recobrarse para el legítimo disfrute de la nación y útil enseñanza y deleite de propios y extraños, las obras que existían en los Reales Palacios, en la Academia de San Fernando y en monasterios, iglesias y conventos.

Séanle perdonadas sus muchas faltas á Fernando VII en gracia de ser él, aconsejado por su segunda esposa Isabel de Braganza, quien dió en 1816 el verdadero impulso á la creación definitiva del

Museo y á su instalación en el edificio que el arquitecto Villanueva proyectó para Museo de Ciencias Naturales, por mandato del buen Carlos III, cuyo reinado fué tan propicio al desarrollo de las Bellas Artes españolas.

Un siglo justo ha transcurrido desde entonces, y alargaria más de lo consentido en este artículo la historia de las incidencias y alternativas por que atravesó nuestro Museo Nacional hasta llegar á nuestros días. Vean los curiosos la erudita *Noticia histórica* puesta por D. Pedro Beroqui, secretario del Museo, al Catálogo editado el año 1913, y sigamos nosotros nuestro propósito meramente informativo.

El Museo se compone de tres pisos. En la planta baja existen las cinco salas de Goya donde se conservan los cartones para los tapices, los dibujos y las pinturas murales de su casa de Madrid. Las tres salas de Alfonso XII ó de los Primitivos. Las cuatro salas de la sección de Escultura —que serán objeto de otro artículo en este mismo número—. La sala de escuela francesa y las tres salas de los legados Errazú y Bosch.

En esta parte del edificio se están construyendo, además, otras diez salas nuevas.

La sala Errazú es la única de pintura moderna que hay en el Museo del Prado, y lo más notable de ella son los ocho Fortuny, en particular *Desnudo de mujer*, que es una verdadera joya.

Las dos salas Bosch contienen hasta ochenta y nueve pinturas, la mayor parte de ellas de primiti-

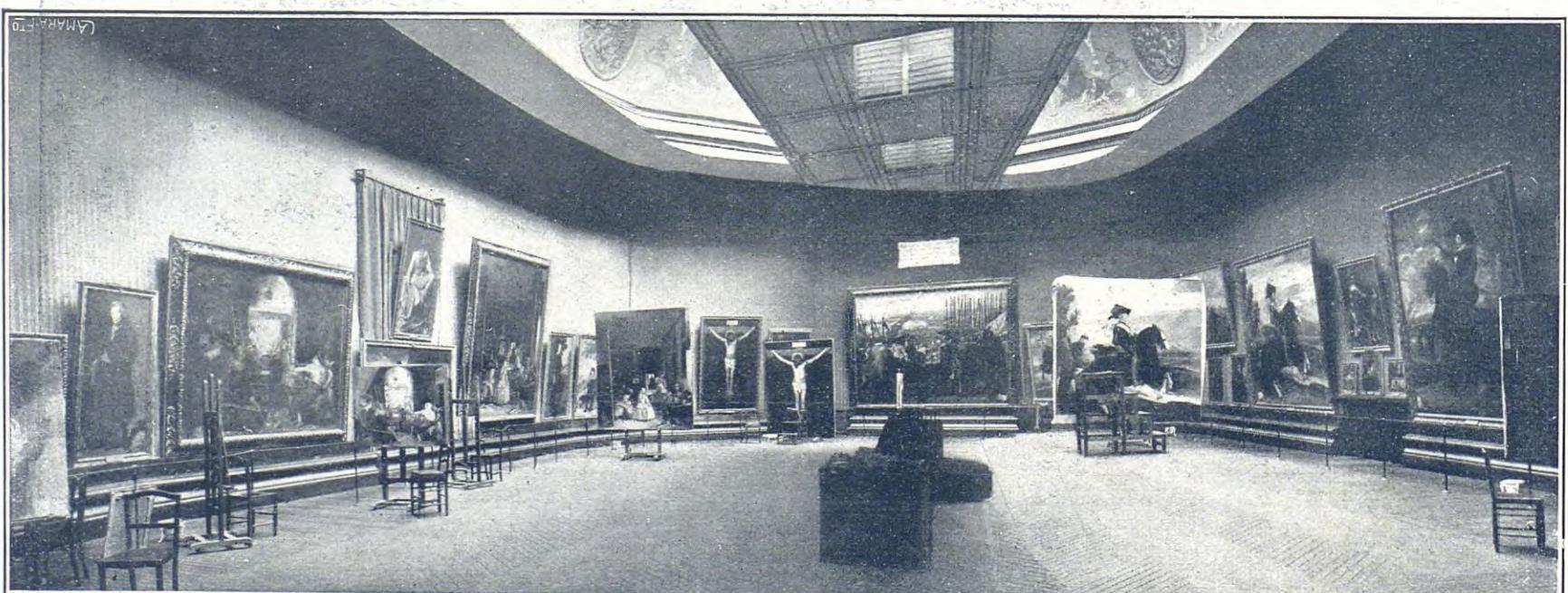
vos españoles y flamencos, y cuatro vitrinas con una espléndida colección de medallas.

En el piso primero están las salas de Velázquez, Murillo y Ribera; la magnífica central, donde se hallan —por lo menos hasta la fecha; no respondemos de mañana— lienzos de Goya, Greco, Rubens, Tiziano, Tiépolo, Verónés y Van Dyck; las salas de escuela flamenca, escuela germánica y escuelas italianas, y las salas llamadas de Retratos, donde se agrupan todos los cuadros de este género que acaso estuvieran mejor dentro de otra clasificación por autores ó escuelas. Además, perdidos ó mal iluminados por pasillos y corredores, se encuentran lienzos ó tablas dignos de mejor suerte y que seguramente en una futura revisión del Patronato, cuando se terminen las salas de la planta baja, obtendrán su digno y visible acomodo. Por citar solamente alguna de estas obras, allí está *La adoración de los pastores*, de Mengs, á una luz imposible y en un estado lastimoso de conservación.

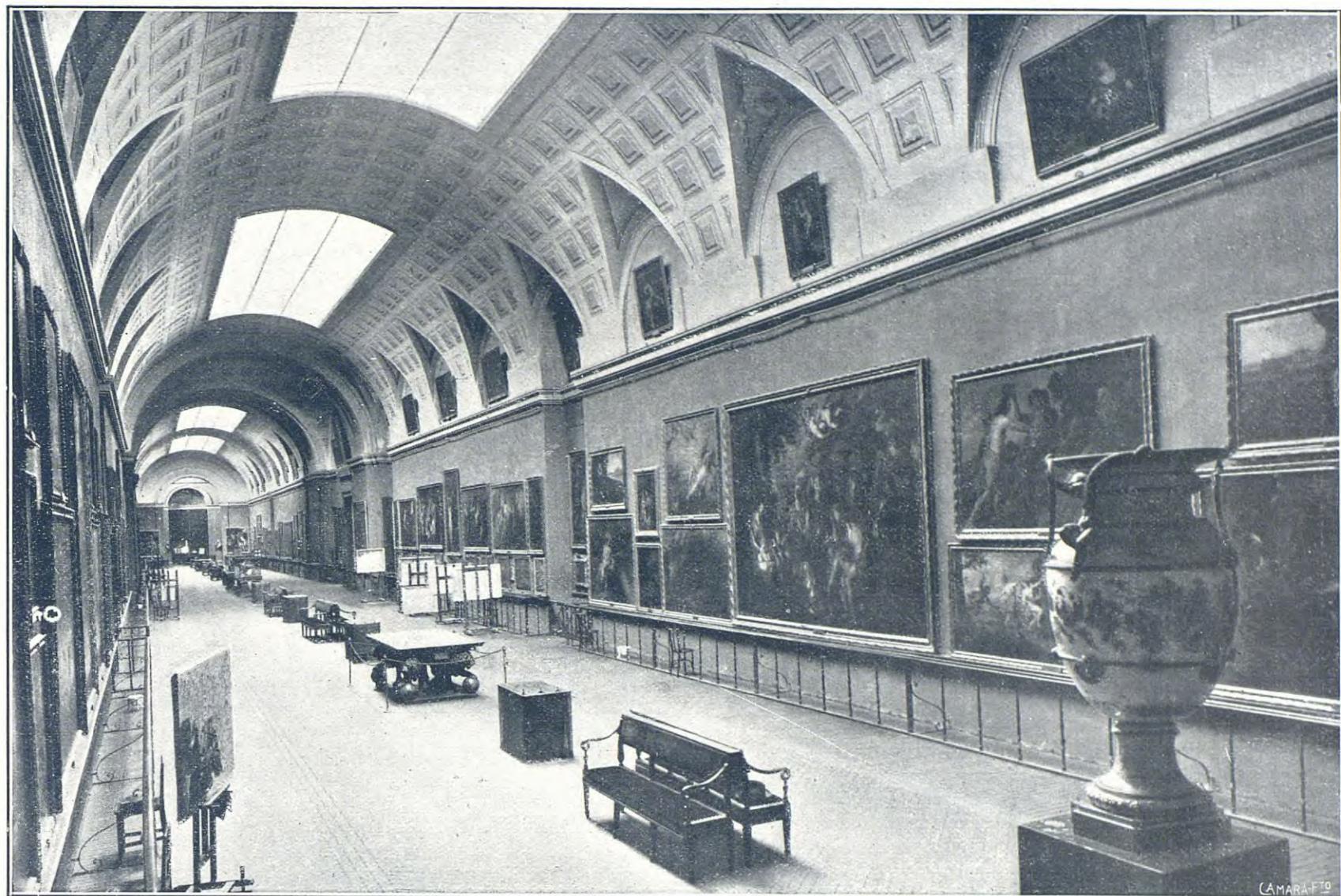
El segundo piso —al que llegan muy escasos visitantes— sólo comprende ocho salas y un corredor, donde hay lienzos de las escuelas española, italiana y francesa.

El número de obras catalogadas que existen actualmente en nuestro Museo Nacional es 2.554. De ellas corresponden la mayor parte á las escuelas españolas (cerca de 800), flamenca (720) é italiana (581).

Veamos rápidamente los cuadros más interesantes de las respectivas escuelas.



La sala de Velázquez



Sala central del Museo

En la española ya hemos dicho que el Museo del Prado tiene, naturalmente, la primacía sobre todos los del mundo. No se puede conocer á Goya ni á Velázquez sin visitar nuestra Pinacoteca Nacional.

La sala de Velázquez contiene lo mejor del maestro: *Las meninas*, *Las hilanderas*, *Los borrachos*, *La rendición de Breda*, *Los bufones*, los retratos de Felipe IV, del Conde Duque, de los infantes y príncipes.

Goya, más grande que Velázquez, es todavía menos afortunado en cuanto al merecido alojamiento, ya que su obra aparece diseminada en diferentes salas y pisos. Y, sin embargo, iqué maravillosa gloria supone para nosotros tener *La familia de Carlos IV*, *Las majas*, *Los fusilamientos*, *La pradera de San Isidro*, los retratos de Bayeu, de doña Tadea Arias, María Luisa, *La Tirana*, Máiquez, los generales Palafox y Urrutia, Fernando VII, la duquesa de Osuna, los infantes y príncipes, y el barroguero Carlos IV con su aspecto y su psicología de choríco enriquecido. Y, por si aún fuera poco, esta serie prodigiosa de los tapices, que han de verse con tantas dificultades de luz en las salas de la planta baja, donde también se pueden examinar, no muy cómodamente, los trescientos ochenta y nueve dibujos repartidos entre los cuadros móviles de la columna central y los fijos de los muros en plena sombra, sin duda para aumentar su carácter enigmático y misterioso.

Del Greco hay ocho retratos de hombre, y entre ellos el de *El caballero de la mano al pecho*, *Un medico* y *Don Rodrigo Vázquez*, que suspenden y maravillan el ánimo. Completan, además, la serie de sus obras las de asunto místico, como *El bautismo de Cristo*, *La Resurrección*, *La Crucifixión*, *Jesucristo muerto en los brazos del Padre Eterno* y otras.

Falta espacio para reseñar, aunque fuera con la misma brevedad que á estas tres enormes figuras de nuestro arte, las salas de Ribera y de Murillo, las tablas de Berruguete y Gallegos, los frailes y santos de Ribalta, las princesas y caballeros de Sánchez Coello, Pantoja y Carreño; los místicos asuntos de Zurbarán, Valdés Leal, Claudio Coello y Alonso Cano; las inquietantes vírgenes del divino Morales; los retratos, tan señoriles, de Vicente Ló-

pez, que vió de un modo piadosamente cortesano el mismo mundo grotesco que Goya simbolizó en *La familia de Carlos IV*.

Inicia los esplendores de la escuela italiana *La Anunciación*, de Fra Angélico, que precisaría para ella una sala única de las menores donde se han colocado recientemente algunos primitivos por razón de tamaños nada más.

Y sigue después la gran colección del Tiziano, cuyas *Venus*, *Bacanal*, *Danza*, en unión de *Las tres Gracias*, *Ceres y Pomona*, *Ninfas y sátiro*, *Diana y Calixto*, de Rubens, quiso quemar por inmorales el absurdo Carlos IV, y que salvó el marqués de Santa Cruz logrando que se guardaran en una sala reservada de la Academia de San Fernando.

La colección de Rafael, donde figuran el retrato del cardenal Alidosio, *El paseo de Sicilia* y *La Sagrada Familia*; los Verónés, Correggio, Tiépolo, Tintoretto, Bellini, Giordano, Giorgino; *La muerte de la Virgen*, de Mantegna, y los Guido Reni de las salas altas.

No menos valiosa es la serie de pinturas flamencas con la pompa armoniosa, regíamente decorativa y sanamente sensual, de Pedro Pablo Rubens y

los Van Dyck, tan representativos de la suprema distinción del gran artista.

He aquí los Patinir, cuya *Tentaciones de San Antonio* es una de las más extraordinarias obras de nuestro Museo; el tríptico de Memling; los Van Eyck (de cuyo grupo *El Salvador*, *La Virgen y San Juan Bautista* pensamos decir algo curioso dentro de poco); los Van-der-Weyden; los paisajes Ruysdael; las fantasías de Breughel el viejo, autor de *El triunfo de la Muerte*, merecedor de mejor luz y respetuosa colocación; Petrus Cristus, Gerardo David, el maestro de Flemalle; la alegría de Jordaens y la rústica malicia de Teniers.

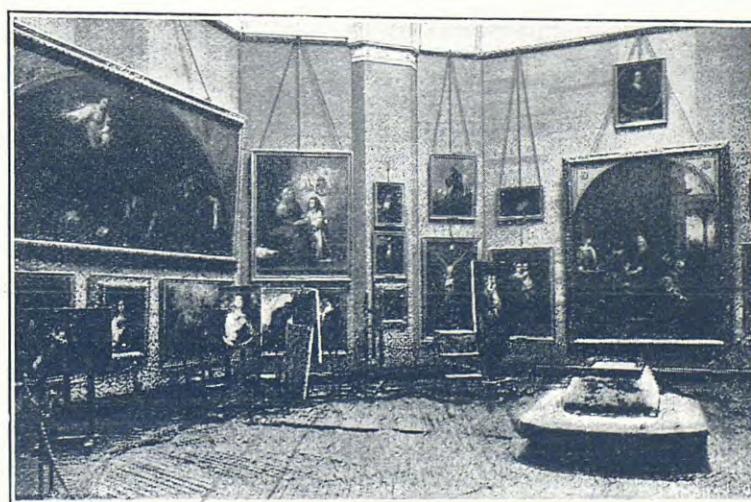
De Rembrandt sólo podemos ostentar *La reina Artemisa*; pero en cambio sí se encuentran bien representados, en la escuela holandesa, el gran retratista Antonio Moro, las fantásticas elucubraciones del Bosco y el arte brillantísimo de Marinus.

No muy numerosa la escuela germánica, ya que sólo consta de cincuenta y dos cuadros, es una de las más importantes, porque en ella figuran los *Adán y Eva*, el autorretrato y el *Retrato de hombre*, de Alberto Durero; un *Retrato*, de Holbein; las cerámeras de Cranach y la colección de retratos reales y cuadros religiosos de Antonio Rafael Mengs.

A la escuela francesa pertenecen los dos Watteau que, colgados en cualquier sitio de las salas de arriba, son casi desconocidos del público; *La toilette de Venus*, de Boucher, que sufre idéntico desconocimiento; veinte cuadros de Poussin; una muy interesante colección de retratos de Rigaud, Ranc, Van Loo, Nattier, Mignard, Largillière y un Meissonier en la sala Errazu.

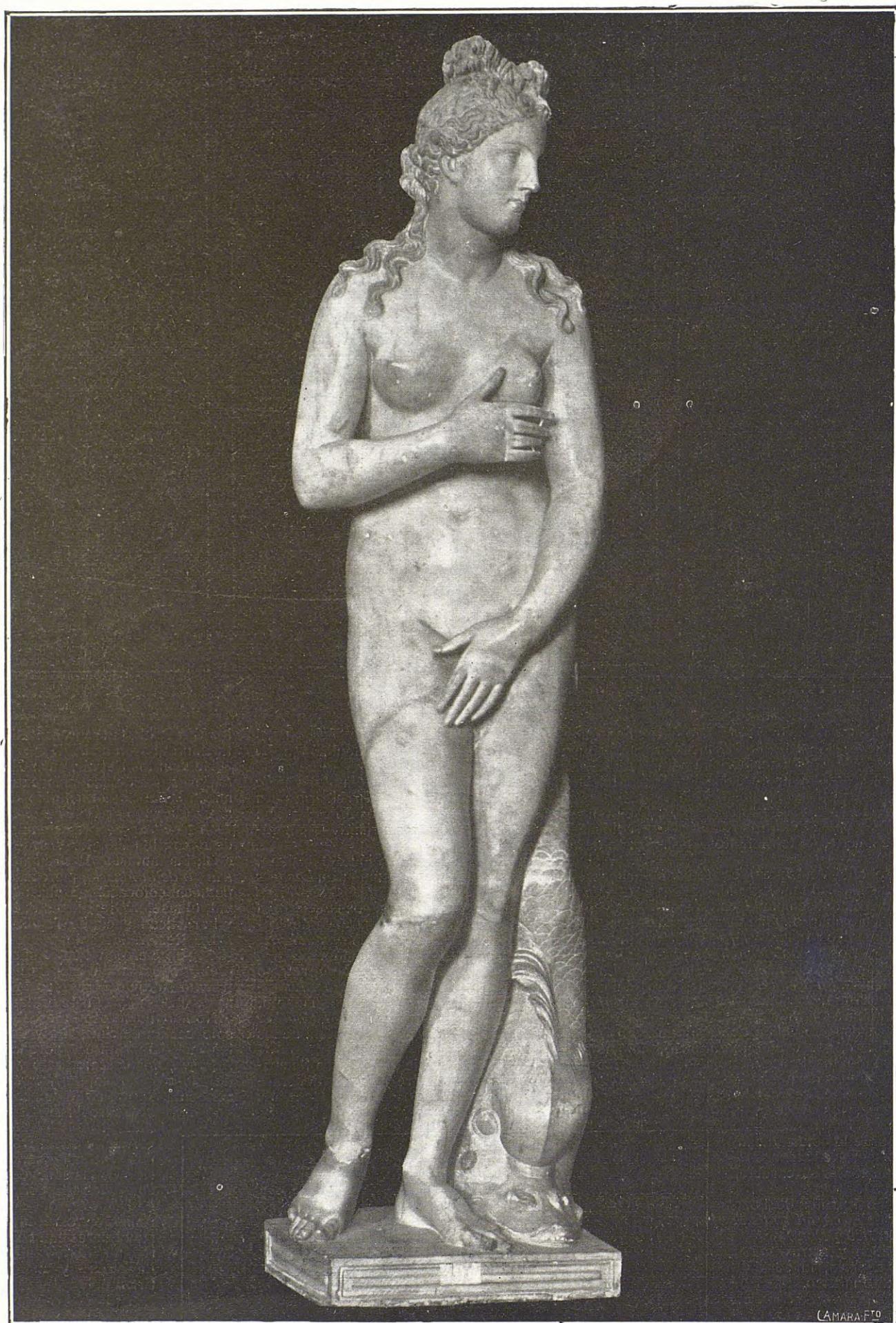
Tal es á grandes rasgos, y descrito con esa rapidez de una visita de forasteros apresurados, lo que contiene de más importante nuestro Museo Nacional, al que desearíamos ver atendido, engrandecido y respetado con aquel experto cuidado que hay derecho á exigir al Patronato creado por Real decreto de 7 de Julio de 1912, siendo ministro de Instrucción pública y Bellas Artes el Sr. Alba.

SILVIO LAGO



Sala de Murillo

LA ESCULTURA CLASICA



CAMARA-FOTO

LA VENUS DEL DELFIN

Estatua romana, en mármol, que se conserva en el Museo del Prado

Una de las más puras y hermosas obras de la sección de Escultura de nuestro Museo Nacional, tiene esta *Venus del delfín* fraterna semejanza con la famosa de Médicis que se conserva en Florencia. Como ella, muestra una pudorosa actitud y muestra sereno reposo facial, que aumenta la gallardía altiva de sus rasgos; como ella, ostenta á los pies un delfín, que si bien quita airosa libertad á la pierna izquierda, completa, no obstante, la armoniosa tonalidad del conjunto. Habilmente restaurada en la época de Bernini, surge al encuentro del visitante como viviente reencarnación de Afrodita, inmortal y seductora...

LA ESFERA

LAS JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



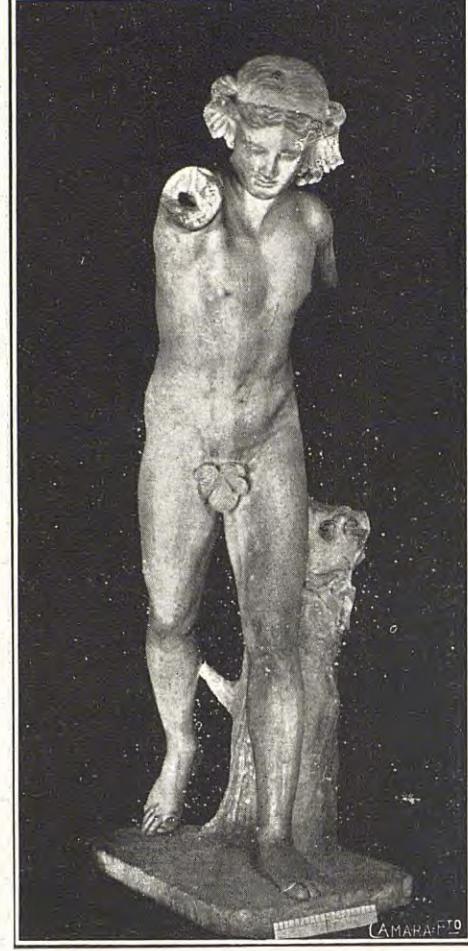
AUTORRETRATO DE FRANCISCO GOYA Y LUCIENTES, que se conserva en el Museo del Prado



"El fauno del cabrito", estatua griega



"Castor y Polux", grupo en mármol de Carrara



"Hipnos", estatua griega

Más importante de lo que se cree, y aun de lo que se ha dicho, la sección de Escultura de nuestro Museo Nacional abunda en piezas notables y de positivo mérito.

No alcanzará seguramente á 500 el número total de mármoles y bronces que hay en las rotundas y salas de la planta baja y en las galerías altas exteriores; pero entre ellas puede el visitante seleccionar más de una tercera parte digna de admirativo interés.

Puede subdividirse la sección en otras cuatro perfectamente definidas: escultura griega, escultura romana, el renacimiento y escultura moderna.

Muy atinadamente el actual conservador de la sección, D. Eduardo Barrón (1), propuso un cambio de obras entre los Museos del Prado y Arqueológico, cuyo proyecto tendía: «primero, á la formación de una sala destinada á la Edad Media, con el fin de llenar el hueco histórico que en la galería se observa desde fines del arte romano al renacimiento, y segundo, para añadir á la sala 3.^a algunas otras obras hasta fines del 1800, y con todo ello completar una relación histórica de la Escultura desde el siglo vi, antes de J. C. aproximadamente, hasta fines del xviii, en nuestra Era, y que, continuada en el Museo de Arte Moderno, resalte con ejemplares de la citada remota época hasta nuestros días.»

Este proyecto fué aprobado por Real orden de 24 de Mayo de 1901—¡hace diez y seis años!!—, y todavía no se ha realizado.

Ahora que figura al frente de la Dirección general de Bellas Artes, Mariano Benlliure, sería oportuno desempolvar un poco el expediente y dotar, al fin, á la sección de Escultura del Museo del Prado, de esa sala propuesta por el Sr. Barrón con atinadísimo criterio.

(1) Autor de un detalladísimo y erudió catálogo de positiva utilidad.

En la rotonda de entrada se destaca una estatua moderna, pero ataviada á usanza romana y modelada con arreglo á los clásicos cánones de la época de Canova y Thorvaldsen.

Es obra de José Alvarez (1768-1827), artista cordobés, que fué nombrado escultor de cámara en 1806.

Representa á la reina Isabel de Braganza, segunda esposa de Fernando VII, y á la cual se debe en gran parte la creación del Museo Nacional de Pintura y Escultura. Fué una de las últimas obras de Alvarez—le sorprendió la muerte sin terminarla—, y representó en ella á la hija de Juan VII de Portugal en una actitud parecida á la famosa estatua de Agripina, que se conserva en el Museo Capitolio de Roma.

En torno del mármol de Isabel de Braganza hay cuatro estatuas romanas representando, respectivamente, á Júpiter, Juno, Apolo y Neptuno.

De ellas, las más interesantes son las de Juno, que tiene gran semejanza con *La Paz*, de Cefiridoto, por cuyo motivo se la conoce también con dicho título, y la de Júpiter, plena de majestuosidad.

Armonioso conjunto de estatuas, bustos y relieves hallamos en la sala primera, donde se han reunido obras griegas ú originarias del arte greco-romano.

Pese á las restauraciones—en su mayoría de los siglos xvii y xviii, con más algunas del escultor de cámara, Valeriano Salvatierra—, conservan la mayoría de estas obras su helénico carácter, y el mundo antiguo y encantador de los paganos tiempos surge á nuestros ojos por el milagro perdurable de la forma.

He aquí la estatua de Hipnos, con su cabeza alada y su apolínea desnudez, que avanza hacia nosotros. Le faltan los dos brazos, pero sus piernas conservan la gallardía del ademán.

Es algo tan humano, tan gracioso y natural en su movimiento, que justifica el que Barrón nombre á esta bellísima estatua *La perla de la Galería*.

Pertenece al siglo iv antes de Jesucristo, y tal vez las otras representaciones griegas del dios del sueño que existen en los Museos de Turín, Florencia y Viena sean sus hermanos menores.

Siguen en importancia la *Venus del Delfín*—que reprodujimos y comentamos en plana aparte—, la *Venus de Madrid*, la *Venus de la concha*, la *Venus del baño* y la *Venus del pomo*.

La *Venus de Madrid* evoca el recuerdo augusto de la *Venus de Milo*.

Bajo los paños del caído manto y la ceñida túnica, su cuerpo tiene idéntico reposo é igual serena euritmia.

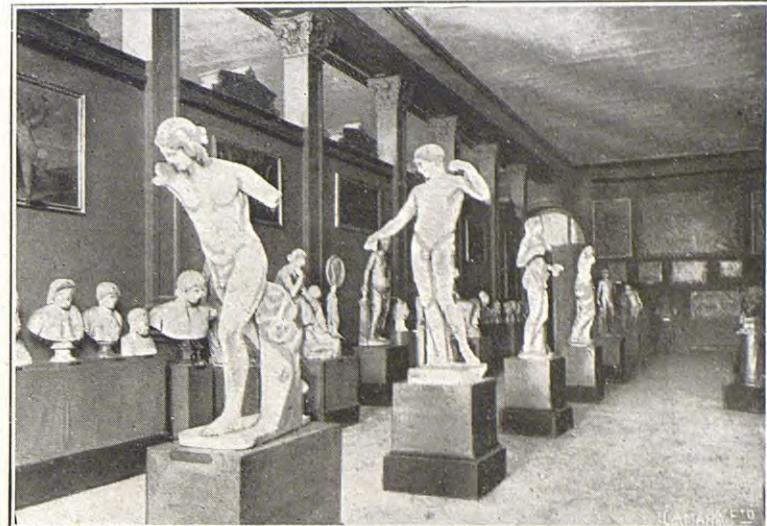
Emil Hubner, en su obra *Die antiken bildwerke in Madrid*, atribuye su procedencia á los tiempos de Augusto. Barrón la considera



Vista de una de las salas de la sección de Escultura



Sala de las obras de León Leoni



Sala de escultura griega

como una repetición de la *Venus de Falero*, del Vaticano.

De las otras Venus restantes la más bella es la *Venus después del baño*, de la que existen ejemplares parecidos en el Museo del Louvre (*La Venus de Viena*) y en algunos italianos. De estatuas representando personajes mitológicos masculinos figuran en esta sala el grupo *Castor y Polux*, llamado de *San Ildefonso* por haber estado en dicho Real Sitio, y una de las más discutidas, pero siempre elogiadas obras de nuestro Museo; *Ganimedes*, *El fauno del cabrito*, *Un fauno* y *Adonis*.

En cuanto á las estatuas fragmentarias debemos citar el divino torso de *Hermafrodita* y el trozo de *Una ninfa*, que es purísima muestra de la estatuaria griega (siglo iv, antes de J. C.), obra indudable de un gran artista y una de las joyas de la sección de Escultura.

De los bustos se destaca el *Feréclides*, que procede de la colección Azara y es uno de los mármoles más antiguos de la sección escultórica, y los de *Hipócrates*, *Aristófaga*,



"Carlos V dominando el furor encadenado", grupo en bronce, de León Leoni

cierto carácter pictórico, se observa bien claramente la influencia del arte de Pompeya y Herculano.

En la sala tercera se exponen las seis estatuas, lo s cinco bustos y los dos relieves de León Leoni, el gran escultor y orfebre del Renacimiento italiano, rival de Benvenuto Cellini, representando á los reyes y reinas Carlos V, Felipe II, Isabel de Portugal, María de Austria y Leonor de Austria. Los relieves en marfil *Danza de niños*, de Lucas Faiderbe, y *La flagelación*, de Andrés Pozzi, y el titulado *Adán y Eva*, que reproduce un grabado en cobre de Alberto Durero.

Y una serie de bustos y medallones italianos y franceses de los siglos xvii y xviii.

Por último, en la rotonda final ocupa el centro de ella un monumental vaso griego con interesantísima ornamentación de asuntos clásicos y escenas mitológicas, y adosados á los muros ó encerrados en vitrinas de cristal, escaso número de medallones, relieves y bustos de diferentes épocas y valores.

S. L.



"La Paz", estatua griega en mármol

266

nes, Hércules y el hermafípico de las dos poetisas *Safó* y *Corina*.

Entre los bajos relieves figuran en esta sección los cuatro de *Las bacantes*, en mármol de Italia; y de los altos relieves se destacan los sendos de *Una vaca*, *Un toro* y *Un jabalí*, procedentes de la colección de Felipe V.

La sala segunda, si bien contiene mayor número de obras que la primera, su importancia histórica y artística no es tan grande como en las de esta última.

Existen, sin embargo, estatuas notables como la de *Ariadna*, bello ejemplar de la escultura romana con influencias helénicas; *Narciso*, *César Augusto*, la *Dama desconocida*, *Un emperador*, la *Venus*, en bronce, que recuerda á la del Capitolio y á la *Venus del Delfín* existente en la sala primera.

Hay relieves interesantísimos, como *Fiesta á la diosa Flora*, *Prometeo formando al hombre*, *Lacoonte* y los fragmentos de la *Boda* y *Muerte de Aquiles*, pertenecientes al siglo ii, antes de Jesucristo.

También se conserva en esta sala una magnífica ara ó puteal en mármol, de la que dice Barrón: «El trabajo es hermoso; obra romana de la primera mitad del Imperio. En su composición, carácter y arreglo de las figuras, rico fondo y gran cantidad de accesos y detalles que le dan



770

"La Venus de Madrid", estatua griega (mármol)

LA ESFERA

LAS JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



LA PRESENTACIÓN DEL DIEZMO, cuadro de Pedro Pablo Rubens



PRIMAVERA

La primavera nace esta noche... Fragante amada de Musset. ¿Te acuerdas, corazón, de aquel tiempo divino, perfumado y distante, cuando al claro de luna llorabas de emoción?

Era ayer... ¡Oh, la novia blanca de los jardines, ¡El sabor de la inédita carne de la mujer me embriagó de infinito! ¡Oh, carne de jazmines y estrellas! Me parece que hace un siglo. ¡Y fué ayer!

¿Y el ruiseñor de Heine? Yo escuché al ruiseñor cantar en los románticos jardines su fermata. Ya se murió de tedio mi ciego trovador, y hay entre mis cabellos muchos hilos de plata.

¡Tristeza del otoño! Las horas presurosas caen, mientras brotan frescos capullos de mujer. ¡Oh, la pena de ver cómo nacen las rosas de nuevas primaveras que no hemos de coger!

Noces de primavera! ¡Oh, nuestra rubia amada, cuando era el amor música, poema y oración, que oía nuestra lírica voz transfigurada en un éxtasis de Anunciación!

Cuando la carne ardía con temblores nupciales, esperando el instante de la cita, y bajo las acacias, floridas y sensuales, otra vez Mefistófeles tentaba á Margarita.

Primavera, la eterna juventud de la vida, fragante hermana de mi juventud, yo quiero que, al sonar la hora de la partida, el sol de Mayo dore mi ataúd.

Claro de luna, mi canción primera, el primer beso á la primer mujer. ¡Dulces motivos de mi primavera; parece que hace un siglo!... ¡Y era ayer!

E. CARRÉRE

DIBUJO DE MARÍN

PESADO Y MEDIDO

(MONÓLOGO)

Despacho, ni lujoso ni humilde, ni elegante ni cursi, ni grande ni chico, en casa de Don Secundino Arriba y Abajo, en Madrid.

No es ni por la mañana ni por la tarde: es al mediodía.

(Don Secundino es un señor de cincuenta años, cómicamente triste, que usa bisoñé. Viene de la calle, con vivas muestras de cansancio, de disgusto y de indignación.)

DON SECUNDINO.—¡No me quedaba más que ver! ¡Hasta la Justicia, de parte de los criminales! ¡Qué mundo! ¡Qué vida! ¡Nunca lo pude esperar de Astrea! ¡Mujer al fin! (*Sopla sofocando.*) Esto es cólera. (*Vuelve á soplar.*) Cólera, cólera... (*Pasea en silencio. Luego tira el sombrero al suelo con rabia.*) ¿Qué haces, Secundino? No te conozco. (*Coge el sombrero y lo arregla cuidadosamente, diciéndole:*) Tú no tienes la culpa, infeliz. ¡Bastante has hecho toda la mañana con soportar esta olla de grillos que llevabas debajo! (*Lo deja en una silla. Sopla nuevamente.*) Cólera; estupefacción; asombro... ¿Qué podrá pasarme ya á mí que me desconcierte ó que me sorprenda? ¡Nada! Me dicen que un camello ha preguntado en la portería si yo vivo en el segundo izquierdo de esta casa, y me parece una cosa muy natural. Ante mí se ha desplomado el mundo: las leyes de la Lógica no existen; son un mito, una farsa; humo, polvo, ceniza... ¡Caballos, qué chasco el mío! Yo he mantenido siempre, y estaba orgulloso de mi frase, que la Lógica es hija de la Lógica y nieta de la Lógica. Pues bien: la Lógica acaba de resultarme una cupletista sinvergüenza. Así, así: sinvergüenza. ¡Qué chasco el mío! Porque lo mismo que pensaba de la Lógica, pensaba de la Justicia, de la Razón, de la Verdad, de todos los cimientos del equilibrio humano, en una palabra. La Razón es hija de la Razón y nieta de la Razón; la Justicia es hija de la Justicia y nieta de la Justicia, etcétera, etcétera; el Derecho es hijo del Derecho, etcétera. ¡Era un hallazgo de expresión, que me resolvía muchos problemas en la vida! ¡Y he aquí que de repente todo se me desquicia y se me hace polvo! (*Al público.*) Si quieren ustedes compartir conmigo la tribulación, van á oírme. Precisamente yo necesito un desahogo. Todo el mundo presta atención: nadie se mueve: algunas señoras me miran con lástima... Luego es evidente que me quieren oír. La Lógica, por lo menos en este momento, vuelve á ser hija de la Lógica y nieta de la Lógica. No se pierde la vergüenza de un solo golpe. Gracias de antemano.

Yo, señores, pasé mi primera juventud, y aun mi segunda y mi tercera—porque en vano trataría de ocultar que ya soy madurito—, buscando respuesta á estas preguntas: ¿Es el matrimonio el estado perfecto del hombre? ¿Debe casarse el hombre? ¿Debo casarme yo? ¿A qué edad debe casarse el hombre? ¿A qué edad debo casarme yo? Son tan arduas, complejas y dificultosas, que me han llevado, como dejo dicho, tres juventudes, y no las he contestado en definitiva hasta hace cuatro meses, que me leyeron la famosa Epístola en San Andrés de los Flamencos. ¡Ay, San Pablo!

Devoto, más que devoto, esclavo de la Sindérésis, siervo de la Razón y de la Lógica, consulté un montón de estadísticas; ¡el noventa y siete por ciento de ellas favorables al matrimonio! Desprecie el tres por ciento. Y pensé después: mírate en el espejo de tus amigos, que, puesto que lo son, algo de semejante ha de haber entre ellos y tú; compulsa, analiza, aquilata, pesa, mide... Y pesé y medi. Dos amigos míos estaban casados y eran dichosos; otros dos, que permanecían solteros, se habían comprometido, enredado con sendos pendones (la palabra suena un poco mal, pero es exacta y está en el diccionario de la Academia), y no eran felices; y un quinto amigo, en fin, disfrutaba de los dos estados: tenía esposa y pendón. Como era con el que yo menos simpatizaba, lo descarté lógicamente (*glóticamente!*), y la balanza de mi decisión cayó del lado del matrimonio. Consecuencia: yo debía casarme. ¿A qué edad? ¡En seguida! Sí; porque pensando y midiendo había perdido un tiempo precioso. Sobre que ya tenía cuarenta años y pico, y me iba á ser difícil casarme más joven de lo que era. Sin embargo, y para consolarme de esta dificultad, mi natural sindrésis me decía: el matrimonio prematuro, es expuesto: sobra fuego y falta experiencia; el matrimonio tardío, es peligroso: sobra experiencia y falta fuego. Es me-



nester casarse cuando una cosa compense á la otra: ni exceso de experiencia, ni exceso de fuego, ni exceso ninguno. Mitad y mitad. Mitad se le llama en el matrimonio á la parte complementaria. Mi mitad, mi cara mitad... Como qué, en rigor, el matrimonio es eso: una persona á quien parten por la mitad. Y no se tome esto en sentido equívoco. Consulté de nuevo estadísticas, comparé, medité, profundicé, pulsé, pesé y medi. Y me di con la badila en los nudillos. Prosigamos.

Era inconsciente: era axiomático: yo tenía la edad justa para casarme: yo debía casarme. ¿Con quién? ¿Cómo debía ser mi novia? ¿De dónde debía ser mi novia? ¿Qué edad debía tener mi no-

vía? ¿Debía buscarla yo ó debía buscármela un amigo discreto? Mi primera duda fué ésta: Secundino, ¿tú tienes tipo de mujer? (*Da un paseito.*) Entiéndase lo que quiero decir: si yo tenía concepto fijo, imagen soñada, ideal... Saben ustedes lo frecuente que es oír á los hombres: «Mi tipo de mujer es éste; mi tipo es este otro...» Pero yo veía á una rubia en el tranvía, y me gustaba; y veía luego á una morena, y también me gustaba; y lo mismo se me iban los ojos y el deseo, tras una alta muy alta, de esbeltez de talle, que tras una de esas chiquitinas que tienen más tacón que estatura. En resumen: que concluí por sacar esta deducción: Secundino, tú no tienes tipo de mujer. Y de deducción en deduc-

ción, de consecuencia en consecuencia, llegó á estas consecuencias finales. ¡Ahora estoy tocando las consecuencias! Mi esposa dcía ser una mujer modesta y bonita; de mediana posición social; sin madre, á ser posible; y de tener madre, que no tuviese padre; que no hubiese nacido en ninguna de las regiones extremas de España; esto es: que no había de ser ni gallega, ni catalana, ni andaluza; que tuviese diez ó doce años menos que yo, y que no fuese ni completamente una lugareña, ni absolutamente una cortesana. ¡Pesado y medido, señor! Bueno: pues esta mosca blanca la encontré en Getafe. «¡Ella es!», gritó mi ser entero al verla. La voz del corazón repercutió dentro del cerebro, y la del cerebro dentro del corazón. El Amor y la Lógica se habían dado un beso por mí.

Adelante. Redacté *ipso facto* una declaración preciosa y la guardé durante nueve meses. No había que precipitarse: había que estudiar el carácter de mi elegida y las condiciones de su ascendencia, y que hacer un estudio comparativo con el mío y la mía, antes de enviarle la declaración. A lo mejor los organismos se repelen y los caracteres no casan. Notarán ustedes que no soy un fuguilla ni un temerario. Me preocupaban altamente los hijos. Yo me casaba para tenerlos. ¿Me los daría aquella mujer? ¿Cuántos me daría? De su contextura corporal cabría esperarlos con fundamento legítimo: sus curvas eran harto elocuentes; estaban llenas de promesas... Por otra parte, una hermana suya tenía dos; su madre había tenido tres; mi hermano el mayor tiene siete, y el segundo cuatro; yo, que soy el pequeño, bien podía esperar uno ó dos siquiera. Pero, bien: ¿serían perfectos estos hijos? ¿Serían saludables? ¿Serían guapos? ¿Cómo serían? Estudié los antecedentes de ambas familias con toda escrupulosidad; me analicé la sangre dos veces; me valí de un ardid para que ella se la analizara asimismo, y el resultado de mis investigaciones y vigilias fué triunfal, admirable: Matilde Torrejón y Burguillos debía ser la esposa de Secundino Arriba y Abajo. ¡Habíamos nacido el uno para el otro! Si ella era predominantemente sanguínea, yo era predominantemente linfático; si ella era efusiva y risueña, yo era calmoso y grave; todo equilibrado, señores! Si ella tenía un tío flemático y grueso; yo tenía uno nervioso y flaco; y si hubo un loco en su familia, en la mía hubo un tonto, que no ha sido el único, por lo visto. ¡Todo equilibrado; todo compensado! Nuestro matrimonio iba á ser un lago tranquilo en cuya transparencia se reflejase un cielo sin nubes; nuestros hijos iban á resultar como hechos á torno, como bolas ó como tacos de billar; como libros encuadrados en tela. ¡Qué dicha! ¡Qué ventura! Consulté, por último, con mis confessores (tengo dos: uno en Madrid y otro en provincias); copié la carta de declaración de nueve meses antes, porque la tinta se había

puesto parda y el papel amarillo; la remitió á la dama de mis pensamientos con un ramo de lilas, y esperé tranquilo la respuesta. Y fué satisfactoria. Y en los dos años que duraron nuestras relaciones, no hubo entre nosotros un sí ni un no, como era de esperar que ocurriese. Antes de ir al altar nos confessamos mutuamente defectos y flaquezas. Yo tenía más defectos que ella. Ella tenía... menos flaquezas que yo. Yo le declaré, entre varias cosas no tan interesantes, que usaba bisoñé. (*Se lo quita y se queda como un melón.*) Ella fué tan angelical que me confesó que lo había notado desde el primer día. Lo mismo, exactamente, me ocurrió con la pintura del bigote: también la había notado, y también me lo dijó. Esto me halagó sobremanera, porque me revelaba un alma sin dobleces. Le advertí, además, que roncaba de noche. Ella me contestó, sonriendo de mi puerilidad, que estaba acostumbrada, porque su papá roncaba en vida de tal modo, que lo habían despedido de algunos hoteles. Yo, comparado con él, sería un canario flauta. ¿Qué nos quedaba por decidir ya, en medio de tamaña ventura, de tan increíble y perfecta compenetración? Una sola cosa importante: si su madre había dé vivir ó no con nosotros. Y he aquí que en este punto preciso todas las estadísticas, todas las referencias, todos los datos particulares, todas las presunciones están contestes en que una suegra presente en la casa es cien veces menos tolerable que una suegra por correo ó por telégrafo. Mamá, pues, se quedaría en Getafe. Yo siempre le llamé mamá, con una ternura que nadie ha sabido agradecerme. Nos casamos, para concluir, como dos tortolitos, y al partir el tren que había de conducirnos á Guadalajara, le apreté por primera vez la mano derecha más de lo justó. Ella me sonrió y... Basta...

Conocidos estos príojos antecedentes, ¿quién podría pensar sino que mi matrimonio había de servir de ejemplo en el mundo? ¡Pues buen ejemplo nos dé Dios! Mi desencanto ha sido enorme; mi caída de latiguillo. Esta mañana me he encontrado en la mesa de noche una carta de la perjuría, en que me dice que se escapa con el secretario y, con la doncella, ¡porque no pueden aguantarme! ¡A mí! ¡A mí! ¡El espejo de la cortesía; que le pasaba tarjeta á mi mujer para entrar en su alcoba! ¡Ay! Creí que soñaba al leer aquellos pavorosos renglones, y me di una ducha. ¡Pero no soñaba! ¡Se habían escapado los tres! ¡Abrumador conflicto! ¿Qué debía hacer yo? ¿Qué determinación tomaría? ¿Los buscaba? ¿No los buscaba? ¿Daba parte? ¿No daba parte? ¿La mataría? ¿No la mataría? ¿Mataría al secretario? ¿Me mataría yo? ¿No mataría á ninguno? ¡Qué hacer, Dios mío! Una inspiración, un impulso no sentido nunca me llevó á la casa de un famosísimo jurisconsulto: Valdivieso. Cuando llamaba al timbre de la puerta, pensé:

Secundino, tú eres otro hombre. ¡Tú, tomando una resolución impremeditada! Vivir para ver. Me encerré con Valdivieso en su despacho y he estado con él, dale que le das, cinco horas. Lo llamaron para almorzar dos veces: inútil. Ladró el perro: inútil. Of á la familia discutir si ponían ó no ponían una escoba detrás de la puerta: inútil. Yo no me daba por aludido. Le expuse el caso á Valdivieso ce por be, detalle por detalle, pelo á pelo—ya ustedes me conocen un poco—; él cerraba los ojos, sin duda para recoger mejor su atención, y de cuando en cuando se quejaba de los riñones; y al cabo de las cinco horas (gesto mana sangre!) el intérprete de la Ley se puso de pie repentinamente, iy me dijo, con todas sus letras, que mi esposa, mi secretario y la criada habían hecho bien en escaparse por no aguantarme á mí! ¡El intérprete de la Ley me dijo esto! Una congestión pasó por el despacho. Afortunadamente no me dió.

Salí á la calle. No podía presumir que en la calle me esperaba la última lanzada. Me topé á un amigote andaluz, á quien odio con mis cinco sentidos, por incompatibilidad de caracteres. Me abrazó con mil zalameras; me espetó que era muy dichoso; que se había casado tres años ha; qué tenía dos hijos como dos soles, y que su mujer era una manzana... No sé lo que pasó por mí. «¿Dónde conociste á esa manzana?»—me atreví á preguntarle—. Y me contestó, con su ligereza de siempre: «¡En el tren!» «¿En el tren?» «¡En el tren! Las cosas de la vía, Secundino. Si en lugá de meterme en un vagón me meto en otro, no me caso.» Y se echó á reír y se puso á tocar los palillos. ¿Cabe, dada mi situación, burla más sangrienta, bafa más cruel? ¿Comprenden ustedes ahora el desquiciamiento moral de que les hablaba al principio y de que soy víctima? ¡La Lotería Nacional tiene más lógica que la tabla de logaritmos! Una desolación; un espanto. Me faltan las fuerzas. Necesito almorzar para discurrir en razón. La bestia reclama su alimento. ¡Siento un hambre canina! Si alguno de ustedes quiere acompañarme, entre plato y plato le daré lectura de los estatutos y del reglamento interior que yo había establecido en mi casa. Nadie me contesta. Esto me alarma grandemente. Buenas tardes. Por primera vez entra en mi cabeza la idea de que pueda tener razón Valdivieso. Buenas tardes, señores. (*Coge el sombrero y se encamina á la puerta, dando un suspiro de dolor.*) ¡Ay! (En la puerta se detiene, y exclama así:)

Voy desolado, abatido,
roto el fiel de mi balanza..
¡Ay, Lógica, te has lucido!
¡Si decido la venganza,
ni la peso, ni la mido!

S. Y J. ALVAREZ QUINTERO

DIBUJOS DE TOVAR



VERANO

*Hunde en el aire su puñal de oro
el sol canicular, y en chirriante
vapor el agua torna. Es el instante
en que el carbunclo cuaja su tesoro.*

*La jara seca y espinosa, el cardo
ceniciente, el romero y la retama,
que ha lamido la lengua de la llama,
crujen heridos del ardiente dardo.*

*Tú, esbelta; tú, ligera; tú, indecible;
sola tú de linón entre cendales
surges fresca, lozana y graciosa...*

*Como en la fuente el surtidor flexible,
como la huri en los cantos orientales,
que el agua oculta entre arrayanes glosa.*

Manuel MACHADO

DIBUJO DE MARÍN



LA ESFERA

LAS JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



DETALLE DEL CUADRO "REUNIÓN DE BEBEDORES"

Cuadro de Diego Velázquez



CANCIÓN DE LA ESPERANZA DESESPERADA

Yo me quisiera morir...
la esperanza no me deja!
Si la esperanza me engaña,
iré á llamar á la puerta,
á la puerta del castillo
donde la Muerte se esconde.
—Muerte amiga, ¡dónde estás! —
la llamo y no me responde!

Aquel peregrino, madre,
por el caminito va...
Aquel sueño que fué mío,
Isabe Dios dónde estará!
Por el caminito va...
Por el caminito viene...
Yo me quisiera morir...
la esperanza me mantiene!

CANCIÓN DE LA CULPA

El arrogo pasaba,
y al pasar se reía...
¡Hablabá
de lo que no sabía!

Una manzana verde
la zagalá mordía...
¡Soñaba
con lo que no debía!

El amor suspiraba
al acabarse el día...
¡Penaba
por lo que no quería!

CANCIÓN DEL FUEGO FATUO

Lo mismo que el fuego fatuo,
lo mismo es el querer:
le huyes, y te persigue;
le sigues, y echa á correr...
lo mismo que el fuego fatuo,
lo mismo es el querer!

Nace en las noches de Agosto,
cuando aprieta la calor.
Va corriendo por los campos
en busca de un corazón...
lo mismo que el fuego fatuo,
lo mismo es el amor!

¡Malhagan los ojos negros
que lo alcanzaron á ver!
¡Malhaga el corazón triste
que en su fuego quiso arden!
lo mismo que el fuego fatuo
se desvanece el querer!

Gregorio MARTÍNEZ SIERRA

DIBUJO DE BARTOLOZZI

EL ESCALAFÓN

Doña Trinidad Peláez de Bohorquillo era una señora metida en años y metida en carnes.

Alta, buena moza, con exuberancias de tejido adiposo matemáticamente distribuidas á lo largo y á lo ancho de su escultural persona, el cutis fresco, los ojos negros y grandes, la boca pequeña y el pelo ensortijado. Lo que llaman los castizos una jamona de buen ver.

Con sus cincuenta años, que podían perfectamente pasar por cuarenta nada más, enloquecía á los jovencitos y perturbaba á los señores maduros.

De tanto hechizo era dueño y legal esposo don Aniceto Bohorquillo, jefe de sección en el Ministerio de Fomento y hombre de ideas liberales, entusiasmado con las izquierdas, partidario de los radicalismos y apóstol burocrático de las conclusiones de los parlamentarios catalanes y regionalistas. Aunque enemigo acérrimo de los alcaldes de Real orden, había transigido con uno de ellos porque le pareció bien orientado al ver aquél bando y aquellos carteles que disponen: «Llevad la izquierda...»

Claro que se trataba únicamente de la circulación de carruajes; pero el hecho ya de inclinarse á esa mano era una plausible orientación...

Doña Trinidad, que adoraba en don Aniceto, seguía convencidísima las ideas del marido, mostrándose defensora valiosa de los nuevos rumbos políticos, aunque, por tener hijas, formulara siempre voto particular en la exclusión de los yernos para los cargos públicos. Pero, en lo demás—Cortes de libre sufragio, aniquilamiento de las derechas, renovación de ambiente y de personal y escala cerrada y de riguroso turno para los empleados—, era la más fervorosa de las convencidas.

Sobre todo en lo del escalafón. ¡No era justo ni equitativo que se postergase á los funcionarios! Vacante ocurrida, vacante cubierta con el número inmediato. Eso era lo decente y lo honrado.

Y así, queriéndose, estimándose y pensando acordes vivían felices doña Trinidad y don Aniceto. Pero la muerte deshizo tanta dicha matrimonial y política, llevándose traidoramente á don Aniceto. El viento del Guadarrama, que no apaga un candil y mata un hombre, se llevó del mundo de los vivos y de la oficina del Ministerio de Fomento al probo, inteligente y liberal don Aniceto Bohorquillo.

Seguramente á estas fechas hay ya en el Purgatorio algunas ánimas convencidas de la bondad de las ideas izquierdistas, si, como es de suponer, el alma de don Aniceto continuó por allí su fervorosa propaganda...

Quedóse, pues, viuda, y quedóse además in-



consolable la buena doña Trinidad. ¡A aquella casa era un valle de lágrimas!

Con la memoria del difunto quedaron también las ideas políticas. Desesperada, llorosa y con soplón va y soplón viene, doña Trinidad se aferraba á conquistar adeptos izquierdistas.

No sólo era su convicción, sino que también era su deber y una forma más de rendir culto al cariño por el esposo inolvidable y amado.

Así pasaron tres meses. Pero á los tres meses la gente comenzó á notar que la viuda, siguiendo afligidísima, desconsoladísima y tristísima, celebraba demasiadas conferencias, de excesiva duración cada una, con el nuevo jefe de sección que ascendiera en la vacante de don Aniceto.

Al principio, pensaron piadosamente que pudiera haber dejado en tramitación algún asunto de la oficina y que para ultimarlo se reunían doña Trinidad y el empleado. Después, y como ya las conferencias menudeaban más de lo que era lícito admitir, diéronse á pensar malicias y á suponer derivaciones pecaminosas en la mutua

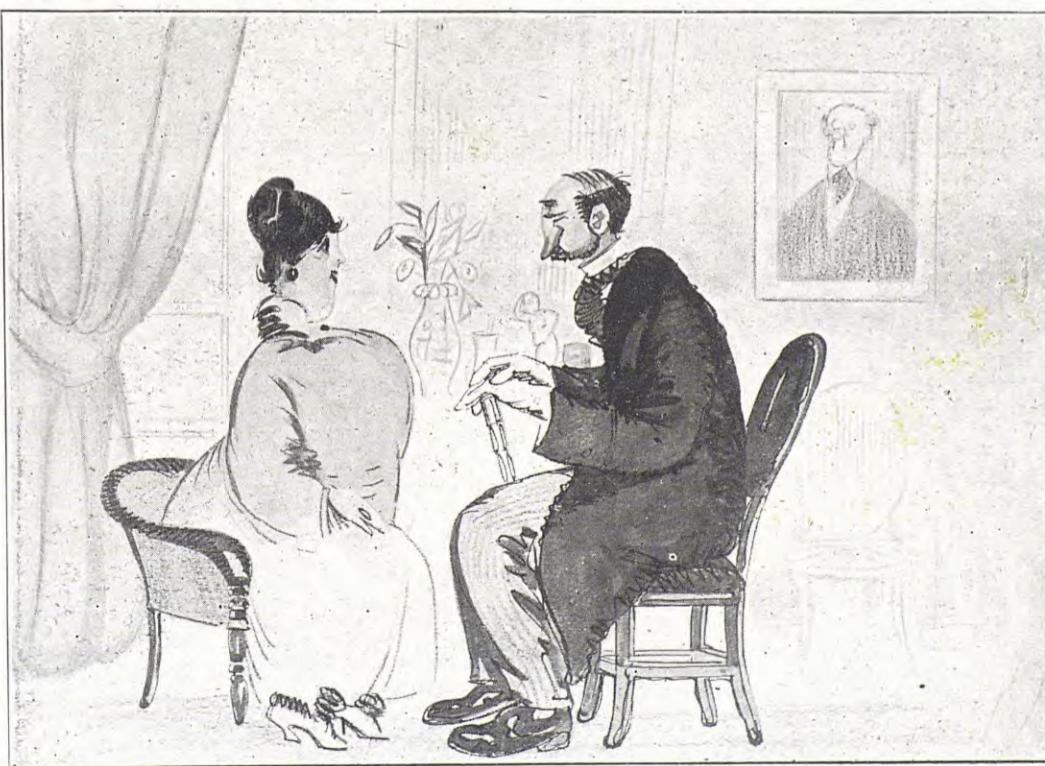
amistad, con detrimento de la memoria conyugal.

Tanto pensaron las gentes y tanto se lo dijeron unas á otras, que al fin llegó á oídos de un hermano de la viuda el chismorreo, y se creyó obligado á intervenir...

- Dispensa, Trinidad...
- Habla de lo que quieras, Luis...
- Salvando todos los respetos, ¿el?... Dicen que hablas en demasía con ese don Ramón...
- Es verdad...
- ¿Confiesas?
- Jamás dije mentira.
- Ya te olvidaste del pobre Aniceto?
- ¡No!
- ¿Y coqueteas con otro?
- ¡No! ¡Me ofendes, Luis! ¿Crees tú posible que á los tres meses cometiera yo una desconsideración así?
- Y entonces... ¿es pura amistad?
- No... se quiere casar conmigo.
- ¡Luego tengo yo razón!
- No, Luis, no. Sigo queriendo con toda mi alma al pobre Aniceto y jamás le olvidaré.
- Eso me parecía á mí...
- Me hiciste justicia.
- ¿Luego es falso que ese hombre te cortea?
- No, Luis...
- ¡Pues no lo entiendo, Trinidad! Si quieres respetar la memoria de Aniceto... ¿cómo toleras que te hable de amor ese otro hombre?
- ¡Ya se guardará muy bien de semejante atrevimiento!
- ¿Qué hace entonces ese buen señor?
- Invoca el cumplimiento de mis deberes.
- Pero tu deber es guardar fidelidad.
- No, no; de mis deberes políticos.
- ¡Trinidad!!!
- Como lo oyes, Luis. No pretendo que yo me case con él, cuando transcurra el año de luto legal, por cariño ni por amor, sino para cumplir mis ideas y las del mismo Aniceto, para correr el escalafón y cubrir la vacante.
- ¡¡Trinidad!!!
- Como lo oyes, Luis. Y en eso tiene razón.
- Entonces... ¿te casas?
- No, Luis, no. No me caso. Cubro la vacante solamente...
- Y la desconsolada viuda lloró con amargura por el enorme sacrificio que las ideas izquierdistas le imponían, pero pronta al cumplimiento de sus deberes políticos...
- ¡La apetitosa jamona tenía vocación de mártir! E iba al martirio decidida.

MANUEL LINARES RIVAS

DIBUJOS DE ROBLEDANO

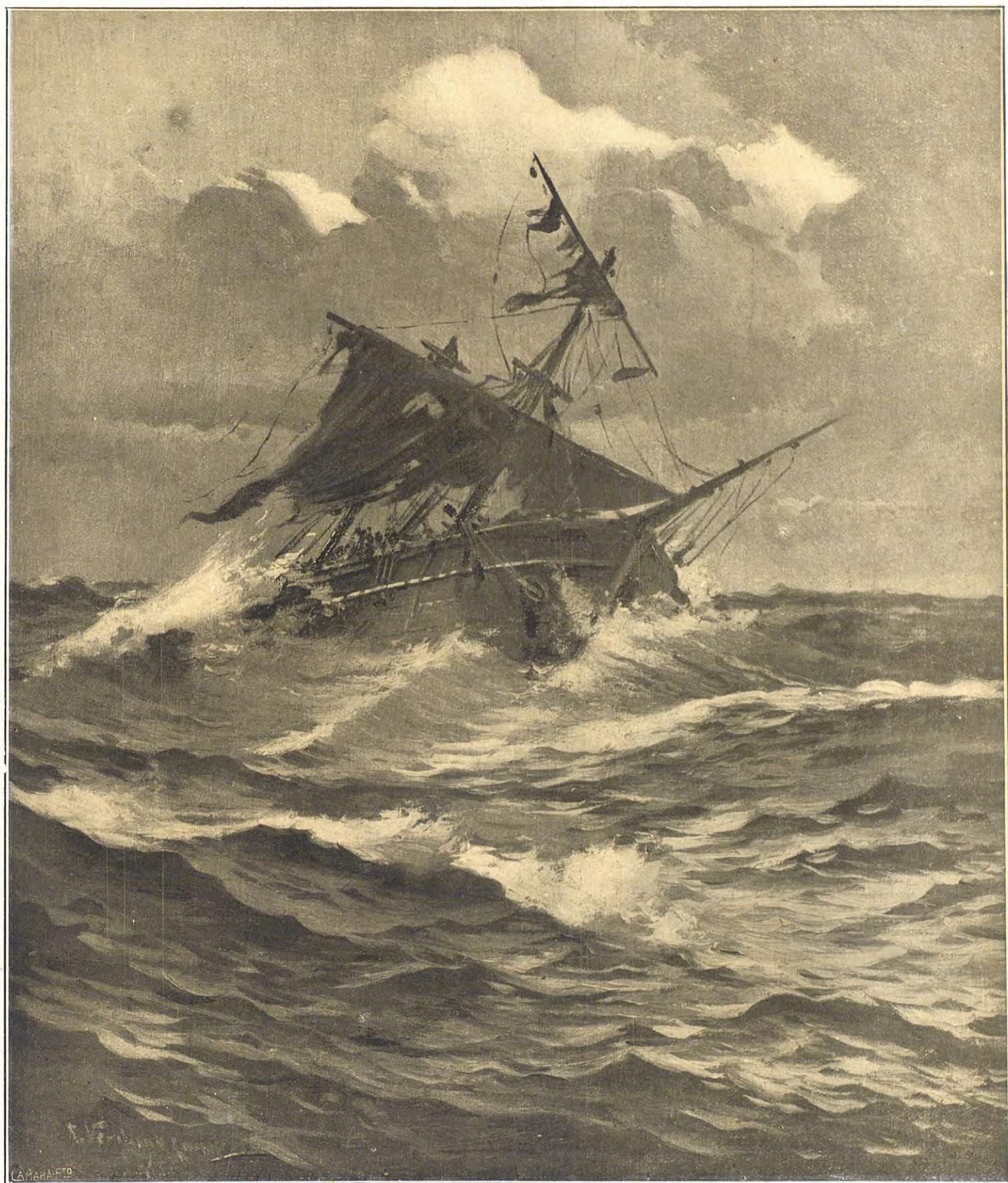


LA ESPERA

LAS JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



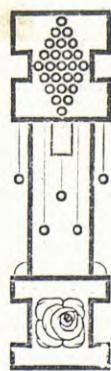
LOS DESPOSORIOS DE LA VIRGEN, cuadro de Rogerio Vanderweiden



LA NAVE

Surca tranquila la gallarda nave
del ancho mar el derrotero cierto,
y antes, acaso, de arribar al puerto,
viento encrespado su poder acabe.

¡Quién de las negras tempestades sabe,
aunque se estime timonel experto?
¡Quién del remoto porvenir incierto
tiene en la mano la difícil clave?



Así el alma del hombre, ilusionada,
cruza los turbios mares de la vida
en busca de la playa sosegada,

que con dulce reposo le convida,
y queda por los vientos destrozada
sin alcanzar la tierra prometida.

José TORAL

DIBUJO DE VERDUGO LANDÍ

LECCIÓN DE HISTORIA



Se puede tener mucho talento y ser tonto de remate. Conozco varios casos de majaderos intelectuales. Quisiera hoy referir á mis lectoras una historieta en que se demuestra la verdad escondida en la paradoja anterior. No persigo sino procurar la venganza á las mujercitas delicadas y sensibles, que se ven humilladas por la pedantería de esos pobres sabios de testa voluminosa, chaqué universitario, y pocas palabras, pero solemnes.

El doctor vivía entregado á sus libretos. Llegó á descifrar los garabatos de cualquiera piedra conmemorativa, y en cambio no acertaba á leer en el corazón humano. Uno de sus temas favoritos era el origen de las civilizaciones. Aprendió idiomas, recorrió los más opuestos países, se carteaba con sus colegas, tradujo jeroglíficos, se pasaba el día y la noche meditando sobre las reliquias milenarias.

Con el ilustre personaje moraba en un vetusto caserón una sobrina suya, huérfana y quinceañera, diabólica tobillerita. El amplio y destartalado edificio, con sus colecciones de fósiles, se mejaba una cueva prehistórica. Cuando la muchacha se instaló allí, siguieron el vuelo de sus faldas la alegría y el optimismo. Comenzó la niña á embellecer las inhospitalarias cámaras, y llenó los balcones de tiestos floridos, y en la azotea hizo construir un jaulón con palomas.

A todo esto refunfuñaba el ilustre varón, cuyos estudios estorbaba el arrullo de los eternos enamorados de la terraza, que se distraía enojosamente al paso de la chicuela, que iba á limpiar de gusanos sus plantas de geranios y rosas.

El honorable catedrático estaba ciego, á pesar de la lupa con que examinaba sus documentos casi sagrados. La solución que buscaba con una codiciosa avaricia, hallábase al alcance de su mano... Aunque no de su espíritu...

¿Quién iba á convencer al ogro harto razonador y erudito, de que precisamente lo que dificultaba sus investigaciones, los juegos de la nena, explicaban el origen de la civilización?

Como todos los mentecatos de las Academias, el prócer de mi cuento despreciable al eterno femenino, considerándolo incapaz de nada útil y serio. Las inefables exquisitezces de la hembra, sus ensueños sin palabras, su lírico, antojabánselle debilidad y flato. Sin embargo, á tales condiciones blandas y suaves debía el prohombre hasta su nómada, no digamos su celebridad. Gracias á las mujercitas sentimentales ha existido el problema quo ahora ocupaba al famoso sabihondo. La antigüedad, ha dicho alguien, sólo sirve para que coman los profesores.

Pero vamos á demostrar cómo nació la civilización en virtud de los divinos defectos femeniles. ¿Cuáles han sido las mejores conquistas de

la Humanidad? Domesticar los animales y cultivar los campos. ¿No adivináis la influencia de la mujer en las dos soberbias empresas? El hombre salía de caza, y con su hacha de pedernal, mataba las alimañas del bosque. En pos de la fiera arrastrada por el cazador iba la cría, lanzando sus quejidos. Y fué la mujer, y recogió á los retoños desamparados, y así los enemigos de las selvas se convirtieron en auxiliares laboriosos. Lo mismo ocurrió con la Agricultura, iniciada en el gusto de la mujer para apoderarse de la flora bella y espontánea, trasladándola á la puerta de su choza. El hombre aprendió á escoger y cuidar el trigo, como Eva atendía su jardín. Y he ahí que las mayores hazañas redentoras del *homo sapiens* no se hubiesen realizado sin el instinto maternal, ni el sentido poético del sexo débil...

Se puede tener mucho talento y ser un tonto de remate. ¿Qué opináis, lectoras mías, del doctor ciego para la obra de su sobrina, que civilizó el caserón como su primera abuela civilizara el mundo? Hay algo peor que la gravedad con que los artistas y las mujeres se dedican á las frivolidades, y es la frivolidad con que nuestros sábios se consagran á los asuntos trascendentales.

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ
DIBUJO DE RIBAS

PÁGINAS POÉTICAS



CANARAF.

EL BAÑO DE FLÉRIDA

El sol achicharra
la vieja campiña;
se oye á la cigarra
cantar en la viña,
y por las riberas
lozanas y umbroras
se ven lavanderas
y aguas espumosas...

Entre los zarzales
las liebres sestean;
mocitos zagalas
sus cabras otean,
y de sus palabras
los ecos se pierden
mientras que las cabras
los pámpanos muerden.

Llevando á su hijo,

Flérida, mi daño,
salió del cortijo,
camino del baño.
Salió en su decoro
con air de reina,
y un rayo de oro
temblaba en su peina!

Su falda sencilla
pinchaban rastrojos;
bajo la sombrilla
pinchaban sus ojos,
y el buen pastorcillo
de lento mirar
ise puso amarillo
de verla pasar!

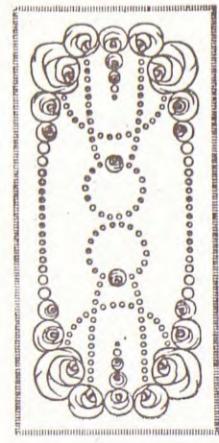
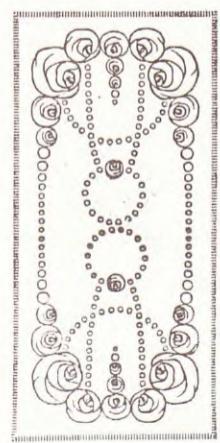
El niño jugaba...
La madre reía,

y se desnudaba
junto al agua fría.
Y el río, besando
las rojas verbenas,
jestaba acechando
las carnes morenas!

.....
Se oyó el blando ruido
de encajes y enaguas...
Sonó su chillido
de hundirse en las aguas...
El niño jugaba...
La madre reía...
Un buitre volaba...
¡Un toro mugía!

CRISTÓBAL DE CASTRO

DIBUJO DE ROBLEDANO




COMIDA DE TABERNA


Un criado pasó por los salones del club tocando una campanilla. Esta campanilla ritual tiene distintas significaciones, según las horas. A una cierta hora denuncia el comienzo de los recreos mayores, ó dicho en lengua vulgar, de la *timba*. A otra hora, anuncia que se va á empezar á servir la comida. El reloj declara que este es el sentido del campanilleo, que va recorriendo los salones, para advertencia de distraídos.

En un ángulo del salón hay un grupo de muchachos jóvenes—casi no es redundancia, porque hay muchachos viejos ó viejos que la dan de muchachos—. Charlan animadamente los del grupo entre risas y chupadas de cigarrillos egipcios. A distancia llegan algunas palabras sueltas de la conversación: Luisilla... Palace... *panne*... Camorra... tajada... Estos miembros rotos de oraciones ó frases lejanas, bastan para comprender que el grupo no habla de teología. El salón va quedándose desierto en torno del grupo parlanchín. El contorno de las voces se precisa.

—¿Qué, nos quedamos á comer aquí?—dice uno.

—El menú no es gran cosa. Podemos mandar traer algo de fuera. Yo comería cualquier guisote ordinario. Unas judías de casa de la Concha. ¿No os dicen nada?

—¡Y unos callos!

—¡Y una ensalada de escabeche!

—¡Casa! ¡Que venga uno de recados, en seguida!

Apartados del grupo hay dos hombres de mediana edad. Contrastan, en el uno, el pelo espeso y fuerte, casi blanco, con el rubio bigote marcial de largas guías. Hay un no sé qué de vejez prematura en aquel hombre, que tiene el aire de un militar vestido de paisano. El otro es un hombre flaco, consumido, moreno, con cara de Cristo viejo de pintor español.

—Buenos se van á poner esos!—dice el hombre canoso, de aspecto militar—. La Humanidad está chiflada completamente. Ese de las judías ya sabe usted quién es: Juanito Santularia, la crema de la crema, nobleza rancia con una barra de bastardía de rey en los orígenes y, además, millones, que son el mejor estuche de los pergaminos. Su madre tiene el mejor cocinero de Madrid. Aquí se come bastante bien y, sin embargo, esos muchachos prefieren darse un hartazgo de judías estofadas, como unos albañiles.

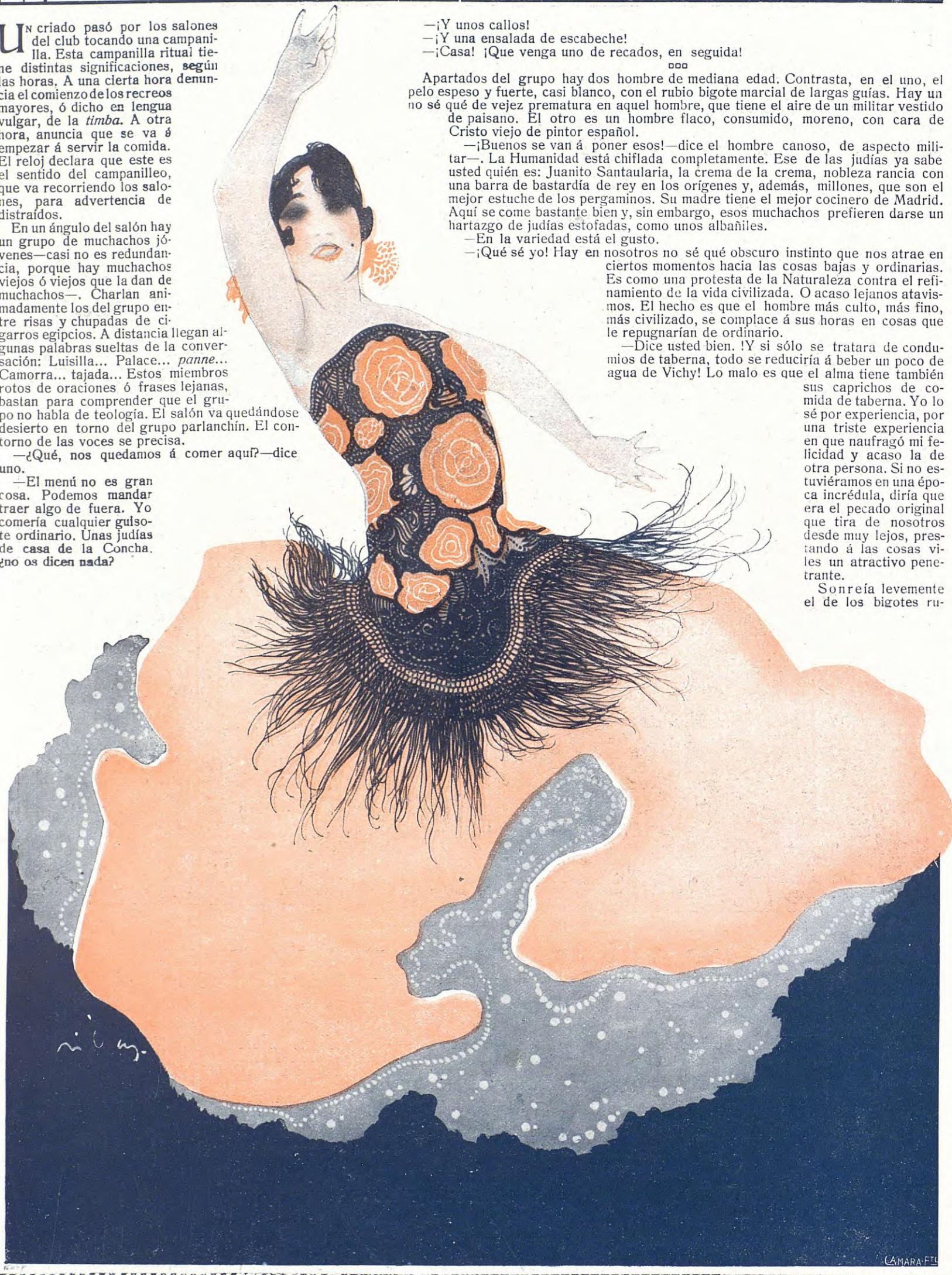
—En la variedad está el gusto.

—¡Qué sé yo! Hay en nosotros no sé qué oscuro instinto que nos atrae en ciertos momentos hacia las cosas bajas y ordinarias. Es como una protesta de la Naturaleza contra el refinamiento de la vida civilizada. O acaso lejanos atavismos. El hecho es que el hombre más culto, más fino, más civilizado, se complace á sus horas en cosas que le repugnarían de ordinario.

—Dice usted bien. ¡Y si sólo se tratara de condumos de taberna, todo se reduciría á beber un poco de agua de Vichy! Lo malo es que el alma tiene también

sus caprichos de comida de taberna. Yo lo sé por experiencia, por una triste experiencia en que naufragó mi felicidad y acaso la de otra persona. Si no estuviéramos en una época incrédula, diría que era el pecado original que tira de nosotros desde muy lejos, prestando á las cosas vienes un atractivo penetrante.

Sonreía levemente el de los bigotes ru-



bios ante aquella evocación impensada del pecado original, á propósito de las judías de casa de la Concha. El otro prosiguió con voz velada, con esa voz que refleja antiguas emociones de drama, y con la vista perdida en el aire, como si hablara á solas en voz alta.

—No me explico—prosiguió—cómo pude caer en aquella bajeza. Yo estaba enamoradísimo de mi prima Angelina. Era la mujer soñada. Linda como un amor, el tipo de una duquesa de retrato de Reynolds: nácar, rosa y oro; virtuosa, sencilla, alegre, bien educada, buena cristiana; una de esas mujeres que ya no se encuentran más que en las novelas honestas que se escriben en provincias. De colegiala había mostrado esa vaga afición al estado religioso que suele ser una ilusión infantil de educanda de monjas. Cuando la vi de largo, convertida en mujer, me pareció algo sobrehumano, una aparición celeste. ¡Qué emoción inolvidable cuando, sonriéndola, me autorizó para que hablara á su padre!

jer, pero la sublevación de instintos plebeyos que me tenía bajo su influjo me arrastraba hacia ella. Y todas las noches, despreciándome á mí mismo, comprendiendo la bajeza de pasar así del amor puro y honesto á la pasión viciosa, al salir de casa de mi prima iba á buscar á la *Cordobesa*. Cada noche me prometía que sería la última, pero el propósito se disipaba al día siguiente con pretextos especiosos. Tenía el sordo presentimiento de que iba á ocurrir la catástrofe temida, de que mi doblez sería descubierta. Razonaba con lógica fría la dificultad de que aquella relación secreta, ignorada del Madrid alegre, y con más razón ignorada de la familia de mi novia, que estaba en otro plano social y hacía una vida severa y retraída, pudiera ser descubierta; mas esta lógica, que era una capitulación con mi locura ó mi capricho, no podía acallar la voz secreta, el aviso del destino que se estaba fraguando. Vivía, como suelen los que están entregados á pasiones indignas, en un estado de ex-

lugar junto á ellas. El corazón me dió un vuelco. Aquellas mujeres, evidentemente, huían de mí. Luego ¿era verdad que venían siguiéndome, como me había dicho el desconocido? ¿Quiénes eran? Me resistía á creer que una muchacha de buena sociedad, educada á la antigua, de gran recato y carácter timido como era Angelina, pudiese emprender la extraña aventura de seguir á su novio por las calles de Madrid á altas horas de la noche. Sin embargo, el coche aquel particular, que seguía á distancia á las desconocidas; su fuga cuando traté de aproximarme, hasta la estatura y el aire de una de las tapadas y, sobre todo, mi presentimiento, la voz de la conciencia, me decían que era ella. Yo no tenía lúos ó aventuras que pudiesen explicar aquella singular vigilancia. Si era, en efecto, Angelina, aquel paso, dado su carácter, representaba una prueba de amor extraordinaria, una pasión que yo no sospechaba en ella, aun confiando en su cariño, que parecía tierno y apacible.



«¿Cómo pude olvidar aquel instante? Como novio oficial iba á su casa de tertulia todas las noches. Estaba próxima á señalarse la fecha de nuestra boda y de repente surgió la estúpida y vil aventura que destruyó mi dicha, nuestra dicha, porque creo que Angelina hubiera sido feliz conmigo.

Trabajaba en un teatrillo de Madrid, de tercer orden, una cantadora andaluza: la *Cordobesa*. En mis gustos y en mi manera de ser he estado siempre en los antípodas de la flamenquería; qué extraño hechizo hallé en aquella mujer? Aún me parece cosa de brujería. Tal vez fué una venganza de la vida casta y recogida que llevaba entonces, por amor á mi novia. La *Cordobesa* era lo que se llama brutalmente una buena mujer; alta, llena de carnes, de formas opulentas, de ojos y pelo negrísimos, de una ordinaria supina en todo lo espiritual, aunque con cierta gracia desgarrada y chulesca. Un capricho sensual, un antojo como el de la comida de taberna, me llevó hacia aquella hembra y me hizo entablar con ella unas relaciones absurdas, en vísperas casi de mi boda. Absurdas, sí, porque yo seguía amando á Angelina y por nada del mundo hubiera renunciado á ella. Comprendía todo lo culpable é indelicado de mi conducta, me prometía romper de una vez con aquella mu-

citación y de desasosiego, casi sonambúlico.

Y la catástrofe llegó. Una noche—la recuerdo como si fuera ahora—, iba, como solía, á casa de la *Cordobesa*. Era una noche glacial. Las calles estaban solitarias. Con el cuello del gabán de pieles subido hasta los ojos, caminaba de prisa por la calle de la Magdalena. Un hombre, embozado en su capa, pasó junto á mí y se quedó mirándome. A poco se paró un momento; después siguió andando despacio. La soledad de la calle, por una parte, y por otra aquel temor irrazonado y secreto, aquel presentimiento que no me abandonaba, me hizo fijarme en estos pormenores. Retardé el paso. El hombre se me acercó con vacilación: «Caballero—me dijo—, vienen siguiéndole á usted dos mujeres.» Le contesté bruscamente que me dejara en paz. Creí que iba á pedirme una limosna ó acaso á intentar un atraco. Pero cuando el hombre se alejó refunfuñando por la mala acogida de su oficiosidad, un sentimiento de curiosidad y de alarma me hizo volver la vista atrás. Efectivamente, por la misma acera que yo, avanzaban dos mujeres muy tapadas. Caminé hacia ellas resueltamente. Retrocedieron; traté de alcanzarlas, y emprendieron entonces una verdadera fuga, subiendo á un coche que las seguía al paso, antes de que yo pudiese

No pude pegar los ojos en toda la noche. Esperaba angustiosamente el nuevo día, que me sacaría de dudas, y al mismo tiempo lo temía. Tentado estuve de escribir á mi prometida confessándole mi culpa, pidiéndole perdón; pero ¿y si no era ella? ¿Y si todo había sido una falsa alarma, una equivocación?

No, mis temores eran ciertos. Nunca lo llegué á saber de sus labios, pero los hechos no dejaron lugar á la duda. Cuando llegué á su casa, su madre, triste y severa, me dijo: «Angelina está mal, tiene un enfriamiento.» Pero la voz y la manera lo decían todo. No volví á verla más. Una breve esquina me anunció que debía suspender mis visitas. Angelina seguía enferma, estaba nerviosa, no quería ver á nadie. Intenté justificarme. Fué en vano. Mis tíos se inclinaban al perdon, con la indulgencia que dan los años. Mediaban las conveniencias sociales, la boda casi anunciada. Pero ella no quiso oír nada. Al mes entraba de novicia en las Comendadoras. Puede que haya sido feliz, pero yo tengo el remordimiento de haber destrozado dos vidas.

—Es casi una novela.

—La vida las hace.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

DIBUJOS DE RIBAS



NIEVE



DIVAGACIÓN EN FRÍO



LABRA FOTO

El eterno viandante, huyendo de sí mismo y de su propia inquietud; el peregrino que se mueve por estar quieto—como todas las cosas de este mundo, según el maestro Valle Inclán—, se ha detenido un momento, ante la cándida sinfonía de unos tejados con nieve, en el caserío que reposa como una gigantesca paloma blanca dormida al abrigo del valle hondo, todo sonoro de silencio.

—Yo no soy más que un crítico—, ha exclamado con las mismas palabras de Yago en el *Otelo*, de Shakespeare, dirigiéndose á un amigo que le acompaña. Ha querido decir, yo no soy más que un comentarista contemplativo, fiel á las sugerencias de todo lo que mira, dispuesto á comentar la vida con lírica exaltación. No quiere ser el critico buscador de errores y defectos, cazador de imperfecciones, desmenuzador en frío de lo que el artista creó con calor. Su mayor capacidad es la de admirar y la de sentir. Es el critico soñado por Oscar Wilde, que glosó más tarde, haciendo las claras y explícitas, con ingeniosa paradoja, las palabras del sinioso y malévolos Yago del gran trágico. Criticar es reaccionar artísticamente ante la obra de arte y ante el espectáculo de la vida, y deducir bellezas por milagros de evocación y por hondos enlaces de relaciones lejanas. Criticar es descubrir la música secreta de los colores de un lienzo; es encontrar el colorido en la combinación armónica de una sinfonía; es hallar el contorno arquitectónico de un verso y el secreto sensitivo y evocador de un ritmo; es prestarle un alma al paisaje indiferente y una conciencia á la imbécil Naturaleza.

Los griegos, fueron un pueblo de críticos para Oscar Wilde, y la cualidad crítica—el sexto sentido, el sentido estético—, la más preciosa cualidad de un artista. El viajero, pues, ha abierto los surcos de su receptividad y se ha puesto á divagar ante el paisaje nevado.

Le ha parecido, ante todo, extraño el invierno lejos de la ciudad, como antes le pareció absurdo el estío en las populosas calles de la urbe. Para el viajero, el sol, rubio y chillón, ama los campos espaciosos y las praderas esmeraldinas, por donde expandirse y brillar con la muda algarabía de su luz. El sol es libre y odia las altas techumbres ciudadanas donde se quiebran sus lanzas de oro, y el verdor que él presta á los árboles es un contrasentido bucólico cabe la pesadez urbana de los edificios de los civilizados. El sol es virgiliano, eglógico, sincero, indiscreto, sencillo, aldeano, campesino y popular.

El invierno es tenebroso, maligno, solapado, cruel, pensativo, comodón y ciudadano. Ama la música de los troncos viejos, chisporroteando en las chimeneas de los ricos; gusta de las alfombras mullidas y de los tapices aterciopelados en los palacios aristocráticos; se complace en poner su manto de nieve, blanca y brillante, sobre el gris de los techos de pizarra; manda la niebla de su vaho hasta los cristales de las blasónadas literas, y su humedad de acero al as-

falto de las calles, donde riega la luz lechosa de los fanales eléctricos; da libertad lujosa á los gabanes de nutria y á los mantos de armiño, y silba como una sierpe en las ventanas cerradas de los gabinetes clandestinos, donde por él se enciende el doble fuego de las chimeneas y del amor en la adultera hora crepuscular.

El invierno es el pecado y el lujo de la ciudad, que ya lo espera guarecida bajo la red de sus tubos metálicos y de sus cables eléctricos. Por eso al viajero le parece un anacronismo imposible, en el caserío que semeja una enorme palo-

ma blanca dormida al abrigo del valle hondo todo sonoro de silencio. Pero, de pronto, piensa que el invierno es el amigo del retramiento, de la meditación y de la confidencia, el que sugirió al hombre su más bella invención: el fuego, y el que renueva una vez al año las ternuras del hogar. Y mirando á aquellas casas blancas, que se apretujan unas con otras, como titilando, los ojos de su imaginación veu, en el interior de la vivienda, el corro familiar cabe la rústica hornilla donde se asan las crestas, mientras en los labios marchitos del abuelo florecen como un milagro las narraciones de su juventud. Luego mira á los árboles desnudos y piensa que el invierno es el reposo. Porque durante su reinado no trabajan en gestación de fruto las flores, empeñadas en aromar el aire con el regalo de sus perfumes, como en los claros días de la primavera; porque no sangran como en verano las amapolas sobre los trigales que siega la hoz y aguilla el segador; porque no brotan en él como en otoño, los frutos, que va pariendo la rama con dolor, y todo es paz, y todo es sueño, bajo el inmenso sudario de la nieve.

El invierno es la vejez, y la vejez es la felicidad, hasta para el hombre, porque en el invierno de la edad, el agujón de las pasiones ya no desgarra nuestra carne pecadora, y una facilidad fisiológica ayuda al alma á todos los renunciamientos y á todos los ascetismos.

El invierno es la muerte, y la muerte es la dicha suprema.

—Tú, ¿qué opinas?—preguntó después á su amigo.

—Que tengo frío—contestó—, y que pienso en que habré de comprarme otro gabán y no sé cómo. La Naturaleza, que dicen que es sabia, ha dado á todos los animales plumas, pelos y lanas, que le crecen durante el invierno. El hombre es el único animal pelado é implume, víctima del frío ó de ese otro animal interesado y cruel que se llama el sastré. Pienso también en mi amada y en el calor de sus besos, y miro esos tejados, que ya empieza á nimbar de azul la luna, y no descubro ni un solo gato enamorado. El gato es una bestezuela inteligente y egoísta; cuando nieva sólo ama el fogón. El hombre es el más bruto de los animales. ¿Crees que no tengo razón?—terminó preguntando.

El viajero respondió serenamente:

—Respeto tus puntos de vista. Somos diferentes; tú eres un gracioso, y debes vivir en sociedad; yo no soy más que un crítico, según el Yago de la tragedia sospiriana.

—Los dos somos unos desgraciados—terminó el otro titilando—, más desgraciados que los pájaros, porque á los pájaros, en invierno, los frién; y siguieron su camino en la noche clara sobre la crujiente alfombra de nieve, que se tornaba azul bajo la luna.

FELIPE SASSONE

AGUAFUERTE DE CÁMARA

DE LOS PAZOS GALLEGOS

POEMA DE LOBOS

I

Un paisaje sombrío, una triste llanura y una sierra
Un sol que desfallece coronado de luces... [lejana.]
Un camino tortuoso, un crucero, dos cruces,
dos bueyes soñolientos y una aldea cercana.

Un silencio de muerte sobre todas las cosas...
Las nubes van perdiendo sus mágicos arrobes,
para tornarse, luego, en sombras tenebrosas
que han de amparar el trágico desfile de los lobos.

Han llegado los luengos Inviernos de la aldea.
15 noches en que sale de ronda la Estadea
á juzgar los pecados de una vida maldita.

Las noches de los lobos, que, en las encrucijadas,
aprestan de sus dientes las rudas dentelladas
cuyo furor el hambre trágicamente incita.

II

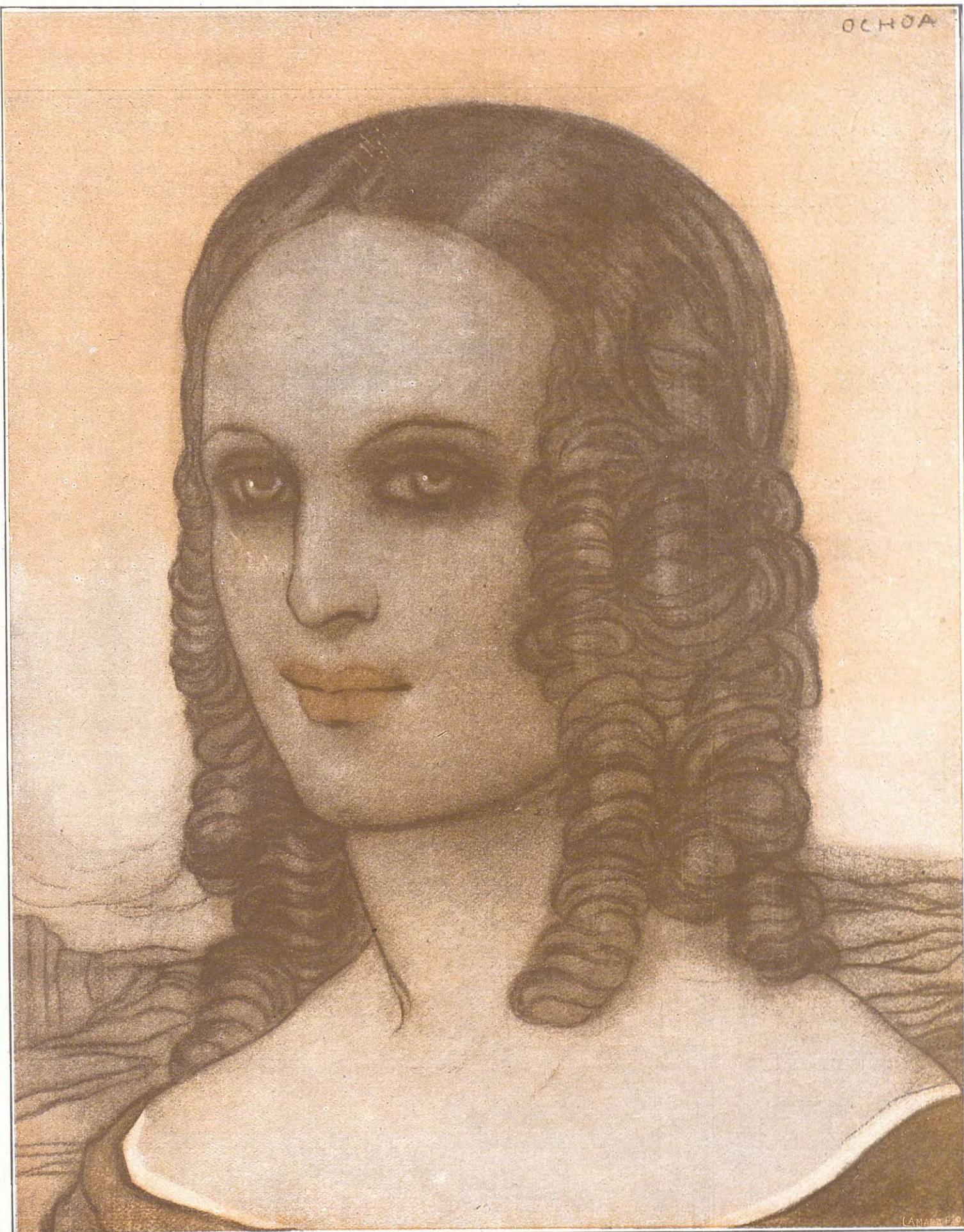
Ocultos por las sombras de la noche cerrada,
cuando todas las cosas se entregan al Misterio,
penetra en los recintos del viejo cementerio
de los trágicos lobos la furiosa manada.

Aúllan lúgubriamente mientras fulgen sus ojos
y en tanto que sus patas, con sin igual trasiego,
destierran de la tierra los miserios despojos;
—sus ojos en las sombras tienen extraño fuego.—

Yo he visto al resplandor luminoso de un día,
cuando la última sombra nocturna se encendía
en la luz de los rayos de un sol esplendoroso,

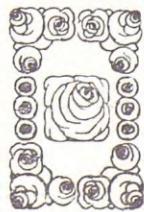
la horrorosa osamenta de los tristes humanos
que, en un espasmo lúgubre, con sus trágicas manos
mostraban de las garras el surco tenebroso.

JAVIER BÓVEDA



MADRIGAL ELEGIACO

Tú no fuiste una flor, porque tu cuerpo era
todas las flores juntas en una primavera.
Rojo y fresco clavel fueron tus labios rojos,
azules nomeolvides aquellos claros ojos,
y con venas y tez de lirio y de azucena
aquella frente pura, aquella frente buena,
y como respondías á todo ruborosa,

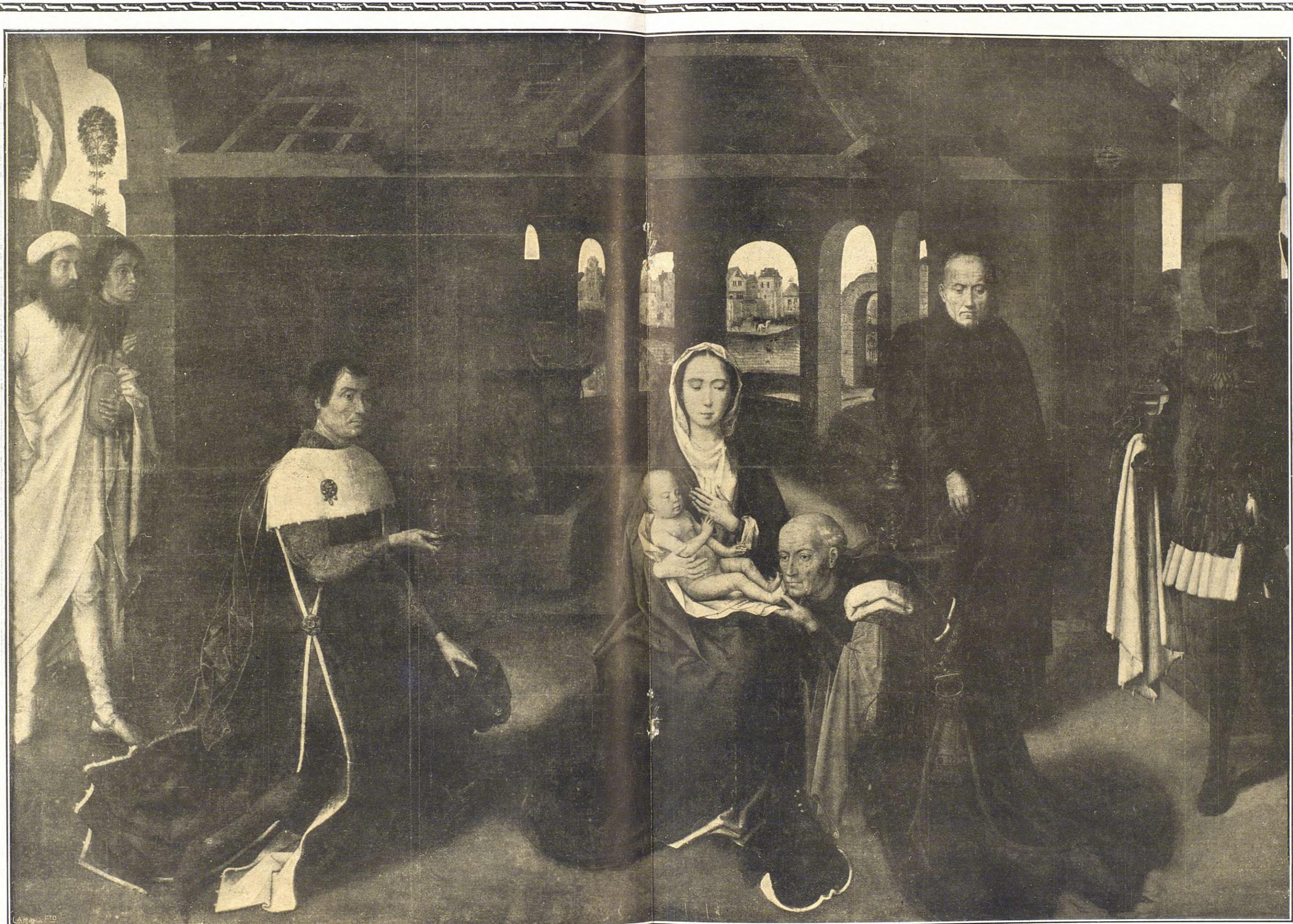


tomaron tus mejillas el color de la rosa.
Hoy, que bajo el ciprés cercado de laureles,
rosas y nomeolvides, y lirios y claveles,
brotando de la tierra confunden sus colores,
parece que tu cuerpo nos lo devuelve en flores.

Francisco A. DE ICAZA

DIBUJO DE OCHOA

LAS JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



LA ADORACIÓN

Parte central del famoso tríptico de Hans Memling, que se conserva en nuestro Museo Nacional

A ESPAÑA



Guardo una vieja espada de reclos gavillanes,
templado y noble hierro que, en un rincón, á solas,
nostálgico, recuerda con líricos afanes
la gloria de las fuertes edades españolas.

Pelayo en la montaña, y el Cid, luego, en Castilla,
colgada la llevaron, como un blasón, al cinto,
y fué, por los humildes, en manos de Padilla,
un paladín en contra del torvo Carlos Quinto.

Bajo encendidos cielos, ayer, rayo de lumbre,
y hoy, en la sombra, yerta, manchada por la herrumbre
sin lucha, sin laureles, sin sol ni caballero.

¡Oh, símbolo de España, nación que, un día, fulste
uberrima, y hoy yaces en una noche triste,
donde, sin eco, duerme la voz del romancerol!

Despertarás? ¡Quién sabe! Las sendas de la vida
tan sólo las conoce la esfinge del Destino;
¡quién sabe si estás muerta, ó si en la llid, rendida,
para dormir te echaste de cara en el camino?

A veces, cuando miro las áridas llanuras
de mi infeliz Castilla, percibo allá, muy lejos,
como un alirón sublime de homéricas locuras,
un yelmo que relumbra del sol á los reflejos.

Alonso, el buen Quijano, cabalga aún por su tierra,
la escuálida figura bajo el arnés de guerra,
sencillo, amante, Justo, valiente y caballero.

¡Oh, símbolo de España, nación donde algún día
despertará con roncos redobles de armonía,
puesto que Alonso aún vive, la voz del romancerol!

Fernando LÓPEZ MARTÍN

DIBUJO DE ECHÉA

LA MISTERIOSA VISITA

MAGDA, que leía junto al fuego crepitante de la chimenea, levantó la cabeza sorprendida de aquel súbito resplandor que venía del pasillo.

Segura estaba de que no había nadie en la casa más que ella. Sus criadas le pidieron permiso para pasar la Nochebuena con las familias respectivas. Una calma y una obscuridad profundas había en todo el piso de la cocota, excepto allí en el comedor, donde se había refugiado contra los recuerdos y la soledad.

Y de pronto, aquel resplandor, claro, bien distinto de la tibia y amarillenta luz eléctrica que desleía el globo deslustrado del pasillo. ¿Habrá vuelto la doncella?

—¡Julia! ¡Julia!

Su misma voz la amedrentó en el silencio de la casa vacía.

No, no era Julia. Sin rumor alguno, con unos pasos tácticos que no parecían rozar el suelo, entró un hombre. Magda se puso de pie, asustada.

—¿Por dónde ha entrado usted?

El hombre sonrió bondadosamente.

—¿Por qué se asusta usted, Magdalena? La puerta estaba entornada. Debí llamar, sin embargo, lo comprendo...

Y había tanta dulzura en la voz, tan noble expresión en su rostro, que Magda se tranquilizó algo.

—¡Oh! Esa Julia... Es una aturdida... Voy a cerrar.

El la contuvo con un ademán de su mano enguantada:

—No hace falta. Yo cerré.

Magda le miró fijamente, sorprendida de aquella extraña cadencia con que el desconocido daba las palabras.

Era un hombre alto, metido el cuerpo dentro del gabán amplio, como una túnica. En la mano llevaba el haldudo sombrero negro, y sobre el cuello del abrigo caía corta melena y descansaba la barba, rizosa y trigueña.

—Siéntese; aquí, junto al fuego—le invitó Magda—. Tomará una copa de algo, ¿verdad?

Y la cocota se disponía á ir hacia el aparador, cuando el desconocido la detuvo:

—No. Gracias. No bebo nunca.

—¿Ni esta noche?

Y le sonreía provocativa, recordando, al fin, su mundana misión.

—Ni esta noche. Nunca.

Magda se sentó entonces frente á él, en una sillita baja. El resplandor ígneo de la chimenea les enrojecía por igual los rostros. Guardaban un silencio íntimo y afable que á ninguno de los dos molestaba. La casa volvía á llenarse de calma y obscuridad.

—Le agradezco mucho su visita. Siempre fué esta noche muy triste para mí. Todos mis amigos tienen afectos, deberes que se los llevan lejos. Todas mis amigas sienten el mismo orgullo de nuestra pena solitaria.

—Por eso he venido. Otra noche, con otras gentes, con otro estado de espíritu en usted, no era posible.

Magda le miró sorprendida. Una timidez, un pudor nuevos y, sin embargo, reencontrados desde unos días ya muy hundidos en el tiempo, le causaban una sensación de adolescencia y de pureza.

—¿Usted no tiene tampoco á nadie?

—No lo sé. Temo que no. Los hombres me van olvidando.

Lentamente se quitó los guantes. Magda lanzó un grito. En las manos blancas tenía dos llagas...

—¡Oh! ¡Dios mío! ¿Qué es eso?

El se miró, sonriendo, las manos:

—Son heridas que no se cierran. Y hace ya mucho tiempo...

Magda unió entonces la idea de aquellas heridas con el aspecto extranjero del desconocido:

—¿Viene usted de la guerra?

El desconocido hizo un ademán de infinita amargura:

—Desde el primer día estuve en ella, inútilmente, sintiéndome sangrar el corazón dentro del pecho, procurando defender mis ideas y mis bienes, que pertenecen por entero á la Humanidad. Y veía cómo los hombres bombardeaban las iglesias y cómo las cruces de los caminos eran desmochadas á cañonazos, y cómo los cadáveres insepultos infestaban el aire...

Poco á poco, en una exaltación dolorosa, en un temblor de lágrimas, fué hablando de los trá-

gicos espectáculos que había visto en Oriente y en Occidente. Una sagrada cólera le acometía para desmayar pronto con desalientos melancólicos. Y, por último, asiendo las manos de la cortesana, abrasándolas con el ardor febril de sus llagas abiertas, evocó los tiempos futuros y apaciguados...

Magda le oía absorta. Toda su alma se había cambiado en otra, ingenua y limpia. Caían en el renovado blanco espiritual las palabras del desconocido como rosas rojas en una rara y penetrante fragancia. ¿Dónde había oído Magda aquella voz y contemplado aquel rostro y sentido aquella cariñosa ternura?

Aun más le aumentó su curiosidad oírle decir al hombre de las manos llagadas:

—Tiempo hacía, Magdalena, hija mía, que no hablábamos así.

—¿Nos conocimos antes?—preguntó ella?—. ¿Cuándo? Tantos hombres pasaron por mi vida, que no te recuerdo bien. Y, sin embargo, me das mi nombre de niñez, el que nadie me da. Joven eres como yo, y parece que me acunaste cuando niña.

Ahora Magda sentía la imperiosa necesidad de revelar toda su vida y ponerla en las manos de aquel hombre como un cestillo de ácidos frutos, como una lámpara votiva que el diablo quisiera extinguir.

El desconocido oía la confesión vergonzosa y humilde; alisaba con la mano llagada el peinado cocotesco de Magda. Y ella hundía el rostro en el pecho del extranjero, como queriendo acortar la distancia entre sus palabras y el corazón de él.

Las horas se iban suavemente. El fuego de la chimenea se encenizaba. Ya era sólo un mortecino resollo. Apartada del centro la casa, al final de la calle de Goya, cerca del campo, los rumores de la ciudad no llegaban. Y con el helado fulgor de las estrellas caía, espeso, el silencio.

Pero, repentinamente, estremecieron la calle los resoplidos, los bocinazos de un automóvil, y sonar de panderos y zambombas y risas de muler y cánticos broncos de hombre...

Magda apartó su cabeza del pecho del desconocido.

—¿Oyes?

—Sí...

Se levantó á escuchar, arrimando el oído á las maderas del balcón. El automóvil se había detenido al pie de la casa. Por la escalera subían las risas de mujer, el griterío de los hombres, el áspero zumbido de una zambomba.

—¡Oh! ¿Serán?...

—¿Quiénes?

El hombre desconocido se había puesto de pie, igualmente. Su rostro tenía una expresión de infinita tristeza.

—Esos... Unos... Cualquiera... ¿Qué más da? Sonó, imperioso, el timbre de la puerta.

—¡Calla!

Apagó Magda la luz. Inmóviles y á oscuras, ambos escucharon.

Dos timbrazos. Tres. Una llamada tercera, persistente. Luego aporrearon la puerta. Y, después, una pausa, durante la cual, Magda se oía latir el corazón; cuchichearon los que pretendían entrar, y bajaron la escalera, ya sin risas ni gritos...

Magda les sintió subir en el automóvil; les oyó alejarse.

—¡Al fin!

Y dió vuelta á la llave de la luz.

Estaba sola. Quiso llamar en voz alta al desconocido, temerosa de avanzar por la casa vacía.

Pero ignoraba el nombre del desconocido.

José FRANCÉS

DIBUJO DE PENAGOS



PENAGOS

CUENTOS DE "LA ESFERA"

La lección del viejo Cosmos

Como eran muchas las cosas trascendentales que embargaban su atención, Emma decidió no detenerse á meditar en ninguna. En la amoralidad absurda de su vida mezclaba y confundía el recuerdo de Querubín, el muñequillo rubio, confiado á los cuidados de miss Handerson en un riente rincón de la Costa Azul, con la imagen de papá Gabriel, que, pese á sus setenta años, sostenía en Buenos Aires el peso de la casa de banca, para que ella tuviese mucha, mucha plata que gastar en aquellas pieles fabulosas y aquellas perlas, dignas de una Belkis, que exaltaban su belleza, y la imagen un poco romántica de Frank, casi otro bambino, á decir verdad, un poco mayor éste, y, desde luego, más pecaminoso.

Sobre el tocador, entre cajas y frascos de afeites, veíanse tres telegramas con tres noticias que eran otros tantos motivos de inquietud: del aya, participándole que el niño padecía una ligera fiebre; de papá Gabriel, que, pese á los peligros de la travesía, sus negocios le obligaban á embarcar para Europa, y, en fin, unas ardientes palabras de Frank enviándole un saludo fervoroso y apasionado en el momento de partir para el frente.

Sentada ante el espejo inspeccionó con atención profunda su maquillaje, aunque, si hemos de ser veraces, sus ojos miraban más lejos, al través de no sé qué misteriosos panoramas interiores; retocó una ojera con el lápiz azul; permaneció unos instantes perpleja, y luego releyó la carta que, escrita con tinta blanca sobre papel violeta, timbrado de blanco también, yacía junto á los telegramas.

«...verás—decía la misiva á vuelta de unas cuantas insubstanciales palabras—cómo recibimos al año nuevo. Léni y yo hemos descubierto una academia clandestina de tango, una casa absurda y deliciosa visitada por un público un poco melé, pero ingenuo y vario. Habrá una fiesta *epatante* hoy. Vendrán Lina Foscari, Helena Rozawosky, la Ternier y dos ó tres hombres... Guarda el secreto; es como una reunión masónica; se baja por una escala de cuerdas y...»

Carmen permanecía indecisa. De una parte, algo hasta entonces desconocido se solidificaba en ella, algo extraño e inexplicable que era como la protesta del sentimiento del deber—un deber arbitrario y absurdo que saltaba de Querubín á Frank, y de éste á papá Gabriel—, un deber que aún no llegaba á deber moral y deteníase en deber sentimental. Y de otra parte, la perpetua frivolidad se sublevaba brindándole los tópicos de siempre, las ideas egoistas que se disfrazaban de gestos de impotencia: «¡Querubín se educa mejor lejos de mí!» «¡Mi fidelidad no salvará al pobre Frank!» «Con desesperarme no evitaré los peligros á papá.» Y por encima de ellos las bárbaras afirmaciones de egoísmo: «Tengo derecho á ser feliz.» «La caridad y el amor bien entendidos comienzan por uno mismo.»

El conflicto era, en su vida de muñeca banal y caprichosa, llena de curiosidades malsanas, tremendo; algo en el fondo, muy en el fondo de su conciencia, decíale que no debía de ir; que por encima de las cosas materiales había misteriosos fluidos morales que protegían á las personas amadas desde lejos; que rezando, llorando, pen-

sando en ellos se les defendía, en cierto modo, del peligro. Pero, por otra parte, su frivolidad se sublevaba ante la idea de la atroz tristeza de aquel cuarto de hotel en la fecha del Año Nuevo. A las personas que no están hechas á la soledad la soledad les aterra, tal vez porque la soledad es un medio de encontrarse frente á frente consigo mismo. Y, en su afán de no estar solas, ponen en ciertas fechas una exaltación mayor quizás que aquellos poseedores del secreto de santificarlas.

Volvió á mirarse en el espejo y sonrió otra vez. El espejo era como uno de esos falsos amigos que nos dicen siempre lo que queremos que nos digan. Con ella no necesitaba mentir mucho. Era linda, vistosa, en una absurda coloración de afeites que hacían del alabastro nácar y del ébano caoba. Tenía la nariz respingada, la boca leve, roja y carnosa, los dientes muy blancos, las pupilas verdes y el cuello, que emergía de la caída bata de crespón rosa y Chantilly negro, de clásica elegancia de líneas. Era, en fin, uno de esos tipos femeniles deliciosamente convencionales y artificiosos que vivieron en *Cosmópolis* y que fueron clasificados como sud-americanos, aunque fuesen sus poseedoras polacas, italianas ó españolas.

Española era, efectivamente, por más que en el Plata radicasen los orígenes de su fortuna, y francesa fuese por su matrimonio con un gran señor de rancia nobleza franca. Perci ni española, ni argentina, ni francesa era en realidad, sino que representaba esa manera de mujer *civilizada*, ampulosa, frívola, *chic* y conceptual.

como debilidad, y buscó un pretexto—. El caso es que si nos ve alguien...

Pero el otro, como si el teléfono fuese un aparato maravilloso para leer los estados de conciencia, un sismógrafo acusador de las conmociones anímicas, pareció adivinar:

—Razones sentimentales?...

Avergonzada, cual si de nefando delito se tratase, protestó:



—No, no; un poco cansada.

Roger, comprendiendo que acababa de vencer, insistió:

—¡Nada! Vamos á las once por ti—y luego, como cebo:— Te advierto que vendrá Charles Gaillard.

Y Carmen, ante la perspectiva del *Lovelace* petulante y rendido, dejó florecer una sonrisa en sus labios pintados.

ooo

El apotegma de que *el único encanto del pecado es serlo*, cumplíase á maravilla, *chez madame Josephine*, ó mejor dicho, en el *caveau de la danse*. Un público de *snobs*, de *declasées*, gentes ambiguas de la fauna mundial, supervivientes por milagro de la lluvia de fuego y de las aguas del diluvio, llenaba el local. Dominaba la gente de pelaje equívoco; alguna princesa exótica á quien vigilaba la Policía por sospechas de espionaje;

Por un momento pensó: «No, no iré.» Pero, ustamente, procaz, escandaloso, sonaba el timbre del teléfono. ¡Roger!

—¿Vamos por tí?

—El caso es que...—iba á hablar de Querubín, de papá Gabriel, tal vez, inconscientemente, de Frank; pero sintió vergüenza de lo que miraba



algún aventurero italiano ó argentino en busca de fáciles presas; alguna lady inglesa de una belleza fósil, clasificable en la edad cuaternaria; españoles que gritaban mucho, y unos ingleses que bebían whisky. Faltaba luíz, alegría, ruido; todo era forzado, falso. Mientras el público, sentado á las mesas, consumía sin gana los menjúres de nombres absurdos, una pareja bailaba en el centro de la sala el tango, aquél voluptuoso tango que triunfó entre la gracia aurea de los *minarets*, los decorados de Irbe y las elegancias sospechosas de los *restaurants de nuit*. Decididamente, aquéllos no eran los príncipes de la danza que *epataron* á las gentes; ella, gorda, pintarrajeada, se engalanaba con una *toilette* que podríamos calificar, sin ofensa, de pichón casero; él ostentaba un britanismo de *maquereau*, realizado por una limpieza dudosa; ofrecían lamentable aspecto.

Carmen se aburría; no sabía si eran las cosas ó si era ella (ella, probablemente esto último, pues que la belleza de las cosas no está en ellas mismas, sino en nuestros ojos). Las palabras de Charles la ponían nerviosa; en el fondo de su corazón tres espinas la punzaban agudamente. Entonces sintió esa impaciencia que hace que, para huír de nosotros mismos, deseemos cambiar de lugar, como los enfermos cambian de postura para librarse de un dolor.

Ya en la calle, la pandilla se detuvo perpleja. Eran las doce y no había á dónde ir. En otros tiempos... Pero otros tiempos estaban ya muy lejanos. Entonces, y como las *toilettes*, relativamente discretas, lo permitían, decidieron caminar á pie.

La noche era clara y fría. Sobre la ciudad, que en la luz lunar, y gracias al río, adquiría una apariencia de urbe medioeval, el cielo era un maravilloso tapiz azul bordado de estrellas de oro. Habían dejado el Sena y avanzaban hacia las *halles* por las grandes vías blancas y silenciosas en que resonaban sus pasos con esa sonoridad de los pasos de fantasma en los palacios abandonados. El peligro amado, el escalofrío que esperaba, con un puñal en la mano, oculto tras de cada esquina, había desaparecido. Ya no existían los *apaches*. Y aquellas damas opinaban que una ciudad sin *apaches* es una ciudad incompleta. Un callejón oscuro y desierto atrajoles, y avanzaron por él, para detenerse de improviso ante un portal iluminado. Era un pasadizo estrecho y sórdido, á cuyo final estaban las tinieblas. Pese al frío purificado de la noche, despedía sobre la acera un fuerte hedor á miseria. Curiosos se interrogaron con los ojos; después, Léni rompió el silencio:

—Debe de ser una taberna ó un albergue nocturno. Sería curioso...

El genio que nos acompaña para satisfacer nuestros deseos, aparecíaseles en forma de *vouyou* adolescente.

—Es una casa para dormir los pobres—explicó—. Si los señores quieren...

Discutióse la proposición; al fin, la curiosidad pudo más que el asco y el miedo, y entraron. Primero el pasillo, húmedo y glacial, cuyos muros destilaban agua; luego una escalera, pina y crujidora; al final una pesada puerta que abrió una criatura gorda, fofo, desbaratada, temblando dentro de un chal, y, en fin, una sala grande, muy baja de techo, cuya atmósfera adquiría una densidad asfixiante y en la que, á la lúgubre claridad de una luz de aceite, se veían, como bultos informes, los miserables, dormidos sobre los bancos.

Eran náufragos de la vida: mujeres como pinajos arrojados en los montones de basuras; ex hombres vestidos de andrajos. Se adivinaban en el claroobscuro rostros demacrados, famélicos, color de cirio. Algunos estaban despiertos, y sus ojos, muy abiertos, de pupilas inmóviles y dilatadas, miraban estúpidamente, indiferentes, mientras las bocas crispadas mostraban los dientes de lobo en la atrocidad demacración de las caras. Nadie se movía; un olor angustioso á suciedad y pobreza ahogaba. Entonces, sobrecogidos de pavor, ante el espectáculo tremendo que les ofrecía, irónica, su *excursión de placer*, iban á retroceder, cuando, junto á Carmen, un hombre se incorporó trabajosamente y púsose á contemplarla con atención de fascinador.

Más que un sér humano, parecía una figura arrancada de un cuadro de Ribera ó de un grupo de Salzillo. Delgado hasta la espiritualización; la piel renegrida, curtida y brillante; la frente muy alta; una corona de cabellos blancos en toro á la cabeza; largas barbas blancas de apóstol,



y pupilas brillantes como ascuas, pupilas de iluminado.

El guía murmuró al oído de Carmen:

—Es el padre Noel, el apóstol, un loco inofensivo.

Con voz lejana y grave, sin dejar de mirarla, habló el viejo:

—Mujer, tú que has venido cubierta de presas á orillas de este río donde estamos los que no hemos de salir ya, oye la voz de Dios: Vuestro pecado no es pecado de amor ni pecado de odio; no son las llamas de la concupiscencia las que abrasan vuestras almas, ni los canes de la ambición los que desgarran vuestros corazones; vuestro pecado, óyelo bien, mujer, es el egoísmo. Vuestros padres son extraños para vosotros, y no amáis á vuestros hijos, y Dios no podrá perdonaros porque no habréis amado mucho. Por egoísmo se desgarra la Humanidad, porque

los hombres se han amado tanto á sí mismos que no les ha quedado amor para los otros...

Después del último esfuerzo para sonreir á sus amigos, Carmen, al entrar en su cuarto, rompió á llorar. Toda la angustia desbordada sobre su corazón, estallaba en sollozos. ¿Qué hacer por Querubín, por papá Gabriel, por Frank? ¡Estaban tan lejos! ¡Y mientras ella, sola allí, sola en aquel día! Pero poco á poco sintió una gran ternura. Y pensó que las sombras amadas estaban con ella, y que aquellas sombras silenciosas decían mucho más que los amigos riendos. Y, al través de las lágrimas, sonrió, porque había aprendido una cosa muy difícil de aprender: había aprendido á estar sola.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DICUJES DE BARTOLOZZI



LOS DE MAÑANA

La institutriz acababa de entrar en el dormitorio, acompañada de la doncella, que, dirigiéndose al gabinete contiguo, abría las maderas y los grifos del baño, y preparaba toallas, frascos y enseres de tocador. La niña se metió los dedos entre la melena, abrió la boca en un desperezo y se dispuso á dejar las sábanas. ¡Qué bien se estaba en la cama! Y no había remedio... *Madame*—la institutriz era una viuda cuarentona—no transigía con esto... Bueno; ni con nada. ¡Sí, transigir!

—*Allons, mademoiselle Solange!*

Antes—este adverbio se refería á tiempos felices—madame Moutier, algo seriota, pero mujer excelente, gastaba otro genio, y Solange podía á veces hacer su santo gusto. Ahora, desde que el hijo de la institutriz se encontraba en el frente, la madre, sin hacer jamás alusión á sus angustias, vivía en perpetua tensión, y su nerviosismo se revelaba en un celo exagerado, en el más allá del cumplimiento del deber. Ni un momento de descuido...

—*Allons, mademoiselle...*

La niña dependía de la hora, del relojillo de acero que *Madame* llevaba, pendiente de un cordón, deslizado entre dos ojales de su severo corpiño. Aquel ojo gris regulaba los actos del día. Tantos minutos para el baño... Tantos para la *toilette*... Hora y cuarto de paseo...

Todo lo llevaría en paciencia Solange, si no fuese por la terrible orden que se le había inti-

mado. ¡No volver á dirigir la palabra, reñir á muerte con sus mejores amiguitos Lisbeta y Ludwig! Esto era una injusticia, vamos; esto no se podía tolerar. ¿Qué tenían que ver Lisbeta y Ludwig con la guerra? Y ella, Solange, ¿qué culpa tenía de lo que sucediese allá? En Madrid no se peleaba. Había paz en Madrid. Habiendo paz, no ha de reñir la gente, ¿no es eso? Y mientras humeaban en las cafeterillas minúsculas la leche y el café, y brillaban alegres las tazas y el azucarero de Limoges, decorados con ligeras guirnaldas de violetas rusas, Solange se atrevió á interesar á su institutriz, en tono zalamero.

—*Donc, madame...*

Madame, frunció el ceño, nublada la faz, respondió sin dureza, pero con poca dulzura:

—De sobre lo sabía la señorita, de sobre... Y extrañaba que lo preguntase aún... Nada podía haber de común entre los hijos del secretario de Embajada de la nación más enemiga, y la hija del agregado militar de la de su patria... Sería sencillamente escandaloso que se saludasen, que se hablasen ni un momento.

Un mohín de llanto contrajo la linda cara morena de Solange. Protestaba todo su ser contra tal doctrina.

—Lisbeta y Ludwig no han hecho nada de malo... Yo bien lo sé... Lisbeta y Ludwig son buenos, ea... No son enemigos míos, á ver... ¡Qué han de ser enemigos míos!

—Lo son de nuestra patria...

En medio del llanto que amagaba, surgió una expresión traviesa, como si la risa fuese á brotar, comprimida.

—Pfui... Lisbeta, Ludwig, enemigos de nuestra patria... De una patria cualquiera... *¡Trés drôle!* ¡Era tan divertida la idea! Lisbeta, la muñequilla rubia, y el gordínflón de su hermano, del cual las dos chiquillas se burlaban, porque escribía cartitas gansas á Solange y temblaba y obedecía á las dos coquetuelas, aterrado y postrado ante sus menores órdenes.

—Señorita—decidió *madame*—, usted no entiende de estas cosas, y hará lo que se le manda, sin replicar.

¡Entender! Pocas entendederas cabían en aquella cabecita de doce años, tan poblada de ensortijados rizos negros, de aromosa seda. ¡Oh! ¡Si Solange tuviese un hijo en las trincheras! ¡Tenerle! ¡Lo tenía ya madame Moutier? A saber si en aquel mismo momento...

Y fué tan triste el gesto de la madre, que el buen corazoncito de Solange se enterneció, y, cariñosa, murmuró:

—No se disguste, *chére madame...* Haré lo que me diga... Perdóneme...

Una luz de afecto brilló en los ojos amarillentos de la institutri. Queriendo, á su vez, ser amable, recordó á la niña que aquella tarde, día de fiesta, la llevaría al teatro, convidando á las *petites de Afrecho del Monte*... Eran unas nue-

vas amiguitas que querían imponerle á Solange, para que olvidase á sus enemigos... A éstos, ya sabía *mademoiselle*: si pasaban á su lado, volvían la cabeza, así, con dignidad y desprecio. ¿Qué tenían la avilantez de dirigirse á ella? Ni contestar... Una mirada de hielo, una sonrisa irónica... Y si apretaban, una frase decisiva: «Señorita, no os conozco... No os he conocido jamás.» Y la niña, alternando sorbitos de té con el mordisqueo de sus *rôties* bien untadas de manteca, repetía para sí... «A ver si no me olvido... Volver la cabeza, gesto de desprecio, iro-

cuchicheó imponiendo silencio á las del palco. Callaron, pendientes, á su vez, del dramático momento. La señorita se agarraba á una reja, y se sostenía en alto, para librarse de los reptiles. ¿Soltará el hierro, fatigada? ¿Llegará á tiempo el providencial salvador? La ansiedad suspende los alientos. De pronto, entreacto, descanso, luz. Y Solange, atónita, vió... ¡No cabía duda! Era en el palco de al lado; la tocaban, la rozaban con sus codos, con sus hombros... La miraban, afanosos, echándose encima de ella... Todos se inclinaban en efusión muda: Lisbeta, Ludwig,

taba lívida. Su semblante parecía el de la máscara de la tragedia. Y he aquí que Fraulein Lotte, ante tal actitud, la infitió; empujó á los niños, se los llevaba, los retiraba, repentinamente pálida y furiosa, apremiándoles para que se pusiesen á salvo y evitasen el contacto maldito. Una indignación la estremecía, y apenas podía balbucear la orden de retirada.

Las dos educadoras se hallaron, de súbito, frente á frente. Por un instante, exaltadas, olvidaron á los niños. Mientras, amenazadoras, avanzaban, los alumnos quedaron un instante li-



nía, silencio glacial... Si me hablan, que no les conozco... Va á ser bien duro; pero hay que hacerlo... Está visto... Sin duda son mis enemigos, y yo debo ser también su enemiga feroz. Si es preciso, á Ludwig le daré un manotón, así... ¡No te he dado pocos cuando éramos amigos! De manera que ahora...»

Cuando entraron en el teatro estaba á oscuras. Las convidadas esperaban ya. Besuqueo, presentación por las de Afrecho del cucuricho de bombones, advertencia sabia de *madame*: «que no ensuciases mucho el estómago». En la película era aquél el instante en que á una joven virtuosa, muy perseguida por los malvados, la encerraban en la amable compañía de varios cocodrilos y una serpiente boa. Lo interesante de la circunstancia tenía al público suspense, y se

hasta la institutriz vivaracha, Fraulein Lotte, de tez de leche con manchas de pecas, de cobrizos cabellos, la que siempre estaba discurriendo los juegos bonitos. Solange recordó las instrucciones; las recordó del todo: Gesto de desprecio, volver la cabeza. ¡Ironía, insulto! Y, en la lengua enemiga, articuló, ahogándose de placer:

—¡Isabel! ¡Luisillo!

Los dos hermanos, en el idioma enemigo también, contestaron tiernamente:

—Amada Solange ¡Nuestra Solange!

Y se iba á precipitar Lisbeta en sus brazos... Ludwig, no sabiendo cómo expresar su contento, comenzó á dar brincos.

Una mano calenturienta y recia cogió por el brazo á la niña, la desvió con violencia y, arrastrando, la sacó del palco al pasillo. *Madame* es-

bres. No vacilaron. Sabían lo que debían hacer; también Ludwig y Lisbeta habían sido amonestados. Tenían obligación de despreciablese, de torcer la cabeza, de llegar á la injuria... Y lo que hicieron fué abrir los brazos, donde el frustrado abrazo hervía, bullía por saltar y realizarse.

Y se estrecharon, y los labios buscaron las mejillas, estallando los besos, mientras las institutrices se preparaban á desahogar el odio, como los niños acababan de desahogar el amor. Entusiasmado, Ludwig batía palmas, al ofrecer Solange á Lisbeta su cucuricho de bombones, casi entero...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

DIBUJOS DE ECHEA

ARA BE S C O S



CAMARAFIO

Á UN ÁNFORA ARÁBIGA

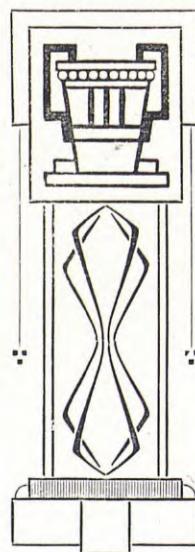
PARA LA QUE VIVE ELLA

Hay en el trazo de tus curvas finas
y en tu figura esbelta y delicada
una armonía, apenas esbozada,
de esbelteces y líneas femeninas.

¡Subyugas mi atención y me alucinas,
esfumando, incompleto, en mi mirada
el recuerdo de alguna ignota amada
que nunca, nunca de trazar terminas!

¡Mis manos tiemblan sobre ti...! Quisiera
abrazarme á tu cuello, cual si fuera
un cuello de mujer, y á él abrazado,
tu barro con mi barro confundido,
llorar por un amor jamás sentido
un llanto de dolor jamás llorado!

DIBUJO DE BARTOLOZZI



LA COLUMNA BLANCA

Á LA DE LOS BELLOS BRAZOS

Tienes la albura de las lunas llenas,
la rectitud de una conciencia pura,
y en tu remota palidez perdura
como una evocación de antiguas penas.

Bajo la casta lumbre de azucenas
del plenilunio, tu esbeltez fulgura;
igual hay algo femenino en tu blancura,
donde azulan las vetas como venas...

Yo no sé qué recóndita delicia,
yo no sé qué recuerdo ciego y mudo
tu corazón de mármol aprisiona,
que te acaricio, igual que se acaricia
el blanco brazo que, el amor, desnudo
á nuestra sed de besos abandona!

F. VILLAESPESA

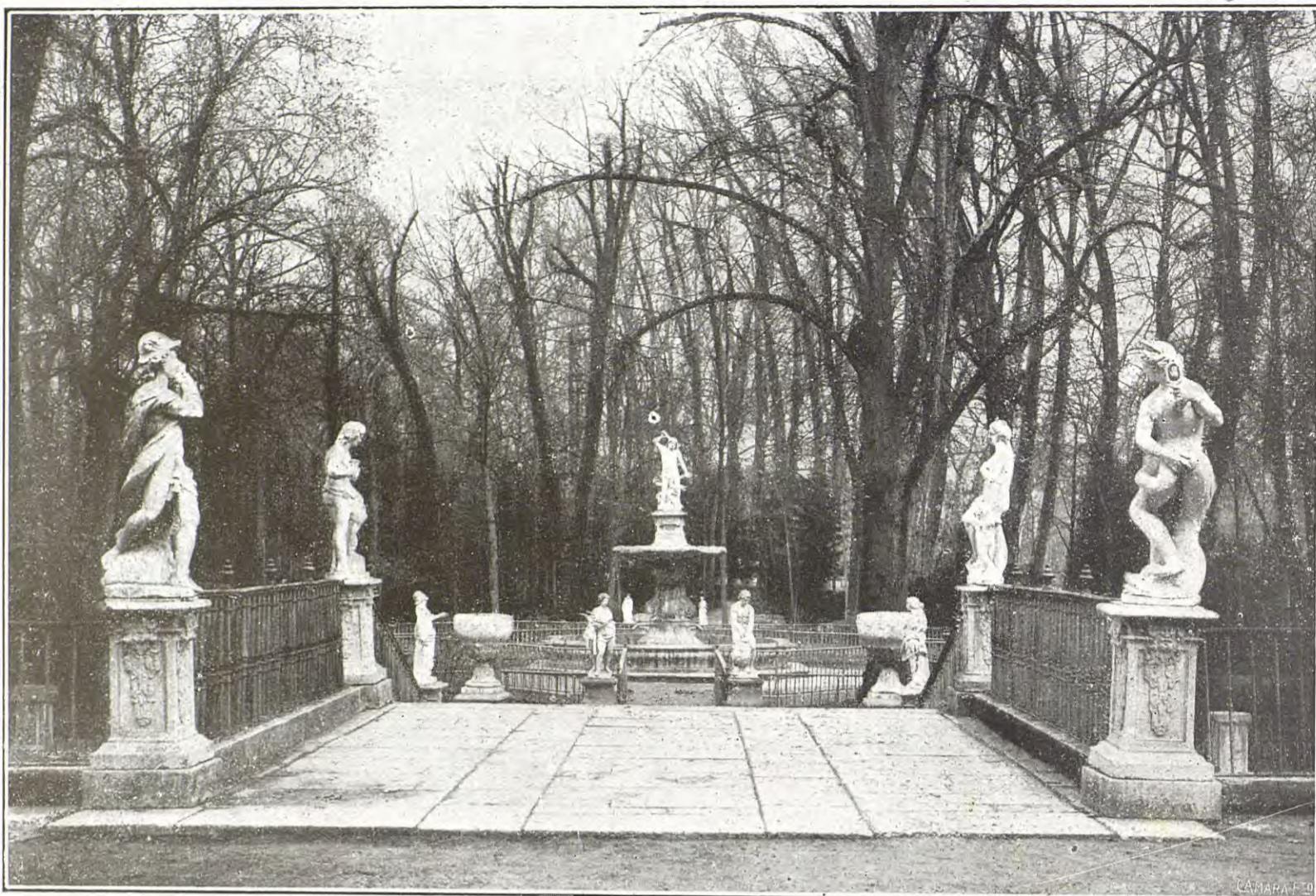
LA ESFERA

LAS JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



RETRATO DEL CARDENAL ALIDORIO

Cuadro de Rafael Sanzio



Aranjuez.— Jardines de la Isla

LA PUERTA DEL AMOR

HAy en el jardín de la isleta de Aranjuez una vieja puerta que da sobre el canal de la vía y ha muchos años que no se abre. Sólo pasaban por ella los coches de los reyes y su comitiva porque así atajaban desde la carretera para llegar á las puertas del real palacio. Seguramente no girarán ya sus goznes, y se quejarían con horribles chillidos si alguien intentara hacer girar las hojas de la verja.

Pero hubo un tiempo en que aquel amable rincón de los jardines que son oasis en el desierto castellano, sabía de la fastuosa y pintoresca baráunda de la Corte borbónica. Que aunque la buena majestad de Carlos III era austera y severa en su vida y costumbres, no podía apartar, ni á buen seguro lo intentaba tampoco, de un ambiente en que se mezclaban las gracias de la galante Francia y la elegante Italia.

Aquel siglo de frivolidades aparentes que preparaban las revueltas más trascendentales, trajo á España un caudal de gentes de aventura, viajeras entre la picardía y el misterio. Si no de fácil acceso á las personas de los reyes, pues ni el Monarca ni la Reina Amalia gustaban de brillar ante los extraños, eran, en cambio, admitidas entre la población cortesana, con lo que, sin frecuentar la saleta, ambulaban á su placer por las demás estancias del palacio y participaban también del regalo de los jardines.

Lugar queda en esas frondas de maravilla donde permanece con fuerza documental el recuerdo de aquellos días. Así es la puerta de la isleta, en cuyos cóncavos pilares guárdanse las epigrafías de un archivo de amor. Todavía el curioso huroneador puede encontrar y descifrar curiosas leyendas grabadas acaso con la punta de un puñal en los ladrillos de la fábrica.

Vecino á esa puerta estaba el cuartel de Guardias de la Real Persona, entre cuyas centinelas figuraba la de custodiar por la parte del puente-cillo aquella entrada del egregio pensil. Más de una vez y más de dos, debieron finas y blancas manos abrir desde dentro el cancel, ayudadas muy luego desde fuera por el empuje de la recia mano militar. De ello dan claro testimonio esas

inscripciones antes referidas, y que ahora son la interesante gala del amoroso cenotafio.

Ocho años iban á hacerse en aquel de 1767, desde la proclamación del Rey Carlos de Nápoles como Soberano de las Españas. Ocho años también desde que, consagrado á misterioso servicio cerca de la Corte española, había venido de la misma y bellísima Parténope, el marqués de Sabyert, viejo libertino, á quien todas las licencias de la Corte del Regente gastaron en Francia, perturbando y agotando una vida que pudo haber florecido, si no en virtudes, que no eran cosecha de tal siglo, cuando menos en ciencia de gobierno, con lo que, en vez de ejercitar en la sombra y no muy activamente sus aptitudes, hubiese podido llegar alto en el franco manejo de las repúblicas.

Rara Corte, en verdad, era la española de aquel tiempo. Mientras el Rey procuraba, hasta en sus usos más familiares, mantenerse fiel á la vieja tradición hispana, con lo que acudían á él las simpatías de todos sus vasallos, poco dados á novedades ni á invenciones de fuera, continuábase la práctica de que llegasen y privaran personas extranjeras, como venía muy frecuentemente ocurriendo desde el advenimiento de Don Felipe V.

Acababan unas en ruidosa desgracia y prolongaban otras sus días en discreta penumbra. A esta especie de los extranjeros humildes pertenecía una familia italiana que hubo de establecerse aquí siguiendo la buena costumbre de Carlos Broschi en el reinado anterior. Tratábese de unos hidalgüelos napolitanos, con quienes el cantante fabuloso hallábase ligado por fuertes lazos de afecto y gratitud. Llegado el nuevo Monarca, los italianos, marido y mujer, consiguieron poder seguir viviendo, aunque estrechamente, en España, y fuerza era aceptar como bueno lo que vinieren, ya que les hubieron de mover á dejar el suelo en que nacieron, los más crudos reverses de la fortuna.

No vivían solos estos hidalgüelos. Con ellos era la grácil y admirable belleza de su hija Ana, que ya desde su niñez asombraba, á quienes la

conocían, con la segura promesa de una peregrina belleza. Había cumplido ya los diez y ocho años, y sus padres, astutos y codiciosos, veían con un recreo insano aquella criatura que podía ser, y era á la sazón, no el alivio, sino el término de sus desventuras. Realmente Ana merecía un príncipe, y aunque en aquella época los príncipes abundaban más que ahora, no era fácil que, dada su vida obscura y casi miserable, consiguieran aquellos padres un marido para su hija.

Fué bastante un marqués. Pues medió la suerte de que el de Sabyert atisbó un día aquella golosina á través de una reja de la Casa de oficios, donde Ana tenía su habitación y en la que estaba guardada como cosa preciosísima que era, y no había de concederse á cualquier licitador. Más aguzaron los deseos del viejo marqués las guardas severísimas que ponían á la muchacha. Y más aumentaban obstáculos la cicatería miserable de los padres, que veían harto inmediata su fortuna.

Para ellos y para la doncella era suerte y grande la rigidez, por lo menos oficial y aparente, de las costumbres en el Sitio Real. Ella condujo al fin apetecido por los miserables padres, quienes hicieron ver al viejo que sólo mediante la formalidad matrimonial podía tomar posesión de aquella espléndida presa que tan justamente codiciaba.

Y así llegó el día de la liberación de Ana. La pobre muchacha, que no había tenido más compañía que la de sus lecturas, bien que descuidada en este punto la aduana paternal, había dejado pasar, sin parar mientes en ello, los más donosos y licenciosos libros que de Italia y de Francia habían llegado en aquel siglo amable, y fácilmente circulaban por aquellas casas palatinas.

Era en Abril y comenzaban á verdecer las arboledas, cuando Ana fué, por fin, marquesa de Sabyert, y la gracia de sus diez y nueve años se aumentó con las galas pomposas de su nueva condición. Recibieron sus padres una considerable y definitiva muestra de la generosidad del yerno, quien en aquel instante les afirmó que no volverían á tener trato con su hija, y les

administró de paso unos cuantos denuestos mercados.

Fué la nueva marquesa á su boda como á un juego divertido y curioso. Algo mitigaba, sin embargo, su alegría, y este algo era muy importante. El novio era viejo y desagradable. Pero no había sido rechazable, ya que su unión con él representaba el abandono de la prisión paterna, y un nombre y una riqueza con que poder endulzar el acíbar conyugal.

Tal fué, no obstante, el enfado de la recién casada al encontrarse á solas con su marido, que es fama que al siguiente día pasó la jornada con unas amigas que comenzaban á serlo entonces, y cuando vió llegar lá noche escabullóse tan sañamente por los corredores del palacio grande, adonde había pasado ya á vivir, y dió por fin en los jardines solos, silenciosos y, por suerte, perfectamente sombríos en aquella noche sin luna.

Dióse á llorar su desventura, acompañando el son de sus querellas con el quejumbroso rumor del padre Tajo, y dióse luego á vagar por los boscajes como la ninfa fugitiva que huye del sátiro caprípedo. Así llegó hasta el paraje más descubierto y claro en que se asienta la puerta de la isleta, y detívose un poco al advertir á un apuesto soldado que éra, sin duda, el encargado de la guardia y entreteniérase en grabar, con la punta de su bayoneta, unas palabras en el muro que allí formaba su oquedad, como garita sin techo y códromo esconde.

Fué curiosa, que al fin era el primer día que se asomaba á la vida, y llegó muy quedito á sorprender al hombre marcial en su tarea.

—¿Qué escribís? —le preguntó.

A lo que el otro, sin inmutarse, y muy contento de ver ante sí aquella aparición, contestóla, ufano de poder presentarse de ese modo:

—Vedlo.

Fué menester que la marquesa se acercase mucho á la pared, y aun así hizose menester que el mismo autor leyera lo que había escrito.

«Louis Augustin de Seneff, en Brabant. 1767.»

Y más abajo:

«Louis Augustin. Au garde walon. 1767.»

—Muy bien —dijo Ana—. Ya sé como os llaman y de dónde sois. En cuanto al segundo letrero, más parece la muestra de una hostería.

Era en primavera. La tierra húmeda despedía

un vaho tibio. Y un gran silencio rodeaba el lugar. No se sabe á punto cierto de qué hablaron el militar y la gentil recién casada, que se acordaba de sus lecturas y acogía aquella grata aventura para no acordarse de que después tendría, quisiera ó no quisiera, que comparecer ante el marido. ¿Hubo ternura? ¿Hubo una flor primaveral que el buen galán buscó entre las matas del suelo por un capricho de la dama? ¿Hubo un triunfo del guerrero? ¡Quién sabe! Tan sólo tiéñese noticia de que Luis Agustín, el fachendoso guardia valón, grababa después bajo su nombre estas enigmáticas palabras:

«La tendresse. La violette. La victoire. 1767.»

El hombre no quería que se olvidase la fecha. Pero un momento cruel debió hacer pasar la sombra del dolor entre aquellos fantasmas del placer. Ello es que la misma mano que había escrito lo anterior, grababa debajo esta palabra mal escrita, pero claramente traducible:

«Seingre!»

¡Sangre! Los marqueses de Sabyert salieron de Aranjuez, y en otras Cortes aparecieron la figura cada vez más arrogante de ella y la cada vez más agobiada de él. Sin embargo, era eterno. Los excesos habían destrozado su cuerpo, pero no podían con su vida. Once años pasaron, y el matrimonio volvió á la Corte de España, que precisamente estaba también de jornada en Aranjuez.

La marquesa, que era ya una garrida matrona de treinta años, no sentía ya el peso de la gravedad marital. Pero al llegar á sus jardines de antaño sintió, en cambio, la necesidad imperiosa de volver aquella noche á la misteriosa puerta.

Ya no estaba, como era natural, aquel Luis Agustín que á aquellas horas viviría hecho un borricote en su tierra de Brabant, haciendo queso y llenándose de chiquillos, en complicidad con una robusta flamenca. ¡Quién sabe, sin embargo, si la guerra no había acabado sus días en plena juventud y bizarria! La marquesa dejó para más adelante escoger la solución que le pareciese más agradable para su temperamento, y llegóse al nuevo custodio de la puerta encantada.

Era un gallardo italiano, y por casualidad, no vana ciertamente, entreteniérase también en dejar el testimonio de su nombre, á fuerza de herir sa-

ñudamente el ladrillo. Con menos fanfarria que el antiguo valón, y con más cumplida cortesía, saludó reverentemente á la recién llegada.

—¿Es ese vuestro nombre? —preguntó ella.

—Sí. Ese es.

Y la marquesa leyó:

«Lorenzo Berciano. 1778.» La fecha, siempre la fecha con una obstinación molesta.

Si la historia grande se repite, ¿no ha de repetirse también la menuda historia? Mas no todo ocurre igual por completo, pues que de aquel Luis Agustín, que fué su aventura primera, consiguió ella escapar con un incógnito absoluto, ahora, cuando ya no había remedio, el italiano dijo á la dama:

—Quiero poner aquí vuestro nombre también.

—Ponedle —contestó ella riendo, dispuesta á celebrar el error de Berciano, á quien había contado todo lo que la vino en ganas acerca de quién era y lo que la traía á la Corte.

Sin embargo, hubo de disimular su rabia cuando vióle escribir, siéndole imposible hacerle desistir de que siguiera:

«Marquixa Ane di Sabyert. 1778.»

—¡Qué me importa! —acabó por decirle—. Os habéis equivocado. Yo no me llamo así.

—Bueno —respondió el otro—. Tenéis razón. Después de todo, iqué más da! Pero en Roma, siendo yo paje del cardenal Lambertini, os he visto entrar en su casa muchas veces. De esto hace ya cuatro ó cinco años. En cambio, aquí no os volveré á ver más. Esta es, quizás, mi última guardia.

Y era el filo de la media noche de aquella ya ardiente y veraniega, cuando Berciano volvió á escribir:

«Adio. 15 Guiunio. Meza note. 1778.»

Y entonces fué cuando la mano sutil de la marquesa sacó de entre su corpiño un puñalillo, y debajo escribió:

«Fé le tour.»

Pero no volvió Berciano, puesto que, si no, contestaría indeleblemente. La marquesa, mal de su grado, tampoco debió volver.

Por fortuna para ella no hay, luego de aquellas inscripciones de Abril y de Junio, ninguna otra de Octubre, unos años después.

PEDRO DE RÉPIDÉ



Aranjuez.—La presa

FOTS. CASTELLÁ

DEL ARCHIVO DE UN ROMANTICO



LA CARTA QUE TE DEBO

El ansia de escribirte y el dolor de perderte fueron alejando este instante, eternizado este silencio que era elocuencia en el alma, raudal copioso de expresión en el deseo, y cuando subía á los labios para convertirte en sonido y pasión tornábase en mutismo. ¡Qué tormento! No sé cuántas veces he comenzado esta misma carta. No sé cuántas veces cogí la pluma y, abiertas las puertas del corazón, donde con avidez guardo el tesoro de tu cariño, quise hacer al papel callado confidente de mi martirio sordo, de este sufrimiento que me mata en medio del placer de quererte.

Solo con mis pensamientos, resbalaron por la pluma dorada las sinceridades de mi afán y me parecía tenerte al lado, escuchar la armonía de tu voz, sentir el cálido perfume de tu aliento que es en mí una obsesión de misticismo y sensualidad.

En la paz de la noche, cuando la ciudad dormida parecía envolverse en un silencio de campo santo, los dedos nerviosos trazaban con febrilmente anhelo los signos cabalísticos de mi madrigal. Y como en un delirio de calentura se rompió las sombras al empuje de la luz y mis ilusiones miraban como un nuncio de bienes la risa del sol haciéndose besos sobre macizos de rosas y quebrándose en mil colores sobre las aguas verdes de los jardines.

Hacía revivir las pasadas horas y el pensamiento corría sobre ellas con el desatino de la locura. En ellas te he visto siempre. Siempre á mi lado, siempre sujetá á mi vida y delante de mis pensamientos que no podían lograrse por que al abrir los brazos para oprimirte, al unir los labios para dejar en la frescura de tu piel el rojo sello mis vivas ansias, te alejabas, te devaneabas y en el ancho mundo de mis quimeras, en el mar sin orillas de mis inquietudes, bogabas muy lejos, muy distante, hasta perderte poco á poco en la azulada línea del horizonte infinito, mostrándome en el triunfo de tu sonrisa la gloria de tus menudos dientes de nácar...

Abría con unción, entonces, el arca de mis recuerdos y acariciaba tus cartas fervoroso. Leía la primera, desenfadada y grácil, y para acusarme de un pensamiento de villanía, saltaba á la memoria mi mala intención. Luego en las otras fué tu arte, fué tu magia, fueron tu talento y tu ternura los que iban labrando la cadena de oro que me esclavizaba á tu memoria.

Tu retrato tenía para mis dedos la sensación de la carne tibia y aromada. Acodado sobre la mesa, sujetá la frente entre las manos, hubiera querido que las horas huyesen con la velocidad del vértigo trayéndome á la muerte frente á ti. Caía en el delirio otra vez. Evocaba mi primer viaje en el que la vehemencia quería poner alas

al expreso. Pensaba en la premura con que salté al andén y en aquella madrugada interminable, dilatada y penosa, que tuvo el sol pereza de lucir. Los turbios faroles perdían vigor con las primeras claridades y parecían mirarme compasivos: en la alta bóveda las estrellas parpadeaban burlonas; me hundí en el laberinto de las estrechas calles morunas, y las revueltas de su confusión me llevaban siempre ante los cristales de tu ventana.

Después... tu mano estremecida entre las mías temblorosas; tu boca incitante y divina, riendo siempre... ¡Tus ojos! Tus ojos grandes, acariciadores, llenos de noble serenidad. Yo no sé qué misterio tienen tus ojos. Un raro magnetismo, un poder de sugestión que domina dulcemente el sentido y el espíritu y parece gozar con la perfidia de tenderle al corazón palpitante un lecho de flores para que se embelese con el prodigo de sus esencias y se desarre con la tortura de sus espinas.

La separación dolorosa. El viaje otra vez. El carnaval. ¿Te acuerdas? El ancho paseo provincial hirviendo de coches y de bullicio. Las máscaras grotescas vestidas de rascos y percalinas, la batalla galante de violetas, dulces y *confettis*, la sonrisa maliciosa de tus amigas viéndome á tu lado orgulloso y feliz bajo las acacias precoces de la alameda. Luego el espléndido salón del casino con sus pinturas y sus artesonados, lleno de animación y de alegría, dichoso con la belleza de las damas, grave con la nota de severidad que le daban las blancas pecheras y los fracs cortesanos de los caballeros. Bajo el negro raso de las caretas relucían las miradas llenas de pasión, y al desmayo de los violines se rimaban poemas de amores y ternuras.

Yo te conocí al entrar. Hube de distinguirte entre aquella profusión de disfraces, y supe destacar tu adorada siliteta de aquel abigarramiento de colores. Un secreto impulso me acercaba á ti, me dominaba, me impulsaba en una extraña fascinación, y cuando, descifrado el enigma que suponía tu antifaz, se enlanzó blandamente tu brazo con mi brazo; cuando paseábamos muy juntitos, buscándonos á hurto la mirada, abstraídos del regocijo ajeno, sintiendo sólo el latido de nuestros pechos sobresaltados, la conciencia de una absurda obligación irredimible me atravesó las carnes con las siete espadas del Dolor.

¿Comprendes ahora mi silencio? ¿Te explicas mi callar inexplicable cuando á última hora, entre el cansancio de los bailarines y los primeros albores de la mañana, caían tus palabras, como perlas, sobre el tablero de mármol que nos separaba?

No hay hombre en el mundo, y más si este hombre sueña y siente la vida del espíritu, que no haya forjado en el santuario de sus pensamientos la figura ideal de una mujer. Y yo, antes de conocerte, te había adivinado; antes de hablar contigo, conocía tu voz. En mis años de poeta, cuando la inspiración abrasaba en ráfagas ardorosas mi cabeza joven, te ofreciste á mi sensibilidad como una promesa. Y para ti sola nacieron rimas en mi soledad, como oraciones de una liturgia sentimental y exótica.

Te busqué en todas las mujeres y te gocé en todos mis desvaríos, y cuando fui á encontrarte, hecha carne y alma, realidad y poesía, una ciega ansia de querer, que labró para siempre mi desventura, había levantado la muralla de lo imposible entre los dos.

Ya sabes por qué no acertaba á expresarte mi infierno. Ya sabes por qué se resistía á salir la prometida confesión. Pero escucha también lo que nunca te he dicho, aunque lo adivinaras en mi perplejidad y en el temor que me estremecía á tu vera: ¡te quiero! Eres idea en mi pensamiento, fuego en mi sangre, calor en mi cerebro, luz en mis ojos, compañía en mis sueños, esperanza en mi desesperación.

Llenas toda mi vida de un dolor muy grande, de un pesar muy amargo, de una angustia suprema que se deshace en llanto muchas veces. Y por eso eres tú sola mi vida entera, que el vivir es renuncia y sufrimiento.

Ya tienes en tus manos la carta que te debía. Guárdala con amor, con blandura; sepúltala entre pétalos marchitos, que son señales de recuerdo. Respeta la amargura que te lleva, y, si eres buena, ofréndale un beso de piedad que entre la simetría de sus líneas, entre el remolino de sus confusas letras, que son sangre del corazón arrancada gota á gota, hallará al triste compañero que aspira á fundirse en las nupcias románticas de un estallido calenturiento.

¡Adiós! No sé si he de verte más, ni si tus cartas, suspiradas siempre, volverán á mí, como una bendición que me absuelva de este suplicio que me consume.

¡Olvidame, quíreme, odíame! ¡Dios sabe á dónde te llevará el embate de las pasiones y la influencia de los irremediables prejuicios! Pero, á cambio de todo, y sobre las miserias de nuestra pequeña y las altiveces de nuestra soberbia, quedará perdurando este amor mío, este amor puro y santo, más fuerte que la vida misma, porque ha de sobrevivir para ti sola, al esfuerzo de la muerte.

ROGELIO PÉREZ OLIVARES

EL SENTIMIENTO EN LA GUERRA



La última voluntad.—(Dibujo de Matania)

La tragedia del pequeño soldado

Es un emocionante episodio de la epopeya presente. Miguel Zamacois, el delicado poeta francés, lo comenta en el *Figaro* con unos gayos versos sentimentales.

Un pequeño rubio pasea una escopeta de juguete y un bizarro espíritu de mosquetero. Empleaba el chiquillo sus ahorros en pequeños atributos militares: en armas, trompetas y tambores; todo el «atrezzo» de la guebla, que seduce á las almas infantiles. En los ratos de asueto, con sus compañeros de escuela, jugaba á los soldados muy formalmente, no ya con desfiles aparatosos, sino también con rudos combates de trincheras, con cargas épicas y sostenidos lances cuerpo á cuerpo. Era el orgullo de sus padres y la envidia de los niños pobres, que no tenían escopeta.

—Cuando yo sea grande!... —solía decir—. Y en su cabecita alocada de querer florecía un ensueño de laurelos. Adornaba su alcoba con trofeos y dedicaba un saludo ceremonioso á la efigie de Napoleón, el legendario...

Una mañana resonó por los ámbitos de la comarca un clarín estridente. Palidecían los hombres, rezaban las madres, lloraban los niños... Era la guerra... Y á lo lejos se oía el estruendo del cañón y se veía el resplandor del incendio. El fragor del combate en la campiña llegaba al poblado como un canto desolador. Acompañábanse los gritos arrogantes del guerrero con los ayes del paisano indefenso. Huían todos en desbandada loca, en un éxodo trágico, y, al fin, triunfaron los invasores, cuyos corceles irrumpieron en la aldea, pisoteando pilas de cadáveres.

Pasaban indiferentes los hulanos por las calles mutiladas y solitarias, cor aire de cansancio y remordimiento. Ni una mujer, ni un hombre, ni un chiquillo atisbaba el desfile... Esta ían llorando en su hogar. Pero al aparecer los jinetes en la plaza, surgió el episodio: un niño valeroso, rubio y guapo que sale de su casa en ruinas, que se arrodilla ante la tropa, esgrimiendo un fusil, y al cabo

apunta al pecho del jefe de la patrulla. Antes de que el disparo se oiga, dos hulanos, celosos de aquella vida amenazada, descargan sus carabinas, y el pequeño insurgente da tierra con su cuerpecillo. Y cuando el pelotón se llega á la víctima, el héroe, vencido, ha expirado, estrechando contra su pecho la vieja escopetilla de juguete.

Lo que el mar devuelve

El tío Giraud es un viejo pescador del Canal de la Mancha. Muchos años en lucha con los mares, ha ganado el pan de los hombres honrados. Los nietos lo alejaron de la faena, y con una barca salen al amanecer, terminando con su pesca antes de media tarde. Pero el tío Giraud, avezado á la sinfonía del mar, no vive sin escuchar sus acordes graves y solemnes, y por la playa discurre muchas horas, mientras los suyos no vuelven.

Un día, el mes pasado, el tío Giraud vió cómo una ola gigante se rompía en las rocas y lamía después la arena, reventando en espumas. Al viejo lobo le entusiasmaban estos juegos del mar. Pero al retirarse las aguas mar adentro, quedó en la playa un objeto abandonado, y Giraud corrió á recogerlo. Era una botella negra, y la rompió por el cuello con sus dedazos de Hércules.

¡Qué trágico cartero es el mar!... De la panza de la botella salió un papel escrito con vacilante pulso:

«Nuestro buque ha chocado con una mina y se hunde. La persona que halle esta carta, manda decir á Juan Martín, en Dunkerque, que su hijo Gastón ha muerto pensando en él.»

El tío Giraud no podía hablar ni pensar siquiera. Juan Martín era su mayor enemigo. Gastón Martín, el culpable de la enemistad... Le había quitado la novia á su nieto Félix Giraud y se había casado con ella. El joven Giraud, enamorado é irreflexivo, se mató al saberlo. En el corazón del abuelo Giraud estaba aún viva la huella del desesperado dolor que le produjo la muerte de su nietezuelo.

Al fin, el viejo pescador fué recobrando la noción de la vida. Con la carta apretada en su curtida mano, lloró por su nieto y no se sabe si por el hijo de Juan Martín, y, arrodillándose en la playa á la primera ola que vino, puso un beso de paz en el mar vengador.

Y desde la semana siguiente, Martín y Giraud pasean juntos por la costa y son los mejores amigos.

El cuento de la abuela

La señora Vertier es una viejecita de los Vosgos, muy ducha en relatos de cuentos. La aldea, enclavada en la cordillera, no quedó olvidada en la transmisión que de Alsacia y Lorena hizo el Gobierno de la Commune al rey de Prusia. Pero la señora Vertier es francesa de corazón, y en los muros de su humilde casuca pende en muchos rincones la cruz lorentesa de los dobles brazos.

Al atardecer, durante muchos años, los chiquillos de la aldea acudían al refugio de la abuela Vertier, que desgranaba, tartamudeando, sus historias de brujas y princesas... Y cuando se hacía tarde y la reunión tocaba á su término, ya de pie los muchachos, la abuela Vertier solía decirles:

—Aguardaos, que falta lo mejor.

Y relataba algún episodio de la guerra que la cambió de Patria, pintando el valor, la nobleza y gallardía del soldado francés.

Así la viejecilla templó las almas nuevas en el crisol de viejos odios, y creó una raza de franceses en los dominios del kaiser Guillermo. Su cuento amable, pintoresco y sencillo, publicaba las excelencias de una nueva pedagogía...

... Resonaron de nuevo las trompas bélicas por los pueblos, como la profecía de un nuevo desastre. Pero no en la aldeáica de la abuela Vertier, porque los chicos y las chicas y los grandes bajaron por la vereda del lado de Francia, esperando al ejército libertador, como si fuera el soñado cortejo de la Bella Durmiente del Bosque.

EL CABALLERO AUDAZ

INVERNO

Duquesa: Bajo el cielo de esta tarde inverniza
—tan pronto nieva como llueve, aclara ó graniza—
quiero hacerte unos versos que tengan la inségura
luz opaca y temblona de la neblina obscura...

Marisa—¡oh, qué graciosa, ya casada y duquesa—,
con el cojín apoyado sobre la frágil mesa,
me esperas para el té; mas no voy. Si declino
la delicia de ver tu cuello alabastrino
y tus dientes mordiendo las carminadas guindas,
y tu risa, esa risa con que bebiendo brindas
«por todas las flaquezas de todas las mujeres»,
es porque, en esta tarde de invierno, los placeres
me dejarán más triste. Si acudiera, sería
contagiarte la niebla de mi melancolía,
y prefiero mandarte mis versos. ¡Poca cosa!
Pero, al fin, cada verso te llevará una rosa
de éstas cuyas espinas me clavó la existencia.
(Flores y cigarrillos compensarán mi ausencia.)

Verás. Yo no soy rico. Y esta tarde de bruma
—hecha para, en el auto, mirar cómo se esfuma
el paisaje á través de la vidriera, y luego,
jugar un poco al bridge ó soñar junto al fuego—,
como no tengo el auto, porque naci poeta
(aunque el hosco neblí de la ambición me inquieta),
y odio el coche plebeyo que pára en las esquinas
y lleva mercaderes, coimas y celestinas,
no tengo otro remedio que no salir de casa.
Ya conoces, duquesa, todo lo que me pasa.

Llueve. Tras los cristales, la visión es plomiza,
y me recuerda aquellas pensiones de Suiza
donde nos reuníamos, en tardes semejantes,
con las novias exóticas, los catorce estudiantes.
¿Catorce? Sí, catorce, lo mismo que un soneto.
Cantábamos Traviata, Bohemia ó Rigoletto;
bebíamos el vino del Rhin. Nina lloraba
—¡oh, embriaguez de la rusa!—por la Polonia esclava,
y cada cual con una, terminaba la fiesta
como ninjas y faunos en la verde floresta.

El frío era tan frío, que ninguno salía
—¡oh, cálidas pensiones!—hasta que el nuevo día
se anunciaría con unos rayos de sol opaco
al entrar en la estancia, donde olía á tabaco,
esencias y ticores...

Y al marcharte con Nina,
tomabas tu manguito de marta cibelina
y lo apretabas contra tu pecho, cual Mimi.
¡Qué invernada! ¿Recuerdas?...

Yo ya no soy aquí,
pese al homme d'humeur, como era chez madame.
¡Marisa, mis centauros fatigados están!...

No tememos á Interlaken, por Noel, al sport
de la nieve. Jamás seré tu conductor,
ni guiaré el sobsleigh veloz que las aldeas
cruzaba. Ni veremos las grandes chimeneas
con sus columnas de humo sobre la nieve blanca.

No quiero proseguir. Esta carta me arranca
lágrimas al recuerdo de aquel invierno. Estamos
en Madrid, y es la vida tan otra, que pasamos
mirándonos sin vernos.

Tú ya tienes tu esposo,
tu Packard, tus brillantes y tu setter lustroso,
y aunque cubres la blanca garganta alabastrina
con el mismo manguito de marta cibelina
como un tributo á aquel invierno de estudiantes,
no puedes, no, Marisa, seguir siendo como antes,
porque la deliciosa mariposa traviesa
no es mademoiselle Marisa, sino madame duquesa.

Esta es otra razón para faltar al té.
Voy estando más triste, sin razón ni por qué.
¿Spleen de invierno? Acaso. Mas mi spleen es eterno,
y no se aumenta con la lluvia del invierno.
Pero si tú, Marisa, te aburres, manda el auto
é iré á verte, y prometo ser amable y ser cauto
con mi melancolía. Me comeré las guindas;
te reirás contigo, y entre tus uñas lindas
arderá un cigarrillo como los que fumabas
cuando, en el blanco lecho de la pensión, soñabas...

Duquesa: Que el invierno se te deslice leve,
como se deslizaba Marisa por la nieve.



Luis FERNÁNDEZ ARDAVÍN

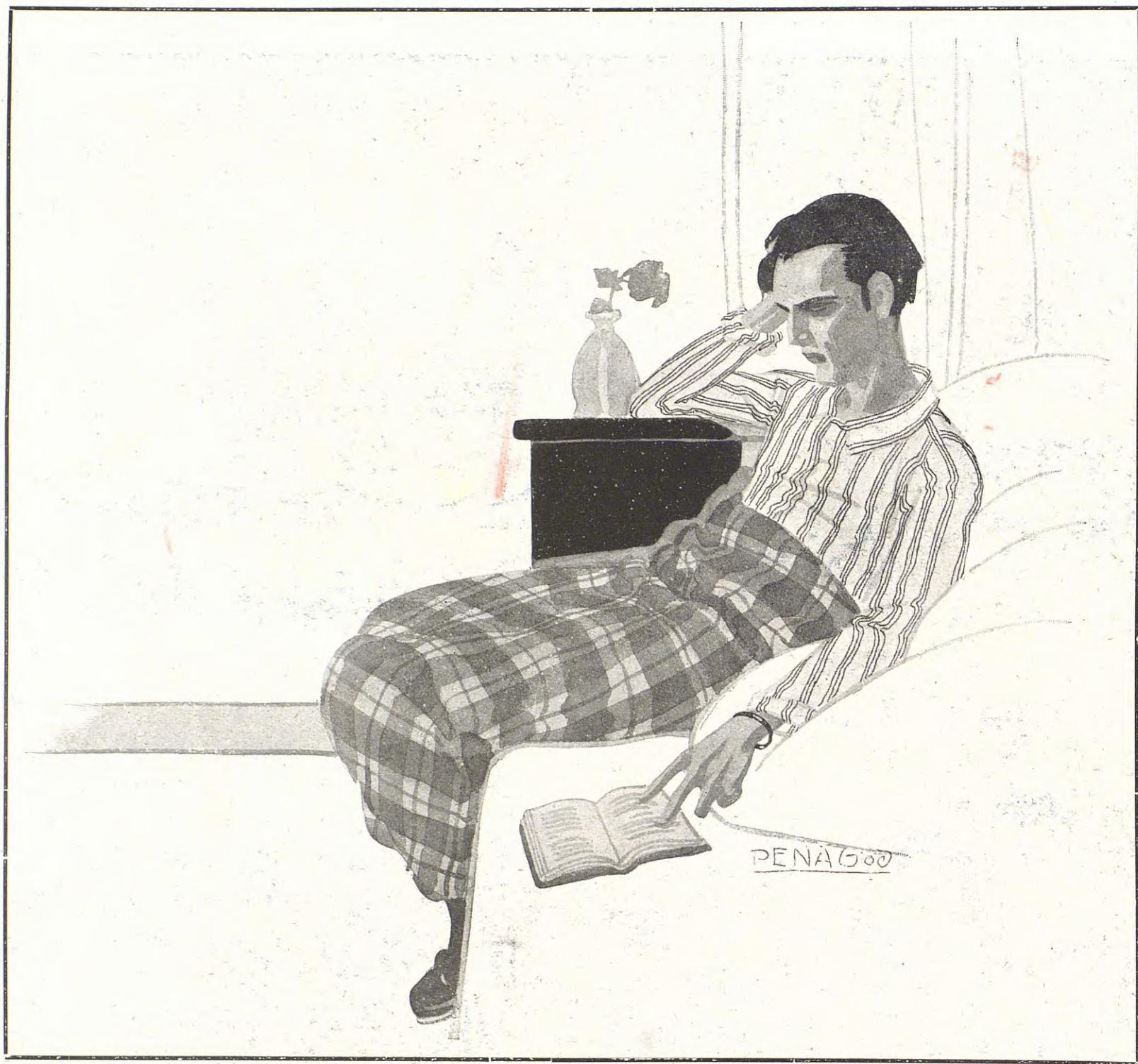
DIBUJO DE MARÍN

LA ESFERA

LAS JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



SAN PABLO, cuadro de Domeniko Theotocópuli, "El Greco"



EL MADRIGAL DE SOR TERESA

(CUENTO)

Muy pocas veces salía Ernesto Rudagiéra á la calle. En la casa severa y silenciosa iba contando el paso de los días, sujetando su vida al ritmo de unas horas de apacible reconocimiento, viendo al través de los cristales el jardín donde entre mirtos y laureles reía una fuente y blanqueaba la estatua de un amorcillo que los años habían envuelto en el encaje de la hiedra. Allí buscaba la salud, porque su cuerpo, que había sido recio y sano, estaba débil y enfermo y cuarteaba como una torre vencida por los siglos.

En su última visita al médico madrileño, oyó el consejo que puso en práctica rápidamente. Brisas del mar ó de la tierra, sol dorado y espléndido y no ver nunca las estrellas para recibir en cambio, bien de mañana, los besos de la luz. Aspirar constantemente el aire del campo, que es hábito de vida, y recrear los ojos y el espíritu en las fragancias de la Naturaleza.

Pero el plan curativo era más fuerte que la voluntad, que desmayó muy pronto y al fin hubo de rendirse vencida. Ernesto no cruzaba los campos, ni escalaba la sierra, ni tomaba baños de luz. Vivía apartado y triste, en una deleitosa soledad, como un prócer venido á menos que oculta dignamente la caída de su linaje. Y no era que hubiese de curar llagas del alma, ni buscar reparo

á su melancolía, porque sentía florecer en el pecho la rosa de la ilusión y aún no tenía que iluminar la tristeza de un amor muerto. Era, sin duda, el mismo mal, que le hacía amar el silencio y la quietud, entregarse á la sombra y al olvido y deleitarse en la solemne paz de las noches claras, bajo el cielo tachonado de estrellas.

Por el día las habitaciones de Ernesto tenían una deliciosa penumbra. Medio cerradas las ventanas, el sol no entraba triunfalmente, encendiéndo los muebles en sus oleadas de oro. Sólo una saeta de luz jugaba en las cortinas y en los cuadros y besaba las sillas y los libros. Era á la noche cuando las ventanas se abrían de par en par, para que la luna enviase sus raudales de plata, entrañen las fragancias del jardín y se oyera el leve rumor de la escondida fuente de mármol. Así se sentía Ernesto más bueno, resignado en su soledad y en su tristeza, como si tuviera el espíritu lleno de bondades y lágrimas. Entonces parecía que unas alas invisibles le rozaban la frente, que una llama muy viva le ardía en el pecho y que un manso rócio, como un agua lustral, le mojaba los ojos. Y era más poeta que nunca, y se sentaba junto á la mesa de trabajo, y escribía unos melancólicos versos que tenían aroma de oración y ternura de madrigal.

¡Qué apacibles lecturas aquéllas de las benditas páginas de la Virgen de Ávila, de las graves meditaciones de San Jerónimo, de los divinos versos de Fray Luis!

Esferas celestiales,
que con primor divino estáis labradas
de luces eternas
en orden esmaltadas
y de dorados clavos tachonadas.

¡Qué dulce placer el suyo, cuando leía las tiernas estrofas nacidas en la soledad de la estancia, bajo la caricia de la luna, en un momento de fiebre creadora!

Verás lo que he soñado:
que un cendal de la Noche desprendido,
de tu morena faz enamorado,
bajó á la tierra en sigiloso vuelo
y se quedó dormido
en la espléndida mata de tu pelo.

□□□

El espíritu de Ernesto se afinaba con el dolor, como una pena se desgasta con los golpes del agua. Era cada vez más sutil y más puro y tenía un delicado aroma de intimidad. Sus versos eran sencillos, íntimos, y parecían ungidos de amor y santidad, como expresión de un alma que se le-

LA ESFERA

vanta del suelo para mirar constantemente al azul. Pero el rostro del poeta se tornaba cada vez más pálido, los ojos eran más brillantes, como ardientes de calentura; el andar más perezoso y lúgido y las manos más blancas y translúcidas, como si fueran de marfil. Fué preciso y urgente que ingresara en un sanatorio y se acercase á la ciencia de los hombres como á una fuente de salud.

Unos amigos se encargaron de arrancarle á la soledad, convenciéndole de que necesitaba á todo trance curarse. El poeta se dejó convencer y sus ojos se iluminaron como si vieran á lo lejos unas puertas, tras de las cuales se abría el fecundo alcázar de la vida. Acababa de escribir unas estrofas vagas e indecisas, como si las palabras flotasen igual que una neblina entre el sonido y el color. Ahora leía en el epistolario de Santa Teresa.

Llegaron los amigos para acompañarle al sanatorio. Cerró el libro, después de señalar las páginas en que leía con una hoja de brezo, y se dejó llevar.

Ya en el sanatorio, tras de un viaje muy corto, sentía más fuerte el afán de curarse. Atravesó el jardín, luminoso y riente, lleno de rosas encendidas, y subió una amplia escalera de mármol orillada de plantas grandes y exóticas. Al final le esperaba el médico y le recibió jovialmente, dándole unas leves palmadas en el hombro. Al fondo, estaba la capilla, medio abierta, dejando ver tamizada y suave la luz del sol que pasaba por los cristales de una górica vidriera que rasgaba el muro sobre el altar mayor. Dentro se oía un leve rumor de rezos.

Mientras Ernesto hablaba con el médico, pasó junto á ellos una monja. Tenía andar de paloma y llevaba las manos hundidas en las mangas del hábito. Aleteaban en la penumbra las blancas tocas, y las cuentas del rosario, gruesas como aceitunas, se balanceaban con ruido de medallas y cruces. La religiosa saludó al pasar:

—Santas y buenas tardes.

El poeta interrogó al doctor con una leve extrañeza:

—¿Una monja?

—Las hay en casa para asistir á los enfermos. Son muy buenas las pobres!

El mismo día, desde el instante de su ingreso en el sanatorio, Ernesto Rudagüera fué sometido

á un plan de curación. Era un plan sencillo, casi vulgar, que consistía en robustecer el cuerpo débil, en fortalecer los miembros, en devolver al rostro el color perdido y en avivar los ojos con lumbré de vida. Algo igual que la saludable recomendación del médico madrileño: aire puro, alimentación sana y vivir en constante comunión con la Naturaleza. Al mismo tiempo cuidarle como un niño, llevándole de la mano por los caminos de la salud para que el espíritu no padeciera desmayos ni la voluntad sufriera extravíos y evitar que el enfermo se refugiase en el rencor, en el silencio ó en la quietud.

Sor Teresa, por consejo del médico director, tomó á su cargo la curación del poeta. El doctor hizo la presentación con un florido elogio de la monja:

—Poeta, sor Teresa le cuidará. ¡Esta sí que es musa! Tiene en las manos el secreto de la salud.

Y sor Teresa bajó los ojos, oclados de unas largas pestañas que le pusieron en el rostro una levísima ala de sombra.

Entre la religiosa y el enfermo se tendió un lazo de simpatía, que llevó pronto al ánimo de Ernesto la firme voluntad de ponerse bueno. Sor Teresa le acompañaba por los senderos del jardín deleitándose con una charla de desconocidos encantos; le acompañaba á la capilla y le hacía rezar pidiendo á la Virgen de la Esperanza salud y bienestar, y en las noches inquietas le velaba el sueño, en la dulce penumbra de la estancia de paredes encaladas como una celda. ¡Con qué mimo le cerraba los libros, le negaba papel y tinta y le apartaba de toda grave meditación! ¡Con cuánto primor echaba á volar las mariposas de los sueños y le obligaba á seguir las en su vuelo por el azul! ¡Qué infinita piedad la de sus ojos y qué suave caricia la de sus manos! Su voz, sonando tiernamente en la quietud de la estancia ó en la paz del jardín, tenía temblores de arrullo y delicadezas de madrigal.

Pronto se sintió Ernesto más fuerte y más joven. La Naturaleza le mostraba paisajes nunca vistos y la vida se le ofrecía más opulenta. Ardía en deseos de correr, de escalar las cumbres lejanas, y la risa estallaba en sus labios con la alegría del agua que brota de una peña. En sus venas bullía la sangre como un torrente y el corazón le latía como nunca, en la plenitud de la fuerza.

El médico se lo anunció una mañana, á presencia de sor Teresa, que permanecía callada, con las manos pulidas, abaciales, guardadas en las anchas mangas del hábito.

—Se ha salvado el poeta... Ahora á cantar como una alondra. ¡Quién supiera hacer versos!

Y Ernesto abandonó el sanatorio, devuelto á la salud y á la vida por los consejos de un sabio y la piedad de una mujer. Ya fuera de la verja, volvió los ojos para decir el último adiós. Al poeta le pareció ver tras los cristales un rostro que se escondía medrosamente en las cortinas. □□□

Ernesto Rudagüera tenía bien grabado en el corazón el nombre de sor Teresa, y su recuerdo le acompañaba siempre, como una sombra amiga. El rumor de los rosales en el huerto se le antojaba el haldear de los hábitos, y la risa de la fuente de mármol la cristalina música de su voz. Algunas noches, despertando á las altas horas, creyó que aquella santa mujer aún le velaba el sueño.

Un día recordó que el médico le dijo al despedirse: El poeta se ha salvado. ¡A cantar! Y quiso escribir versos en recuerdo de la mujer cuyas divinas manos se habían posado, como una caricia, sobre su corazón. Unos versos frágiles y sutiles, que tuvieran perfume de violetas. El madrigal de sor Teresa.

Cien veces puso la pluma sobre el papel y la dejó correr guiada por la inspiración. Y otras cien veces borró nerviosamente lo escrito, porque ni las palabras ni las ideas se ajustaban al ritmo soberano del sentimiento. Sus versos eran ahora duros y rebeldes y parecían desbocarse como potros indómitos. ¿Dónde había ido la ternura de su alma, aquella mística ingenuidad de otro tiempo?

Aún intentó escribir más veces, pero siempre hubo de darse por vencido. Hasta que comprendió que su nueva vida había apagado la llama que le ardía en el pecho como una lucecilla en un vaso de plata. Lamentó su caída y su derrota y abandonó la pluma para siempre, como una espada enmohecida. Y en aquella hora de suprema amargura lloró la pérdida del sentimiento, que había volado de su pecho cuando entró en él el sol de la salud.

JOSÉ MONTERO

DIBUJOS DE PENAGOS



LA ESFERA

LAS JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



EL DIVINO PASTOR, cuadro de Bartolomé Esteban Murillo

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA



AQUEL cortesano sin escrúpulos que paseó su audacia á través de tres reinados galantes, ostentando el señorío de Brantôme, con su cinismo sincero, escribió un día: «La mujer española es incomparable.»

Claro es que no hacía falta que D. Pedro de Bourdielle lo dijera para que nosotros nos enterásemos de la maravilla de los ojos soberbios que miran al sol en España; pero no está de más consignar aquí el juicio espontáneo que á este Don Juan mérecieron nuestras hermosas.

Fué hace un buen puñado de años, cuando

Luis XIV y la Maintenon no secreteaban todavía. De entonces acá la mujer hispana ha ganado mucho, particularmente en los albores del siglo que nos rige; y si el galante cortesano se expresó entonces de aquella manera, ¿qué no hablaría hoy de nuestras damas? Faltábales entonces ese buen tono, esa exquisitez con que las francesas suplen sus débiles encantos naturales y consiguen triunfar al lado de todas las mujeres del mundo; y á la PERFUMERÍA FLORALIA le fué dado alcanzar tan estimados dones.

Sus originales delicadas creaciones «FLORES

DEL CAMPO» superan hoy á las más finas invenciones de Francia, por su aroma sutil, pureza é higiene. El cutis adquiere con el uso de esos admirables productos la transparencia y tersura de la edad moza, y al mismo tiempo comunica á la mujer la desenvuelta distinción que á la gente *chic* caracteriza.

El prodigioso JABON, los impalpables POLVOS DE ARROZ, COLONIA, RON QUINA, BRILLANTINA, EXTRACTO, LÓCION y ACEITE son indispensables en toda *toilette* esmerada.

DIBUJO DE OCHOA

LOS MILAGROS DEL TIEMPO
INDUSTRIAS Y PALACIOS



Un ángulo del salón principal

HACE unos años, no muchos, la palabra industria era en España, fuera de la región catalana, algo exótico y privativo de otros pueblos alrededor de los cuales las imaginaciones formaban doradas leyendas de tesoros fabulosos.

Vivíamos aquí muy bienquistas con nuestro presente estrecho y retrasado, hostil al avance del tiempo y alimentando nuestra fantasía con el rico patrimonio ideal, de gloria y orgullo que nos legara nuestra historia. Eramos en nuestra molicie nacional, que trascendía á perfume de harenés y á reposo de patios dormidos, como los viejos aristócratas en ruina, que pretendían, á costa de sacrificios, sostener la invencible altivez de su estirpe.

La ciencia, en cambio, hacía conquistas asombrosas. El telégrafo, los ferrocarriles, las maquinarias, la química transformaban al mundo. Eran los países lejanos en su agitación febril y en su aturdimiento de repicar de timbres, chocar de hierros, jadear de calderas, temblor de transmisiones, émbolos y volantes, como un infierno en el que los hombres, negros por el alentar fatigado de los hogares, fraguaban el oro y la opulencia con la alquimia misteriosa que resultaba de este pugilato establecido entre los nervios del hombre y el complicado mecanismo de válvulas, aceros, alambres y vapor. Se operaba en todo el mundo un cambio radical orientado al auge y al mejoramiento colectivo.

Pueblo de trovadores y de soldados el nuestro, había de acoger con oposición abierta y con desdén superior este revo-

lucionario programa de las nuevas sociedades.

Con la tardía noticia de los progresos humanos iba creciendo nuestro asombro. Llegaron á cruzar nuestros campos baldíos las veloces locomotoras, rindiendo un perpetuo homenaje al adelanto con el airón ennegrecido de sus chimeneas.

El secular palacio infecundo, abrumado por los prejuicios y ceñido con las ligaduras protocolarias, sintió en sus mudas galerías la palpitación

de esta fuerza; toda vitalidad y decisión, y tembló por sus antiguos privilegios. Quiso cerrar sus puertas claveteadas y dobles al impulso nuevo, aconsejado en su soberbia por la ranciedad arcaica de sus prerrogativas, y hubo al fin de succumbir á la realidad abrumadora, rindiéndose á la discreción del adversario.

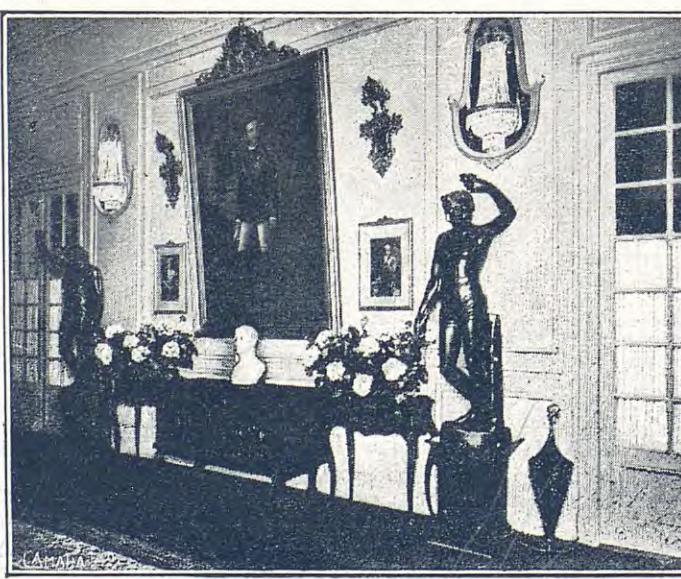
No es nuevo el caso de tropezar hoy en las provincias españolas con casas solariegas convertidas en establecimientos industriales. Bajo los severos artesonados que amparaban antaño ideas de dominio y proyectos de festines orientales, se estudia ahora, se piensa, se trabaja. A los arreos marciales han substituido hogao la pluma que conquista y el papel que contrata. Y al conjuro de la actividad la varita mágica de la fortuna apila montones de oro.

La industria reputada de origen plebeyo ha tomado aires de señorío, y de su falange numerosa se destaca en formación la única aristocracia posible.

¿Quién hubiera creído, cincuenta años atrás, en este avance de la industria en todos los órdenes sociales? ¿Quién hubiera podido convencer á la soberbia de nuestros nobles de que los recios muros de sus viviendas iban á servir de cómodo descanso á los desdefiados mercaderes?

Y, sin embargo, ¡cuánta poderosa justicia hay en todo esto!

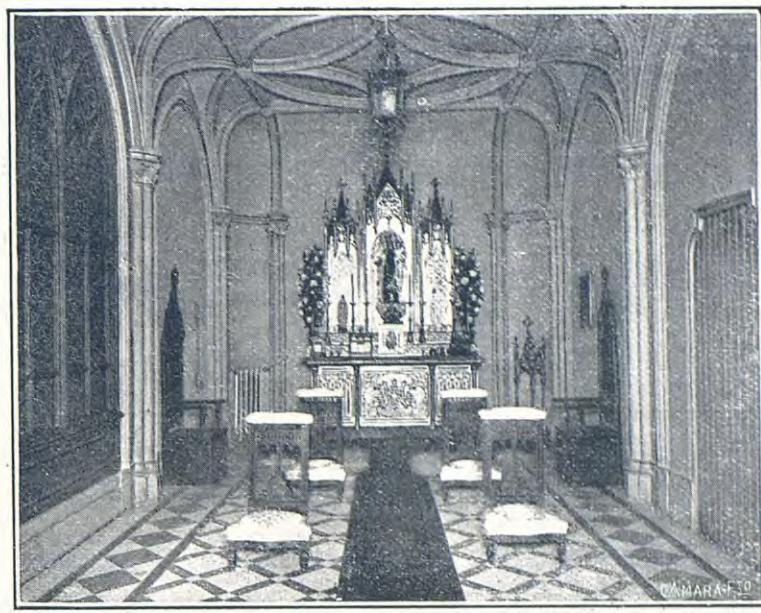
Estimulados por la curiosidad, aceptamos hace días una galante invitación. La casa Peele nos avisaba de su traslado y nos rogaba que asistíramos á la solemnidad inaugural. Había adquirido, por su esfuerzo, un palacio y nos brindaba la ocasión de saborear su triunfo. Allá fu-



Un aspecto de la magnífica galería de entrada



Vista general del salón principal



Capilla particular de la casa Peele

mos, recelosos de la intención con que se nos llamaba y con el firme propósito de no prestarnos para servir como instrumento de una publicidad interesada. Pero hubimos de rendirnos á la elo- cuencia incontestable de los hechos.

Nada nos hablaba en la regia mansión de pro- pósitos mercenarios. Entre damas elegantísimas y varones eminentes, entre mujeres linajudas y hombres de méritos reconocidos, acariciados por el perfume de las rosas frescas, sintiendo bajo nuestros pies la blandura de los tapices orientales, siendo maravilla de nuestros ojos asom- brados las famosas pinturas de Goya, las estatua- es de graciosa euritmia y siluetas geniales, los riquísimos muebles del más puro estilo español,

con sus cueros labrados y sus tallas artísticas, las sedas y brocateles que se prodigan con extraña magnificencia; experimentando el deleite de una música sutil que nacía tenuemente, vi- brando con delicadeza, estremeciendo el seño- ril ambiente con armoniosos temblores, nos pa- recía asistir á un sarao versallesco, brillante en la profusión de sus luces y en la melodía de sus violines, y en nuestra memoria se hacía realidad la novela que ungíó al conde de Montecristo de fantásticas riquezas. Vencida nuestra descon- fianza del primer momento, rectificamos el pro-pósito decidido de no sorprender al público con informaciones en las que resplandeciera una finalidad egoísta. Precisamente el público no debe

ignorar estas cosas, porque son ejemplaridad, estimulo y acicate para el que trabaja.

Quédese allá la casa Peele con sus produc- tos, de cuya calidad son buen testimonio las opu- lencias de hoy. Escale si quiere las páginas de anuncios de nuestra Revista para ponderar las excelencias de sus creaciones. Guardemos para nosotros la satisfacción de saber que en España existe un establecimiento al que no iguala ningu- no similar del más rico país extranjero, y meditemos con cierto regocijo en el porvenir reser- vado á nuestra industria, que golpea con llama- dores de oro en las puertas de los palacios y sabe sentir al refinamiento de la comodidad y gozar del lujo de los príncipes.



Despacho de la Dirección

FOT. SALAZAR

Lámpara

"METAL"



CAMARA-FOTO



Compañía General Española de Electricidad

APARTADO 150

PUERTA DEL SOL, 1

MADRID

TELEFONO 326



EL PIANO MANUAL

Sentir la música el ejecutante y hacerla sentir al que la escucha, es el ideal del arte; y esto se obtiene con el **Piano MANUAL**, por ser de gran docilidad en su manejo y de incomparable dulzura de sonido

Venta exclusiva en España: CASA CAMPOS
CALLE DE NICOLÁS MARÍA RIVERO, NÚM. 11. - MADRID

LAS "BODEGAS BILBAÍNAS", DE HARO

EN nuestras veraniegas correrías por el Norte, tócanos recalar en Haro, la activísima metrópoli comercial riojana. Y como en Haro lo más llamativo, por todos concepcitos, por sus vinos y por sus viñas, y por el dinero que riega en compra de frutos, de caldos y de jornales al elemento obrero de bodega y de campo, son «Las Bilbaínas», como familiarmente llaman en el pueblo á las muy importantes instalaciones que la Sociedad anónima «Bodegas Bilbaínas» posee junto á la estación del ferrocarril, á veras fuimos, saliendo encantados de la visita, por lo que vimos y por la amabilidad con que nos trataron el simpático director gerente fundador de la Sociedad, Sr. Ugarte, y el laborioso administrador, Sr. Gato.

Asombra la enorme cantidad de viejos vinos en barricas y botellas, depositadas en los espaciosos almacenes y cuevas, como maravilla la limpia y el orden con que se



Vista general de la gran bodega de Haro, la más importante de Rioja, y en la que se elabora el exquisito Champán LUMEN

halla todo dispuesto y con que trabaja el numeroso personal invertido en las diferentes dependencias. Además de los vinos de su marca, la más extendida y acreditada, entre los que se distinguen el *Rioja fino*, tinto y blanco, y los afamados *Cepa Borgeña* y *Cepa Sauternes*, fabrica «Bodegas Bilbaínas» en Haro el *Coñac Faro*, que, recientemente lanzado al público, ocupa preferente lugar en las aficiones de los inteligentes, y desde 1913 está trabajando el Sr. Ugarte, secundado por inteligente maestro francés y bien entrenado personal del país, en la elaboración del gran Champán *Lumen*, que de hace pocos meses habrán visto nuestros lectores anunciado, y que muchos de ellos habrán, sin duda, probado y aplaudido. A nosotros nos estusiasmó el *Bruto* con que galantemente fuimos obsequiados en la bodega, espumoso completamente seco, con el que no todas las casas francesas se arreven por lo difícil de su crianza, y como este tipo se producen los demás «extraseco», «seco», «medio seco» y «dulce». Por estimarlo de interés, por lo que enseña en nuestra España, que siente ansias de aprender para



Puesta de etiquetas, cápsulas y encajonado del Champán LUMEN



Encorchedo definitivo del Champán LUMEN, para expedición

ganar el tiempo perdido, y por lo nuevo de la nota, honramos nuestras columnas figurando con la vista general de la bodega, asfotogafías de mayor interés relacionadas con la elaboración del Champán *Lumen*. Quien como «Bodegas Bilbaínas» labora por el adelanto de uno de los más importantes factores de la producción, librándonos de la tutela extranjera y disputándola los mercados en que hasta aquí mandara en jefe, bien merecen, asimismo, los intrépidos bilbaínas, creadores de este negocio, que tiene importantes ramificaciones en Valdepeñas, Alcázar de San Juan, Noblejas, Rincón, Alicante, etc., el entusiasta y resuelto apoyo de todos los buenos españoles, que no les faltarán, seguramente, para que, con sus arrestos y energías, sigan laborando por el progreso y el desarrollo incesantes de la riqueza nacional.

Sew-E-Z

**MOTORCITOS ELÉCTRICOS
PARA
MÁQUINAS DE COSER
VALLET, FIOL Y C.
S. en C.**

Provenza, 165 á 173, Barcelona

No se fatigue cosiendo á máquina. Provéala de un motorcito «Sew». Duplicará la producción y ahorrará usted tiempo y dinero

Nada hace falta para aplicar el motorcito «Sew-E-Z» á la máquina de coser

Funciona indistintamente con corriente alterna ó continua 100—1250

Consumo á plena carga: 50 watios hora

Gasto de sol á sol:
!!6 1/2 céntimos!!

□ □ □

Precio: 125 pesetas

PARA REGALOS DE PASCUA



CASA EMILIO GONZALEZ

Antigua de Venancio Vázquez

CHOCOLATES, BOMBONES Y CARAMELOS

CAJAS PARA BODAS, BRONCES, PORCELANAS, CESTAS

Preciosas cestas para regalos de Pascua.—Champagnes. Vinos. Mazapanes. Turrones. Cajas de frutas. Poulers.—Oporto, Burdeos, Borgoña, Jerez, etc.

MADRID

Carrera San Jerónimo, 29
y Claudio Coello, 14

SUCURSALES:

Plaza Vieja, 2.-Santander
Casino de El Sardinero

MANUEL C.
—ESPI—

UB

Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General

Una REVOLUCIÓN en el arte de la Perfumería Higiénica



FISAN

Producto completamente nuevo para tocador

Aviva la imaginación.-Cura dolor de cabeza,
fatiga cerebral, enfermedades del cuero cabelludo.

Conserva el cabello.-Sin alcohol ni grasas.

Delicado perfume

INSUSTITUIBLE PARA LA TOILETTE DIARIA

Frasco, 7 pesetas

De venta en perfumerías, droguerías y farmacias

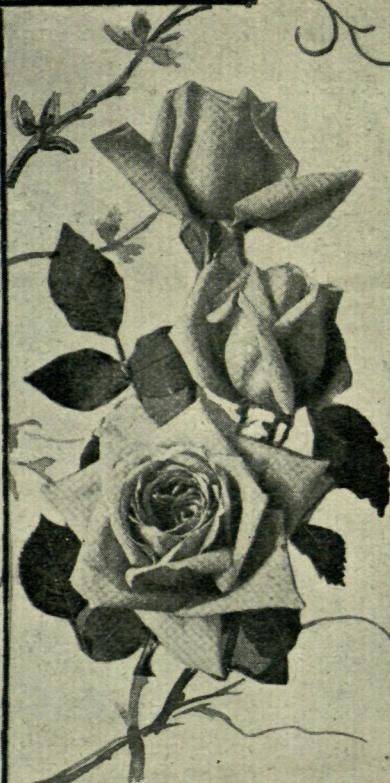
Dirección:

Ayala, 102, hotel.-Teléfono S. 1.008

MADRID

Fábrica:

Naciones, 17, hotel



UAB

Universitat de Barcelona
i Hemeroteca General

LA TISIS PUEDE SER CURADA



Dr. Derk P. Yonkerman, el Descubridor del nuevo Remedio contra la Tisis

Descubrimiento de un Remedio contra la Tisis

Después de siglos de investigaciones, sin éxito, se ha descubierto un remedio para la curación de la Tisis, aun en los períodos avanzados de la enfermedad. Nadie puede dudar que la Tisis tiene remedio una vez que haya leído los testimonios de centenares de casos curados mediante este notable descubrimiento—algunos de ellos cuando un cambio de clima y todos los demás remedios habían sido probados sin éxito, y sus casos se consideraban como incurables—. Este remedio nuevo es también eficaz y rápido en la curación del Catarro, de la Bronquitis, del Asma y otras enfermedades de la garganta y de los pulmones.

Para que todos los que necesiten este tratamiento, puedan investigar su mérito personalmente, se ha publicado un libro explicativo que trata de la Tisis, la Bronquitis, el Asma, el Catarro y las enfermedades aliadas de la garganta y de los pulmones. El libro explica la naturaleza del nuevo tratamiento y demuestra de una manera indisputable cómo y por qué este descubrimiento del Doctor Yonkerman cura rápidamente estas enfermedades peligrosas.

Para los que padecen de la Tisis, la Bronquitis, el Asma, el Catarro, ó cualesquiera de las enfermedades aliadas de la garganta ó de los pulmones, este libro es

ABSOLUTAMENTE GRATIS

No hay que mandar timbres postales ni dinero. Que el interesado mande su nombre y dirección á la Derk P. Yonkerman Company, Ltd., Departamento 735, 15, Woodstock Street Oxford Street, St. London W. 1. Inglaterra, haciendo mención de este periódico y se le enviará el libro bajo cubierta sencilla, libre de porte, á vuelta de correo.

Que no se espere que se desarrollen los síntomas de la Tisis. Si tiene usted Catarro crónico, Bronquitis, Asma, dolores en el pecho, resfriado de los pulmones, ó cualquiera enfermedad de la garganta ó de los pulmones, escribanos hoy, pidiendo el libro.

PARÍS Y BERLÍN
Gran Premio y Medallas de Oro

DEPILATORIO BELLEZA

Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz el velo y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis.

RHUM BELLEZA (á base de nogal). Gran vigorizador del cabello, dándole el brillo de la juventud. Quita las canas y las evita. Cabeza sana y limpia de caspa. Es inofensiva hasta para los herpéticos.

POLVOS BELLEZA Alta novedad. Calidad y perfume superfinales y los más adherentes al cutis. Blancos, Rachel, Naturales, Rosados y Morenos.

En Perfumerías de España y América

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan siempre esta marca y nombre BELLEZA (Registrados)



CREMAS BELLEZA (líquida ó en pasta espumilla).

Última creación de la moda. B.ancura y hermosura del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas e inofensivas. (blanca, rosada y natural).

TINTURA WINTER Con una sola aplicación desaparecen las canas; cabello, barba ó bigote, hermoso castaño ó negro. Es la mejor.

LOCIÓN BELLEZA La mujer y el hombre rejuvenecen. Firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó con arrugas, granos, erupciones, barros, pecas, manchas y asperezas, la bendicen. Es inofensiva.

En HABANA: droguerías de SARRÁ y de JOHNSON. En BUENOS AIRES: calle Cerrito, 393

FABRICANTES: Argenté, Costa y Cia., Badalona (España).

TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran lujo

PARA EL 1.º Y 2.º TOMO DEL AÑO 1917

A 4 pesetas juego para un semestre

Se venden en la Administración de Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57, MADRID

Para envíos á provincias añádense 0,40 para franqueo y certificado



Yo estoy convencido
DE QUE LA
COPROBALINA,
es el único tratamiento racional e higiénico del estreñimiento y el mejor regulador de las funciones intestinales.

PRODUCTO EXCLUSIVAMENTE VEGETAL
J. BOLIVAR, Farmacéutico
Precio: 3 pesetas

Servicio especial de Mensajerías

La Compañía de Madrid á Zaragoza y á Alicante, con objeto de mejorar el servicio de encargos y mensajerías durante las fiestas de Navidad, ha dispuesto que durante el período comprendido hasta el 3 de Enero próximo, queden establecidos en la estación de Atocha los siguientes despachos para la gran velocidad.

Expediciones de salida.—Se utilizarán los mismos despachos que en tiempo ordinario, abriendose una ventanilla más como ampliación.

Expediciones de llegada.—Se establecerán cuatro secciones: las tres primeras en el nuevo muelle de mensajerías, y la cuarta en el cocherón de gran velocidad.

La primera sección tendrá á su cargo las líneas de Zaragoza y Barcelona; la segunda, las líneas de Andalucía; la tercera, las líneas de Ciudad Real y Badajoz, y la cuarta, las líneas de Alicante, Valencia, Cartagena y Cuenca.

Cada una de estas secciones despachará asimismo la parte que á sus líneas afluentes corresponda, siendo de advertir que los rótulos indicadores son del mismo color que el que llevarán de brazo los mozos pertenecientes á cada sección.

La entrada del público al cocherón tendrá lugar por el patio de viajeros de salida, ó sea por el lado donde está instalada la Estafeta de Correos.



Se venden plantas y estaquillas
de CHOPO CANADIENSE
á los precios siguientes:

Plantas de 1,50 á 2,50 metros.....
Idem " 2,51 " 3,50 "
Idem " 3,50 m. en adelante.....

Estos precios se entienden por cada cien plantas.
Estaquillas de 30/35 centímetros de altura ó varetas des-
de un metro ó más de longitud, á elección del vendedor,
computándose cada vareta por el número de estaqui-
llas que pueda obtenerse de ellas.....
Estos precios se entienden por millar.

	SOBRE VAGÓN EN LAS ESTACIONES DE			
Caparroso	Tolosa	Haro ó Castañares	Arrigorriaga	Pesetas
Pesetas	Pesetas	Pesetas	Pesetas	
20,00	22,00	21,00	22,00	
30,00	33,00	31,50	33,00	
40,00	44,00	42,00	44,00	
		5,00	5,50	
			5,25	5,50

Dirigir los pedidos indicando clase y punto de entrega
en la forma siguiente:

para los procedentes de Arrigorriaga, á
La Papelera Española en Arrigorriaga (Vizcaya)

para los procedentes de Tolosa ó Caparroso, á
La Papelera Española en Tolosa (Guipúzcoa)

para los procedentes de Haro ó Castañares, á
Don Juan Antonio Arrate, de Castañares (Logroño)



LA PAPELERA ESPAÑOLA

FABRICACIÓN DE PÁSTAS DE MADERA, TRAPO Y ESPARTO. — FABRICACIÓN DE PAPELES EN RESMAS Y BOBINAS. — FABRICACIÓN DE PAPELES ESTUCADOS, SEDAS Y FANTASIA. — MANIPULACIÓN DE PAPELES EN SOBRES, ESTUCHES, LIBROS Y CUADERNOS

Biblioteca de Comunicación
i Hemeroteca General

DELEGACIONES EN MADRID Y BARCELONA

Almacenes en Alicante, Barcelona, Bilbao, Coruña, Gijón, Madrid, Málaga, San Sebastián, Sevilla, Valencia, Valladolid y Zaragoza

PRODUCCIÓN NORMAL: 125.000 KILOS DIARIOS DE PAPEL DE TODAS CLASES

BILBAO

tes / 137